

A romantic close-up photograph of a man and a woman about to kiss. The woman is on the left, leaning towards the man on the right. They are both looking at each other with soft expressions. The woman has dark hair and is wearing a white top with thin stripes. The man has a beard and is also looking at the woman. The background is bright and out of focus.

Anne Aband

Se alquila
HABITACION

Anne Aband

Se alquila
HABITACION

Se alquila habitación

Anne Aband

© Anne Aband [2018]

Diseño de cubierta: Roma García

Todos los derechos reservados.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor.

Impresión independiente

*Para todas aquellas que desean disfrutar simplemente por el hecho de hacerlo, sin tener en cuenta presiones sociales ni familiares.
Si eres una de ellas, te felicito. Sé libre. Sé fuerte. Sé valiente. Y sobre todo, ámate sin condiciones, porque eres lo mejor de tu vida.*

Tabla de contenido

Contenido

-1-
-2-
-3-
-4-
-5-
-6-
-7-
-8-
-9-
-10-
-11-
-12-
-13-
-14-
-15-
-16-
-17-
-18-
-19-
-20-
-21-
-22-
-23-
-24-
-25-
-26-

Se alquila habitación en Roma. Joven española alquila habitación con baño y derecho a cocina a mujer joven, seria y no fumadora.

Renata leyó el anuncio un par de veces y pensó que era justo lo que necesitaba para salir del agobio de su familia. Después de su estancia en el hospital, se había marchado a un hotel, pensando que estaría mejor tras su última crisis, pero no. La soledad de la lujosa habitación la hacía sentirse triste y miserable.

Tal vez compartir un apartamento con una joven alegre y educada, tal y como ponía en la descripción de su LinkedIn, trabajadora y seria, sería un revulsivo hacia su caótica vida de los últimos seis meses.

Además, si era española, y debido a que se había mudado a Roma hace poco tiempo, seguramente no sabría que ella era Renata Baselli, una de las más famosas herederas italianas, y la décima fortuna en Europa. Todo ese dinero no le había causado más que problemas de drogas, anorexia e infelicidad, acompañado del suicidio de su hermano y el divorcio de sus padres. Con solo veintisiete años, había vivido las mejores y peores situaciones que cualquier persona normal podría vivir en toda su vida. Pero ella, al contrario que su hermano, no quería pertenecer al «club de los veintisietes», aún tenía ganas de vivir, y quizá de encontrar un sentido a su existencia.

Ahora mismo su estado era de enfado profundo. Estaba más que harta de todo. Así que buscó el contacto de Alicia, la chica española que acababa de publicar el anuncio y la llamó.

—Ciao —contestó una aterciopelada voz.

—Ciao, me llamo Renny —dijo acortando su nombre por si acaso —y estoy interesada en alquilar tu habitación. No fumo y soy seria —terminó sonriendo. Ahora era seria. Hace unos meses, era el alma de todas las fiestas, hasta su accidente.

—Sí, hola Renny, ¿eres italiana? Hablas muy bien castellano.

—Cierto, he vivido en España una temporada y ahora estoy de paso en Roma y necesitaría un lugar donde alojarme durante unos meses. ¿Sigues libre tu oferta?

—Te doy la dirección y puedes pasar esta misma tarde a ver el lugar. Y hablamos del precio, por supuesto.

Quedaron esa misma tarde. El precio para Renata era tan irrelevante que ni había pensado en ello. Pero para fingir que era quien no era, debería prepararse una historia. Quizá un pasado de dolor, eso no era difícil de disimular. Había perdido mucho peso. Con su casi metro ochenta no llegaba tan apenas a los cincuenta y dos kilos. No se la veía saludable, unas violetas ojeras que no se molestaba en maquillar y su triste mirada no la ayudaban. Parecía desmadejada, aunque no podía disimular su estilo, la clase mamada desde que era bien pequeña y que le salía de natural.

Y eso que ahora se encontraba mejor. Había estado ingresada dos meses, y afortunadamente le habían dado el alta, pero no quiso volver a su casa, a la zona noble de Roma, con su familia, que solo se preocupaba de los escándalos o de lo que pudiera decir la prensa de su díscola hija. Seguro que la mantendrían encerrada, hasta que ella volviera a salir desesperada por recobrar su libertad e hiciera cualquier tontería de las suyas. No, quería acabar con ese círculo cerrado de presión y explosión.

Renata tomó un taxi para acercarse a la dirección que le dio Alicia. Era una casa unifamiliar de tres plantas en un barrio bonito, que ella no conocía. Uno de esos barrios bohemios donde múltiples talleres artesanos y pequeñas tiendecitas se instalaban en los bajos de las casas. Los árboles crecían en pequeños alcorques que parecían muy cuidados, seguramente por los propios vecinos, y el tipo de personas que paseaban por las aceras eran maravillosamente normales, nada estiradas. No te miraban como haciéndote un escáner, para saber si estás mejor o peor que ellas.

Un ambiente alegre a pesar de la sencillez de los coches y las casas, que seguro sería de ayuda para ella.

Una joven alta, casi tanto como ella, morena y de ojos oscuros la esperaba en el pie de la escalera del número treintay nueve, donde habían quedado. Vestía unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, lo que dejaba ver sus suaves curvas y su piel canela. Llevaba una coleta alta y una cascada de rizos oscuros le caía por detrás, sobre la espalda. Esperaba que no tuviera problemas en que ella fuera bisexual; de hecho, en los últimos meses había descubierto que se sentía mucho más cómoda y atraída por mujeres que por hombres. De todas formas, su cabeza siempre había estado hecha un lío.

Estuvo enamorada de un compañero de clase durante muchos años, hasta que sus padres se encargaron de que le dejara. No era de una buena familia,

según ellos. Así que desde los diecinueve se dedicó a relacionarse con todo tipo de hombres y mujeres. Con muchos de ellos se sintió utilizada, y, sin embargo, las mujeres siempre se portaron bien con ella.

Vamos, lo que era estar confusa acerca de ella y su sexualidad. Y, sobre todo, acerca de los afectos. Creía que excepto su madre y su tía y por supuesto su querido hermano nadie la había querido de verdad. Una lágrima estuvo a punto de salir pensando en su hermano. Se contuvo pues ya llegaba.

La casa era de color rojo burdeos con los marcos de las ventanas claras, y con unos cuantos años a sus espaldas. Tenía unos bonitos maceteros a ambos lados de la puerta principal, con unos arbolitos enanos, que parecían naranjos. Cuando florecieran, el olor a azahar que desprendería por toda la calle sería toda una delicia. Le recordó cuando viajó a España, a Valencia, donde la mayoría de las calles tenían naranjos en las calles. Aunque en realidad, poco pudo ver de esa hermosa ciudad. Casi todo el tiempo lo pasó borracha y en los bares donde había marcha y desenfreno.

Renata se acercó a la joven, que se quedó bastante sorprendida. No esperaba encontrar a una belleza italiana con cuerpo de modelo, aunque con el pelo rapado casi al cero y de color tan rubio que parecía casi blanco. Llevaba unas gafas de sol enormes, y un vestido de seda ligero estampado con unas flores suaves. Unas sandalias abiertas dejaban ver unos pies cuidados y largos.

La sonrisa de Renata deslumbró a Alicia que se quedó casi sin palabras. Siempre hacía ese efecto en los demás, sin poder evitarlo.

Alicia le dio dos besos al estilo español, y la hizo pasar, subiendo las cuatro escaleras de la entrada. En la casita unifamiliar vivían los dueños, en el piso de abajo. Un matrimonio alemán jubilado que habían venido a vivir a Roma a disfrutar del buen tiempo y de la riqueza cultural de la capital italiana. Alquilaban a chicos o chicas extranjeros el segundo piso, tanto por el pequeño extra que les suponía como por la compañía de los jóvenes, que tanto apreciaban. Alicia llevaba con ellos cinco meses, junto con una compañera de trabajo que le ayudaba el alquiler. Pero la compañera se volvió a España para casarse y ella no podía afrontar el alquiler de un lugar tan bonito, le explicaba a Renata una tímida Alicia.

—El piso de arriba es un apartamento completo —explicaba la española —hay dos habitaciones y dos baños, uno para cada persona. La cocina y el salón son comunes. Tienes televisión y wi-fi en tu habitación. Y como yo trabajo durante el día, el piso sería solo para ti. Además, cada habitación

puede cerrarse con llave, así que puedes tener tu intimidad.

—Es bonito, desde luego —dijo Renata.

Nada que ver con los lugares donde había vivido hasta ahora. Todo el apartamento era como su habitación, sin contar el vestidor y el baño, pero se veía limpio, sencillo y la chica era encantadora.

—Trescientos cincuenta euros —le estaba diciendo Alicia —¿te va bien?

—Sí, me va bien. Si me aceptas, me mudaría hoy mismo. No fumo y ahora mismo no trabajo. Bueno, en realidad soy escritora —contestó Renata pensando que justamente era lo que siempre había querido hacer.

—Bien, podemos probar a ver si congeniamos —dijo la española —si nos llevamos bien, quiero decir —explicó ante la extrañeza de la palabra usada.

Renata hablaba español con un delicado acento, aunque algunas palabras se le escapaban. Se dieron la mano y la italiana volvió al hotel a buscar su portátil y las dos maletas con las que se había ido del hospital, hace ya tres semanas.

Sería todo un cambio; pero casi lo estaba deseando. La chica era vegetariana como ella, y se le veía una persona tranquila, serena, lo que necesitaba con verdadera intensidad. Ojalá se aburriese mucho. Además, el acogedor salón estaba lleno de libros en varios idiomas. Se sintió por una vez, y en muchos años, libre.

Gertrud se asomó al rellano de la escalera.

—Alicia —llamó arrastrando la c —¿Qué tal esta chica? Errra muy bonita

—Sí. Gertrud, —dijo Alicia bajando las escaleras de dos en dos —es muy guapa, pero tiene los ojos tristes. Me ha dado pena. No sé qué le habrá pasado, pero seguro ha sido grave.

—Tu querrrida eres como la Madre Terrresa de Calcuta —le contestó la anciana alemana sonriendo —vas recogiendo todas las almas descarrriadas que encuentras. Eso es lo que más me gusta de ti.

Alicia le dio un beso en la mejilla y volvió a subir al apartamento. Desde que llegó hace unos cinco meses, los dueños de la casa se habían convertido en un remedo de sus propios padres, que encantados de que a su hija le cuidasen dos personas tan decentes, insistían en enviarles jamón de Teruel y vino tinto de Somontano cada mes para obsequiarles, lo que a los alemanes les hacía sentirse muy agradecidos y generosos con su hija.

Ella era muy feliz en Italia. Después de que hace unos meses su novio y ella se «habían dado un tiempo» para pensar en su relación, ella no se lo pensó dos veces cuando su primo Alberto, compañero de estudios también en la facultad de veterinaria y que había llegado a Italia hacía dos años, le ofreció trabajo como psicóloga canina, en su exitosa clínica.

Y desde que ella había llegado, habían aumentado las consultas para reeducar a las mascotas italianas, lo que le hacía replantearse volver a España o quedarse ahí, ¿para siempre?

«Soy demasiado feliz aquí, con este maravilloso trabajo», pensó Alicia. Le encantaba el ambiente que se respiraba en Roma. Mucho más grande que Zaragoza, su ciudad natal, más ruidosa y desde luego llena de monumentos y museos, a los que adoraba visitar siempre que podía.

Pero amaba a Jorge y aunque se habían dado un tiempo, tenía la esperanza de que algún día volverían. Incluso le había sugerido ir allí a trabajar, vivir con ella. Sin embargo, él no quería dejar el despacho donde trabajaba y que pertenecía a su padre. Suponía que lo heredaría dentro de unos años cuando se jubilase. Lo aceptaba, ella quizá también hubiera hecho lo mismo. Así que, de alguna forma, estaba pasando el tiempo sin poner solución a esta penosa situación.

—¿Dónde se ha ido ahora? ¡Localícela! —gritó Renzo a su asistente. La cara se le había puesto congestionada por el disgusto.

—Renzo, debemos dejar a la niña que viva un poco. Lo ha pasado muy mal —contestó su hermana Lorena, la única que se atrevía a contradecir al magnate más poderoso de Italia.

—Tiene que volver a casa, que es su lugar, con la familia

—La familia solo le ha hecho llegar a donde está ahora mismo —terminó Lorena cortando a Renzo. —No te preocupes, yo me encargo de vigilar lo que hace, y te tendré informado. Pero ahora ella necesita su espacio.

El malhumorado italiano se giró hacia la enorme ventana dando por terminada la conversación. Su hijo, muerto hacía tres meses; y su hija, que al saberlo, tuvo un accidente que casi le cuesta la vida. Casi perdió a los dos en un día. Un escalofrío recorrió su espalda.

«No he sido un buen padre», reconoció, pero amaba a su familia, ante todo. Su hermana pequeña tenía razón. Era la única que le hacía volver de su mundo de negocios y dinero, repleto de aduladores y de tiburones, que le habían hecho ser un tipo duro y sin escrúpulos muchas veces. Había pasado tanto tiempo en el trabajo que su esposa se hartó de él, aunque lo amaba, y finalmente acabaron divorciados.

Lorena dejó a su hermano mirando por la ventana de su despacho, que daba a la zona más bonita y cara de Roma. El despacho ocupaba casi la décima planta completa del edificio Baselli, y aunque estaba decorado por Vincenzo Ferrara, el mejor decorador de Italia, no había rastro de personalización, ni una foto familiar, ni nada que estuviera fuera de lo que había preparado el decorador.

Ella estaba preocupada por su sobrina Renata, desde luego. Pero había seguido su evolución en el hospital, desde lejos siempre, hablando con los doctores y las enfermeras que la cuidaban, pues ella no había querido ver a nadie, ni familia, ni amigos.

Siempre había sido una niña solitaria, aunque estaba muy unida a su hermano Lorenzo. Él se suicidó, agobiado por la responsabilidad de ser hijo de quien era, junto a demasiados disgustos amorosos; no pudo soportar tanto desamor, tanta falta de cariño o quizá fue demasiado sensible. Ni siquiera

saber que su hermana se quedaría destrozada evitó que se tomara demasiadas pastillas mezcladas con vodka. Lo encontraron en la bañera, casi ahogado en sus vómitos. Y además fue ella, su hermana, quien lo encontró. Hacía dos días que no contestaba sus llamadas y se acercó a su piso, del que tenía llave.

Cuando lo vio, llamó a los servicios de emergencias, aunque no pudieron hacer nada. Ella había vuelto de una fiesta y todavía estaba bebida, o drogada, cuando salió desesperada con el coche, y tomó la rotonda de la colina, su coche dio dos vueltas de campana y acabó en el hospital. Ni siquiera pudo ir al entierro, a despedirse de su hermano mellizo.

Desde entonces Lorena se desvivía por saber en cada minuto donde estaba Renata. Por ello decidió contratar a Francesco Lontini, un detective privado muy reconocido, que desde que salió del hospital había seguido a la joven al hotel, y por los largos paseos en el parque. Había informado a Lorena de su tranquila vida y de los recientes cambios. Del contacto con la joven española, y de su mudanza a un pequeño piso de alquiler.

Y no le parecía mal. Era un cambio agradable en su vida, hacia una vida más amable y sencilla. Había investigado a los jubilados alemanes y a la joven compañera y no podía decir nada malo. Convencería a su hermano de que dejara un tiempo a su hija vivir su vida, aunque ella no la perdería de vista, por supuesto.

Francesco entró en su piso de alquiler en la misma calle donde vivía su «trabajo». Su jefa le había encargado no perderla de vista, sin entrar en contacto directo, así que decidieron que lo mejor sería vivir dos casas más allá, para poder ver cuándo salía de casa y dónde iba. El apartamento era un bonito espacio amueblado de dos habitaciones, con baño y cocina. Al parecer los habitantes de esa calle se dedicaban a alquilar las plantas superiores de las preciosas viviendas unifamiliares de los años cincuenta, muchas de las cuales también tenían talleres artesanos de reparaciones de calzado, de costura, e incluso artesanía a la venta hechos por ellos mismos, dándole a la calle vida y animación, y un ambiente muy bueno para la joven Renata.

En el fondo, sentía pena por ella. Tanto dinero, y tanta infelicidad a la vez. Aunque él tampoco podía sentirse muy contento. Sin una relación estable por su trabajo, en el que viajaba a menudo e incluso le hacía vivir muchas veces meses fuera de su ciudad. Él era un tipo alto, decían que atractivo, sin ser excesivamente guapo por su nariz tocada de sus tiempos como boxeador. Pero las mujeres acababan dejándole porque, según ellas, «no se sentían atendidas».

Cerró la puerta del apartamento y se colgó la llave del cuello. Su húmedo cabello negro y rizado, le hacía sentirse más fresco, ya que, aún a las siete de la mañana, el calor de julio era agotador. Y, aun así, él salía a correr todas las mañanas, para mantenerse en forma.

Se dirigió hacia el parque que había dos calles al norte, con un ligero trote. Los romanos que vivían en esa parte de la ciudad no eran muy madrugadores, así que solo había unos pocos deportistas como él y los que sacaban a pasear a los fastidiosos perros. El primer día que salió a correr, tuvo que lavar a fondo su deportiva, pues pisó sin verla un enorme excremento, lo que le puso furioso.

Un par de jóvenes paseaban a sus perros tranquilamente, una de ellas, la joven morena que vivía con Renata. La había visto salir a diario hacia su trabajo en una clínica veterinaria junto con un hombre joven. No tenía ningún perro en su casa, aunque a menudo paseaba algunos. Era una monada, alta, morena y se la veía en forma, un bombón español, que le había llamado la

atención, «aunque no puedo distraerme», pensó.

Al parecer estaba entrenando al animal con el que no parecía no tener mucho éxito. Era un perro enorme, un dogo argentino de color blanco que se negaba a mantener el paso junto a ella. Seguramente sería uno de sus «pacientes». Se encontraban junto al camino por el que iba a pasar él, pero ya se había cruzado alguna vez con ella, y en cierto modo, era mejor no parecer extraño, por si se encontraban en algún lugar, mientras él vigilaba a Renata.

De repente, el dogo se separó de ella y la tiró al suelo bruscamente, y se encontró con Francesco por el camino, ocasión que aprovechó para darle un buen mordisco en la pantorrilla. Ella gritó y salió corriendo tras el perro y después de atraparlo, se acercó al joven que maldecía en italiano sentado en el suelo.

—Senti, sentí, —dijo ella en italiano sin saber que decía.

Ató al perro en una farola y se acercó a ver la herida del hombre. Había sido un mordisco leve, pero había sangre.

«Me espera una denuncia», pensó Alicia apesadumbrada. Y es que había querido salir a entrenar a Calígula a una hora en la que no había mucha gente, y este perro maltratado por sus antiguos amos, había reaccionado de forma exagerada.

—No pasa nada —dijo Francesco en perfecto castellano—creo que estoy vacunado contra la rabia, hace dos meses me mordió otro perro. Me deben tener manía. Tranquila.

—Lo siento tanto, por favor, vivo cerca, te curaré el mordisco. Soy veterinaria —dijo Alicia atropelladamente.

—Bueno, yo no soy un animal —sonrió el joven de lado —Vivo cerca así que iré a casa y me curaré yo mismo.

—No, por favor, me siento fatal. Me llamo Alicia. Te acompañaré y te ayudo a limpiar la herida. El animal está sano, pero es mejor desinfectarla. Te daré mis datos... entiendo que si quieres denunciarme...

—No, ha sido un accidente. Ya está.

Francesco se levantó lentamente. El mordisco había sido más fuerte de lo que pensaba, no por la herida sino por la pinza que había hecho en su pantorrilla. De hecho, cojeaba. Ella se asustó y se acercó a él para que se apoyara en ella. Le llevaba una cabeza y estaba muy fuerte, pero le gustó poder acercarse a la joven y apoyarse en su suave piel tostada por el sol.

Alicia recogió al perro que miraba apesadumbrado al suelo. Como si supiera que había hecho algo malo.

Ella insistió en subir a su casa, y Francesco tuvo que aceptar para no parecer demasiado raro. Suponía que no había problema porque Renata no se despertaba hasta las doce del mediodía. Tras dejar a Calígula atado en el baño, cogió el botiquín para desinfectar la herida. No había sido profunda, pero sí había dejado unas marcas muy feas en la pierna del joven.

La joven se aplicó limpiando la herida de sus pantorrillas, comprobando lo fuerte que estaba el joven. Se sintió ligeramente turbada al ver que estaba sentada a los pies de un chico tan atractivo, al que ya había visto de pasada varias veces por el barrio.

Terminó de limpiar la herida y se levantó sonrojada. Él también se sentía incómodo por su proximidad, más de lo que podía pensar, más de lo que había sentido desde hace mucho tiempo.

Se despidió brevemente, no sin que antes Alicia se asegurase de tomar su teléfono para preguntarle cómo iba. Había cruzado las reglas de cualquier investigador privado, había entrado en contacto directo con los sujetos, incluso una de ellas ahora tenía su teléfono.

«A la signora no le gustará», se dijo mientras bajaba cojeando las escaleras de la casa de Alicia. Por suerte Renata seguía durmiendo y no le había visto.

Renata se desperezó. Las once, de nuevo. Jamás había dormido tanto y tan profundo como estos días. Además, la alimentación sana estaba haciendo su efecto. Antes, tan apenas comía cualquier cosa. Ahora, había fruta y verdura fresca, había vuelto a cocinar y hacía gustosa la comida para ambas.

Hoy domingo, prepararía unas hamburguesas de mijo y zanahoria, con salsa de almendras. Se sentía llena de energía.

Salió con su habitual glamur a pesar de estar recién levantada. Alicia estaba sentada junto a Calígula, el perrito que su compañera estaba adiestrando esos días. Parecía preocupada.

—¿Qué te ocurre, cara mia? —saludó a la joven dándole un beso en la coronilla.

—Esta mañana hemos tenido un accidente, Calígula ha mordido a un chico y gracias a Dios que no ha querido denunciarme...

—¡Vaya! Qué raro, si Calígula es tan bueno.

—Sí, he observado que es muy bueno con las mujeres, pero con los hombres no. Tal vez quien le maltrataba era un hombre. El caso es que lo he curado, pero estoy preocupada. ¿Y si al final decide denunciarme? Tendría que volver a España.

—No te preocupes, conozco a un abogado en tal caso, tranquila cara. Si el chico no ha denunciado es porque no era tan importante. Mira, voy a preparar unas hamburguesas de mijo y fusilis con ajos tiernos, ¿quieres que le invitemos a comer?, y así te quedas más tranquila.

—No sé. Parecía un chico agradable, pero no lo conocemos Renny, puede ser cualquier maniaco —acabó Alicia riéndose.

—Como quieras bella, quizá puedas intentarlo, nada más.

Alicia pensó en invitar al joven. Parecía educado, y desde luego muy atractivo, pero no lo conocían de nada, así que solamente lo llamaría más tarde para ver qué tal estaba.

Alicia llevó a Calígula al día siguiente a sus dueños. Les comentó el incidente con el joven, y se quedaron apesadumbrados. Dudaban si sacrificarlo; lo habían recogido de una casa abandonada donde había estado atado casi hasta morir, de hambre y sed. Había sido maltratado y lo tuvieron que operar de una patita. Ahora se estaba recuperando, sin atacar a nadie, pues al principio fue desconfiado y agresivo. Gracias a Alicia se había adaptado a una vida normal. Quizá aquel joven le recordase a alguien de su vida pasada y por eso lo atacó.

Alicia se estremeció. Ayer por la noche había hablado con él y le había asegurado que estaba bien.

«¡Tiene mi teléfono y sabe dónde vivo!», pensó asustada. No parecía mala persona, pero los perros tienen intuición e instinto...

Su primo Alberto consoló a la apenada Alicia. Los dueños actuales de Calígula, que tenían un bebé, no se atrevían a llevárselo. Aun con buena voluntad, la decisión estaba tomada. Sacrificarían al perro. No podían hacer nada, si no lo adoptaba alguien, deberían hacerlo. Solo tenían dos semanas para encontrar a alguna persona decente que pudiera cuidarlo.

Alberto estaba también muy disgustado, pero sobre todo por su prima. Salieron de la consulta muy disgustados, y ella, se echó a llorar. Alberto la abrazó cariñosamente, y se fueron caminando hacia el restaurante donde comían a diario. Alberto pasaba el brazo sobre los hombros de Alicia, mientras ella apoyaba su cabeza en él. Llegaron al restaurante donde habían quedado con la esposa de Alberto, que venía del ginecólogo.

“Al menos, ver una ecografía de mi primito me alegrará el día”, pensó Alicia.

Francesco se fue antes de que entraran en el restaurante. Si tenía alguna loca idea de tener algún tipo de relación con la joven española, ya la había desechado, porque ella, ya estaba comprometida con su jefe.

Parecía una chica sensata, y era muy atractiva, al menos para él. Bueno, de todas formas, ella era una parte de su trabajo y era mejor no mezclarlo con temas personales.

—El contrato tiene que ser nuestro —susurró Mendella. —Hemos de conseguirlo antes que Baselli.

—Sabes que no cederá —le dijo su joven ayudante, Pietro, mientras se hurgaba las uñas con la navaja.

—Pietro, ¡deja de hacer eso! Pareces un mafioso de película americana —gritó Franco Mendella al hombre que vestía un traje negro de Valentino y que ponía los pies sobre su mesa de ébano.

Pietro bajó los pies y recogió su navaja. Su tío parecía más nervioso cada día. Necesitaba conseguir el contrato con el gobierno para suministrar las piezas de construcción, pero Baselli había hecho una mejor oferta que él, y a menos que se retirase, le darían la concesión. Suponía una gran diferencia: enriquecerse, o arruinarse. Y si su tío Franco se arruinaba, él también lo haría. Y eso no entraba en sus planes.

—Tío, tenemos que buscar el punto flaco de Baselli. Y él está limpio que yo sepa. No tiene amante ni escándalos. Su esposa falleció, incluso la respetó mientras estuvieron divorciados, y su hijo también. Sólo le queda su hermana y su hija. Que yo sepa su hermana no tiene nada de particular. Ahora, su hija... es otra cosa.

—¿Dónde está ahora su hija?

—Ya salió de la clínica. Según mis informes está viviendo en una zona bohemia, por su cuenta, pero seguro que anda metía en algún lío. Podemos intentar ver cómo sacar provecho de su pasado de drogas y alcohol y ponerla en una mala situación, para que su padre se sienta avergonzado.

—Hazlo. Busca lo que sea y encuentra algo para que papá Baselli tenga que tomar una decisión, por supuesto favorable a nosotros.

Pietro se relamió mientras salía del despacho de su tío. Hace tiempo que quería echarle el guante a la altiva Renata Baselli. Cuando acabase con ella, ya no volvería a recuperarse.

—¿Qué te parece si hacemos una fiesta para celebrar que han adoptado a Calígula? ¡Así te animas!

Alicia miró a Renata con tristeza. Se alegraba de que una mujer que vivía a las afueras, en una pequeña casita con jardín y otros perros adoptados hubiera adoptado al perro, pero lo echaba de menos. Tras varios días seguidos de entrenarlo y conseguir que se comportara, le había tomado cariño y ahora se sentía tristonza, pero siempre le pasaba igual con todos los pequeños que entrenaba...

—Sería bonito hacer una fiesta, pero con pocas personas. No me apetece que nuestros caseros protesten. Podemos invitar a Paolo, y a Lorenzo, y también a Agneta.

—¿Y qué hay del chico del mordisco? ¿Francesco se llamaba?

—Sí. pero tan apenas lo conozco. Lo he visto corriendo en el parque y hemos hablado dos palabras... no sé.

—Invítalo. Paolo es gay y Lorenzo tiene novia, al menos ¡trae un soltero!

—¿Quieres ligártelo?

—No, cara, no para mí, ¡para ti!!

—No Renata ya sabes que tengo un novio en España, y yo...

—A veces eres tan inteligente, y a veces tan tonta...

Alicia le miró enfadada. Ella creía en la fidelidad. Y esperaba que la relación con Jorge volviera a ser como antes. Tal vez ahora estaban un poco separados, pero de vez en cuando se llamaban y se enviaban mensajes. Al menos una vez a la semana.

—Que te envíes un mensaje a la semana no significa que tengas una relación.

—Mala befana, me estabas leyendo el pensamiento...

Renata se rio alegremente. Y levantándose tomó el móvil de Alicia y comenzó a enviar mensajes. —Bien, tenemos a Paolo y Lorenzo que vendrá con Eva. Agneta supongo que vendrá sola, porque ha roto con su novio. Y podemos decirle a tu primo que se pase con su esposa. Y Francesco, claro.

—Está bien... tú ganas. Pero no insistiré. Si viene a la primera, bien. ¿Este viernes?

—Sí...

Renata se sentía feliz por la chica. En solo unas semanas la había llegado a apreciar tanto como si fuera su hermana. En verdad nunca había tenido una amiga en la que confiar, y aunque no le había contado nada sobre ella, sobre su pasado y su familia real, sentía que podía contarle cualquier cosa. «No, cualquier cosa no. No puedo contarle que soy la heredera de una de las mayores fortunas de Italia, y que tengo una cuenta en el banco con seis o siete cifras, además de casas y coches. Pensaría que le estoy tomando el pelo, o que estoy mal de la cabeza. No, no puedo decirle.» Sí que habían hablado de su pérdida, de cómo amaba a su hermano, de su infancia y de lo unidos que estaban... de las relaciones con sus padres, eso sí, sin decir quienes eran.

Al menos mientras viviera con ella, además de descansar y recuperarse, intentaría hacer todo lo posible para hacerla feliz, y para que encontrara una pareja que le hiciera disfrutar de la vida. Ese era su nuevo objetivo en la vida y estaba feliz porque por primera vez, porque se ocupaba más de alguien que de ella misma.

Renata salió rápida de casa, iría a comprar al mercado un poco de todo. Había conseguido convencer a su compañera de piso que ella correría con todos los gastos. Claro, ella no sabía que tenía dinero de sobra. Además del efectivo con el que salió del hospital, había sacado algo del banco. Sólo por si acaso. Y seguramente más de lo que Alicia ganaría en un año, se sentía algo incómoda por eso...

La mañana estaba fresca a pesar de estar a finales de julio. Bajó alegre las escaleras saludando a los caseros que regresaban de su paseo matutino. Paolo estaba abriendo la puerta de la casa de al lado, donde vivía alquilado también, junto con un chico moreno.

—Ciao Renny, ¿qué tal estás?

—Ciao Paolo. Voy a comprar. Mañana tenemos fiesta en casa de Alicia. ¿Te vienes?

—Sí, claro. Mira te presento a Gio, mi nuevo compañero de piso.

—Tanto gusto. —Gio se inclinó educadamente.

—Gio, vente a la fiesta así conoces a tus vecinos. ¡El viernes a las ocho!

—Bueno, no te sientas obligada, no hay problema, yo me quedo en casa y...

—De eso nada, ven a la fiesta. Seremos poquitos y nos conoceremos. ¿Alguna alergia o manía a la hora de comer?

—Ninguna.

—Perfecto. Nos vemos entonces el viernes.

Paolo sonrió a su vecina. Estaba muy contento porque ayer su compañero de piso tuvo que volver a su país de repente y hoy por la tarde casi no había estado el anuncio en Internet dos horas que ya había conocido a Giovanni. Un chico joven, abogado, gay, como él, y muy atractivo. Un morenazo con el pelo corto y los ojos rasgados. No muy alto, pero tenía un sex appeal salvaje, incluso de chico malo que le atraía mucho.

«No debería pensar con el pantalón, pero ¡qué más da!»

Gio sonrió, «qué fácil ha sido».

Alicia tenía el teléfono en la mano desde hace un buen rato. Aunque Renny le había convencido de que llamase a Francesco no las tenía todas con ella. Miró la pantalla del móvil como si fuera un oráculo que tuviera todas las respuestas.

De repente una notificación le saltó. Un mensaje. Y justamente de Francesco.

—El oráculo ha hablado —sonrió Alicia.

Hola Alicia, ¿qué tal estás? ¿Qué tal Calígula en su nueva casa?

Hola Francesco. Bien. Está muy contento.

Me alegro.

Quería decirte.

Dime.

El viernes, ¿tienes algo que hacer?

Creo que no. ¿Por qué?

Vamos a hacer una pequeña cena con amigos. ¿Te vienes?

...

Francesco dudó. ¿Sería bueno ir? ¿Se estaba implicando demasiado?

Si no puedes no pasa nada, entiendo.

Perdona. Estaba mirando la agenda.

Ya...

Si sigue en pie iré.

Perfecto, a las ocho.

Ciao

Ciao

—No podía ser una conversación más aséptica —le dijo a su reflejo en el espejo— ¿tú qué crees?

El reflejo le devolvió una chica morena, con ojeras, sin maquillar apenas y con el pelo en una coleta alta; una chica muy normal, como le gustaba definirse, siempre por debajo de su verdadero valor, según su madre.

Francesco era un chico muy agradable, alto y fuerte, como un jugador de balonmano unido a un boxeador, llevaba el pelo largo y ligeramente rizado cubriéndole el cuello y una barbita a medio crecer. Se fijó que tenía la nariz algo torcida, pero eso le daba un cierto atractivo a chico malo de película, de

esas en blanco y negro en la que detectives con gabardina peleaban con los malos sin que se les caiga el sombrero.

Se sentía atraída en parte, tantos meses sin estar con Jorge, en todos los sentidos. Sin tener sexo, pero sin tener una relación, sin sentirse atrapada por un momento intenso; sin que nadie le dijera lo preciosa que era o lo sexy que estaba, o sentirse como si te devorasen con los ojos. Y ella... sin tener un torso desnudo que acariciar, preferiblemente con vello, no como Jorge, que era un chico flaco, casi imberbe a pesar de sus treinta y cinco. «Madre mía, los estoy comparando, y Jorge lleva las de perder. Debería llamarlo... sólo por si acaso.»

Miró la hora. Seguramente estaría en casa todavía. Los jueves y los viernes solía ir a trabajar más tarde. Encendió el ordenador y se conectó a Skype. Él aparecía conectado. Le llamó con una video llamada. Se desabrochó la camisa dejando ver un poco más de lo normal. Tal vez...

Tres tonos sonaron... dos más... ya iba a colgar cuando Jorge contestó.

—Ey, Ali, no esperaba tu llamada.

—Bueno, yo, quería saber qué tal estabas.

—Si, bueno, estoy bien, un poco liado. Y me tengo que ir pronto... yo...

—Vale, si, no hay problema, podemos hablar otro rato.

Una voz de mujer sonó detrás del chico.

—¿Vuelves a la cama?

Jorge miró a través de la cámara con ojos de culpabilidad.

—Lo siento... yo...

Alicia cerró la tapa del portátil de golpe todavía consternada. Ni siquiera podía llorar. ¡Jorge estaba con otra! No entendía nada. Ciertamente se habían dado tiempo, pero... no suponía que él...

Se levantó como un autómatas y se fue al baño. Tenía que ir a trabajar. Aunque con los perros era complicado trabajar cuando estabas tan hecha polvo. Ellos lo notaban. Tal vez hoy se dedicaría a trabajos de oficina.

Se fue sin apenas cruzar palabra con Renata que había vuelto del mercado. No podía.

Renata la miró curiosa, pero tenía tantas cosas que hacer que apenas le prestó atención. Comenzaba «la gran comilona». Iba a preparar sus especialidades vegetarianas y también algo para los no vegetarianos. Al final serían unos cuantos más de los pensados. Aun así, nada que ver con sus multitudinarias fiestas en la mansión de la costa, o en el palacete del centro. Si la viera su padre... creo que estaría contento. Es cierto que había avisado a su

tía que estaba bien, y que estaba pasando unos días con una amiga. Increíblemente su tía le había dicho que, si necesitaba algo que la llamase, y le había dejado estar. La primera vez en su vida que no se montaba en el coche y le iba a buscar de forma inmediata. Quizá había notado en la voz que ella estaba bien, que no era como siempre cuando ella estaba pasada de todo. La había rescatado de fiestas interminables, de alcohol, de drogas, de chicos, y de chicas... incluso de un atraco frustrado cuando iban completamente colgados. Hasta que pasó lo de su hermano... y entonces... entonces... ella ya no pudo más.

Movió la cabeza como sacudiendo sus pensamientos y que se alejasen lo más posible de ella. Si pudiera tomar una pastilla que le hiciera olvidar, «resetear» como cuando se reinicia un ordenador, estaría encantada de tomarla. Lamentablemente todo el peso de su pasado comenzaba a recaer sobre su espalda, especialmente cuando estaba sola, sin su compañera. Miró la hora. La mañana se había pasado volando, pero Alicia no estaba. Hoy no había vuelto a comer.

—Saldré a dar una vuelta y quizá me pase por la consulta. Alicia creo que se alegrará.

Con esa determinación salió de casa, mientras un par de ojos la veían cruzar y tras esperar unos minutos, la comenzaban a seguir.

Alicia tomó su segundo café en menos de una hora. Aún le picaban los ojos de tanto llorar. Su primo le había sustituido en todo lo que era tratar con los animales y estaba mirando los papeles sin leer absolutamente nada. Jorge le había enviado varios mensajes y llamado unas seis veces, hasta que dejó de enviarlos... y de llamarle. Ahí estaba, encerrada en su despacho, sin atender llamadas. Sin hablar ni palabra. Con el corazón totalmente hecho pedazos.

—¿Por qué he sido tan estúpida? ¿Cómo he podido creer en algún momento que la relación podría llegar a más? —Alicia apretó su rostro con las manos.

Alberto le trajo un pequeño bocadillo que ni tocó.

—Es mejor que vayas para casa prima, siento mucho lo de ese cabrón y cuando vuelva a España si me lo cruzo por la calle, le partiré la cara. Eso te lo promete tu primo. —Alberto se llevó la punta de sus dedos a su boca y besó en un gesto que había visto en una película.

Alicia no pudo evitar sonreír un poco al ver la fiereza protectora de su primo.

—Está bien. Me iré a casa. Recuerda que esta noche tienes una cita a las ocho en mi apartamento.

—Pero ¿estás con ganas? Después de...

—No importa. Es algo que tengo que superar antes o después. Y estar rodeada de mis amigos creo que es lo mejor en este momento.

Dos fuertes timbrazos interrumpieron la conversación.

Un golpe en la puerta les hizo adivinar quien era.

—¡Renata! ¿Qué haces por aquí? —Alberto abrió la puerta de la consulta a la sonriente italiana.

—Tenía que comprar un par de cosas y como mi compañera no ha venido a comer, me acerqué a buscarla. ¿Le pasa algo? —acabó susurrando.

—Si, pero mejor ella te lo cuenta, si quiere...

Renata asintió. Fue hacia el despacho de Alicia, quien ya salía. Los ojos no ocultaban su disgusto.

—Cara mia, qué te pasa.

—Vamos andando a casa, te lo contaré.

Se despidieron de Alberto que acudiría más tarde con su esposa.

—¡Maledetto! ¡bastardo! —Renata tenía la cara enrojecida.

—No pasa nada. Yo... enfin, las relaciones a distancia... nos habíamos dado un tiempo...

—¿Aún lo excusas? Niña, no seas tonta. Es un cabrón y te la ha jugado. Y tú, aquí manteniéndote virgen... ¡no puede ser!

—Renata, necesito calma. No quiero enfadarme.

—Pero ¡debes!... debes enfadarte, y gritar y patalear. No puedes decir que no ha pasado nada y llorar un ratito. Él te ha traicionado y lo mejor que podías hacer es irte esta noche con un tío y darte una buena alegría.

—No. No quiero liarme con cualquier tío que aparezca en mi vida. Yo no soy así. Me recuperaré y en el momento adecuado aparecerá alguien. Y, además, aún no he hablado con él.

Las chicas cruzaban un paso de cebra charlando animadamente. Francesco imaginó que Renata iría a buscar a la morena. Aún no se creía que había aceptado ir a la cena. No le diría nada a la signora porque seguramente le retiraría del caso. Y la verdad, no quería para nada. Entro en una floristería cercana y compró un centro de flores para las anfitrionas. Había observado que a Alicia le encantaban las flores, pues en el parque se pasaba largos ratos observándolas, haciéndoles fotos con el móvil, mientras sus perretes jugaban en el césped. Quizá cuando acabase el trabajo podría volver y «por casualidad» instalarse en el barrio y a lo mejor comenzar una relación con ella. O al menos conocerla mejor, sin sus problemas de incompatibilidad de profesiones.

—¿Qué dices? —Renata paró en seco y tomó de los hombros a Alicia sacudiéndola menos ligeramente de lo que debía.

—Yo...

—No se merece que dediques un solo pensamiento, ni un minuto, ni un segundo... ¡niente! ¡nada!

Alicia miró a los ojos de su amiga que se había agachado ligeramente hasta ponerse frente a ella. Sus pálidos ojos azules destelleaban furia contenida. Nunca la había visto así.

—Tienes razón, Renny — Alicia acarició el rostro de su amiga para calmarla. —Lo olvidaré. No se lo merece.

La italiana tomó de la mano a la joven morena quien le correspondió con un abrazo sincero. Algunas fotos fueron tomadas, quizá podrían ser aprovechadas en algún momento.

Agneta miró con ojos de tigresa al único hombre que no era gay o estaba comprometido. Apreciaba a Alicia, pero necesitaba un hombre en su vida, cualquiera, y ese candidato alto, con pinta de boxeador, pero en guapo, estaba muy a mano.

Francesco comenzaba a sentirse incómodo por el acoso de la joven rubia. Desde que se la habían presentado, en casa de Alicia, no se había separado de él. La música de jazz sonaba suave y las risas eran un buen complemento. Todos parecían alegres, el jefe de Alicia, ¡que era su primo!, hablaba de su futuro hijo, mientras los demás bromeaban con los nombres que había elegido. Alicia estaba en la cocina. Ya llevaba mucho tiempo ahí.

—Perdona Agneta, voy a buscar un refresco.

Dejó a la rubia con la palabra en la boca y se levantó del sofá dirigiéndose a la cocina.

Alicia estaba delante del fregadero, de pie, mirando al infinito.

—¿Qué piensas?

Ella se sobresaltó ligeramente.

—Ah, hola, ¿necesitas algo? —sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Qué te pasa?

—Bueno, nada, yo...

—Entiendo que no quieras contarme. Pero si necesitas algo...

—Gracias Francesco. Supongo que todo tiene solución, más tarde o más temprano.

—Así es. Mi madre siempre me decía que cuando se cierra una ventana, se abre una puerta... o algo así.

—Creo que es al revés —Alicia no pudo evitar sonreír al ver la cara de extrañado del hombre. —sabes, lo de la puerta y la ventana...

Francesco sonrió apoyándose en el armario de la cocina, muy cerca de ella. Cruzó los brazos descuidadamente, mientras su camisa se ajustaba marcando sus fuertes brazos. Alicia no pudo evitar mirarlos con admiración.

—Venga, dime. Soy casi un desconocido. Puedes contarme cualquier cosa. No se lo diré a nadie.

—Las cosas no salen siempre como una querría. —Alicia miró tristemente al hombre. —verás, yo tengo... tenía un novio en España, y, aunque nos dimos

un tiempo, tenía esperanza... y bien, se ha acabado.

—Lo siento. ¿Hoy habéis roto?

—Verás Francesco. Las nuevas tecnologías son maravillosas y a la vez terribles. Una conexión inesperada de vídeo puede descubrir mentiras e infidelidades —Alicia sonó más enfadada de lo que ella pensaba. —así que ahora mismo, no quiero saber nada de ningún tío... ah lo siento. Creo que por fin he conseguido enfadarme.

—Enfadarse es bueno. Y yo no soy ningún tío.

—¿Perdona?

—Soy un hombre. De esos que cuando se enamoran de una mujer lo hacen para toda la vida. Y de los que, si están con alguien, no salen con otra. — Francesco se puso delante de la joven, cerca. Casi demasiado.

Alicia sintió su pasión animal y un ligero olor suave a colonia mezclado con sudor agradable, lo que encendió el pequeño fuego interior que ella mantenía casi apagado.

Se acercó unos centímetros más y levantó la mirada de su camisa abierta. Él la miraba con hambre, y de repente vio como sus labios se acercaban despacio, atraídos por los labios entreabiertos de la española.

—¡Estás aquí! —Agneta tomó del brazo a Francesco que se separaba fastidiado de Alicia.

Alicia se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Apenas conocía al chico y se iba a enrollar, sólo por despecho... se giró dándole la espalda al joven quien, decepcionado, se fue con la rubia para seguir charlando.

La calle estaba casi vacía a esas horas de la noche, un par de personas paseaban con sus perros, pero Alicia ni los miraba. Podría haber tenido un buen rollito con Francesco, el chico era muy atractivo, al menos para ella. Renata decía que era demasiado «homme» para ella. Muy tosco, pero ella lo encontraba masculino y de alguna forma, se sentía bien con él. Como si él pudiera protegerla.

«Tonterías. Nunca he necesitado a nadie que me cuide. Y sin embargo... es una sensación rara, diferente...»

Escuchó reír a los jóvenes. Pensó en salir sin que le vieran. Necesitaba dar una vuelta, pero no podía dejar a Renata que tan amablemente había organizado la velada por ella.

Sintió una cálida mano en el hombro.

—Cara mia, ¿quieres irte?

Alicia miró agradecida a su amiga. Como le había contado su gran decepción con Jorge, la italiana estaba tan furiosa como su primo. Ambos habían estado confabulando y hablando de torturas y de puñetazos.

Salió de casa sin hacer apenas ruido. La verdad que no le sorprendía. Cada vez hablaban menos y conversaciones que tenían eran muy escasas, ni siquiera eran de amigos. Se había estado engañando a sí misma pensando que él sentía lo mismo que ella.

—Pero ¿qué siento yo por él?

Ni siquiera podía recordar a qué sabían sus besos. Y lo poco que sentía no era ni la mitad de lo que había sido acercarse a los labios de Francesco. La corriente eléctrica que le había recorrido no la había tenido con él nunca.

Parecía un chico bastante agradable, aunque no sabía mucho de él. De todas formas, Agneta le había atrapado en sus redes, y no era fácil librarse de ella. Cuando enganchaba una posible presa, lo exprimía hasta que se cansaba de él. Como a Tonino, o Gianni, o cualquiera de los chicos con los que había salido. No es que ella fuera mala persona, pero no sabía tener una relación seria. «Como yo». He sido incapaz de mantener viva la llama.

Se sentó en uno de los bancos del parque. Al final, sus pasos le habían llevado hacia allá. No es que a las once de la noche fuera un lugar muy recomendable, en línea general no solía pasar nada, pero una chica joven allí sola... se estremeció al pensarlo.

Unos pasos le sobresaltaron todavía más y se levantó rápidamente del banco, mirando por el sendero.

—Hola, estás aquí. No quería asustarte.

—Ah, hola, Francesco, estaba... pensando.

—¿Puedo acompañarte con tus pensamientos?

—Bueno yo...

—No tienes que contarme nada. Pero prefiero acompañarte, esto está muy solitario.

Alicia se sentó de nuevo en el banco y le sonrió tímidamente. Él se sentó junto a ella, sin decir nada.

—¿Y Agneta?

—Ufff —suspiró el hombre— ¿puedo ser sincero?

—Claro, cómo no.

—He huido de ella. Demasiado agresiva... te aseguro que me ha metido la mano bajo la camisa. Lo siento, es tu amiga...

—Tranquilo, conozco sus métodos. Ella está dolida porque es la primera

vez que la dejan. Y supongo que buscaba un sustituto rápido.

—De todas formas, no es mi tipo. Me gustan las morenas.

Miró intensamente a Alicia sin que ella pudiera articular palabra.

—Creo que teníamos un asunto pendiente...

Francesco se acercó lentamente pasando su brazo por detrás de la joven. Acarició su rostro con el dorso de sus dedos, admirando la suavidad de su piel. Sus labios estaban cada vez más cerca, sin atreverse a rozar los de la morena. Esperaba ansioso que se abrieran para recibirle, a pesar de que mentalmente estaba intentando frenarse y evitar una grave falta profesional. Ella abrió los labios y entrecerró los ojos. Entonces él se lanzó posando suavemente su boca en la suya que se ofrecía al placer de su lengua que comenzó a explorar, jugando. Ella pasó los brazos por el cuello atrayéndolo hacia sí con verdadera pasión. El bajó la mano a la cintura, acariciando suavemente su cadera.

Como muchas parejas que iban a pasear al parque, para tener sus momentos íntimos, comenzaron a sentirse cada vez más excitados.

—Volvamos a mi casa.

Tomándole de la mano, y sin decir una sola palabra, Alicia llevó a Francesco a través del parque... estaba muy decidida a pasar la noche con él. Necesitaba sentirse amada, aunque fuera por hoy.

Subieron las escaleras del segundo piso intentando no hacer ruido. Una sonrisa traviesa se asomó en el rostro de Alicia, que deslumbró completamente al joven.

Entraron en el piso que apreciaba silencioso. Alicia se fue directa a su habitación.

—¿Estás segura?

Ella asintió sin decir nada. No es que estuviera muy segura, como las cosas que hacía en general, pero sí sabía que ahora mismo es lo que quería. Francesco la besó de nuevo, mientras ella desbrochaba la camisa y comenzaba a palpar su fuerte espalda. Consiguió finalmente quitarle la camisa, quedándose con los vaqueros y los zapatos. Ella todavía llevaba su ropa así que él comenzó a desabrocharle despacio. Pronto la blusa cayó al suelo mostrando sus pechos enfundados en un sencillo suetador blanco que le hizo sentir un palpito en su miembro que pugnaba por salir del pantalón.

En cuestión de minutos, se encontraban en ropa interior sobre la cama. Francesco no quería apresurarse. Acarició la suave piel canela provocando escalofríos en la joven y unas leves risas por las cosquillas. Sus labios

comenzaron a recorrer su cuello y sus hombros, deslizando el tirante y mordisqueando su hombro, Ella facilitó el trabajo desabrochándose su ropa interior y él la apartó despacio, liberando unos pechos pequeños, duros por la excitación, ansiosos de ser succionados, besados, tarea que se mostró muy dispuesto a realizar.

Alicia arqueó su espalda al sentir el camino de besos que bajaba por su vientre con un destino muy claro. Jamás había sentido tanta excitación, y el anticipo del placer que iba a venir a continuación. Francesco acarició su intimidad sobre la braguita de algodón que comenzaba a humedecerse. Ella se retorció. Deseaba tocarle, acariciar su pecho desnudo, su erecto miembro que abultaba sus bóxer azul marino. El chico siguió su trabajo, esta vez con ayuda de ella, que se desprendió de todo, quedándose completamente desnuda. No sabía por qué, pero no tenía ningún pudor con este hombre. Se sentía deseada y desde luego le estaba dando buena muestra de ello.

El comenzó a explorar su humedad provocándole las primeras oleadas de placer. Entonces ella le empujó hacia la cama, tirándolo boca arriba y se sentó sobre él.

—Ahora es mi turno.

Bajó por su pecho de hombre mordisqueando sus pezones, estirando su vello corporal, bajando por su abdomen hasta la línea de sus bóxer mientras frotaba su cuerpo desnudo sobre sus piernas. Liberó el miembro que lanzó hacia el cielo su extremo, contento de no estar prisionero. Aprisionándolo con su boca, hizo suspirar de placer al joven que miraba como ella bajaba y subía mirándole a los ojos y provocándole millones de sensaciones.

—Alicia, te necesito ya...

Ella abrió el cajón de la mesilla y sacó un condón, que puso rápido justo antes de sentarse encima de él. Comenzó a moverse rítmicamente mientras él la sujetaba de la cadera, ayudándole a moverse sobre él. El movimiento comenzó a acelerarse mientras él acariciaba su clítoris hasta que de un grito se desplomó sobre él. El sonrió satisfecho y ella se volvió a incorporar.

—Dime, ¿quieres acabar tú también?

Alicia comenzó a moverse de nuevo provocando que Francesco se acercase al orgasmo hasta que finalmente llegó a la meta.

Se unieron en el sueño, dos cuerpos sudorosos, pero ninguno de los dos se apartó. Francesco pasó el brazo rodeándole la cintura, acariciando sus caderas y sintiendo el olor a sexo y canela que ella desprendía. Pasara lo que pasase en cuanto al tema profesional, no se arrepentía del momento vivido. Y

esperaba que ella tampoco.

Alicia suspiró sintiéndose cada vez más cómoda en brazos del hombre más sexy de Roma. Lo que había sentido con él jamás lo había sentido con ninguno de los hombres con los que había estado. Y eso que había sido algo breve, intenso, hecho con necesidad, y a la vez tan maravilloso. Cerro los ojos y se quedó dormida con una sonrisa en la boca.

Renata se alegró de escuchar el ruido que significaba «sexo del bueno» en el cuarto de al lado. Había visto como Francesco salía tras su amiga y compañera, y le había agradado. Al final, acabaron en la cama. «¡Bien!».

Ella tampoco estaba sola en la cama, aunque no por los mismos motivos.

Paolo y Gio habían discutido, y éste último se había echado a llorar amargamente. No se imaginaba que un hombre como él, aunque fuera gay, llorase así. No le había dado esa impresión, y, sin embargo, ahí estaba. Paolo dio un portazo al marcharse y los demás, viendo el mal ambiente, también se habían ido hacía rato. Como Gio estaba destrozado, ella le ofreció quedarse a dormir en el apartamento. Para no asustar a Alicia cuando volviera, le había invitado a su dormitorio, a compartir la cama.

Se había prometido no volver a meter a ningún hombre. Pero bueno al fin y al cabo Gio no tenía ningún interés sexual en ella. De hecho, le había preparado una infusión calentita que se iba a tomar ahora mismo, para dormir profundamente.

Gio sonrió. El plan había resultado mejor de lo que esperaba. Una conversación banal y una infusión con un componentes especial ayudarían a conseguir sus metas.

La joven cayó dormida al minuto de tomar la infusión. Esperaba que no se hubiera pasado con la droga que disolvió en el líquido caliente. Para que no notara el sabor le había echado miel, y allí estaba, dormida, o más bien, en trance. Ahora podía hacer lo que quisiera con ella.

Sacó el móvil de su mochila y con frialdad, montó el trípode sobre la cómoda, buscando el mejor ángulo para las fotografías de la hermosa mujer, que de nuevo iba a ser pillada con un escándalo sexual.

Las publicaciones darían mucho dinero por verla desnuda, y quizá algún vídeo con escenas de sexo duro. Ella pronto estaría a su merced. Las drogas de diseño eran completamente magníficas. Ya las había utilizado con varias chicas, con chicos... y mucho más...y se había divertido mucho. No solo era diversión. De hecho, era un negocio muy rentable.

Comenzó a desnudarla mientras ella le miraba con ojos vacíos. Además, al oír a la morenita tirarse al tal Francesco estaba realmente caliente y deseando meterla en algún sitio.

Se desnudo doblando su ropa y dejándola en el sillón. No soportaba arrugarla demasiado. Una primera foto desnuda para calentar el ambiente, y pronto comenzaría el espectáculo.

Tomó varias fotos en otra posición. Su jefe iba a estar muy contento y Baselli tendría no sólo que renunciar a su contrato, sino pagar una buena cantidad por no publicarlas.

Un sonido le interrumpió. Llamaban a la puerta. La morena no iba a abrir. «Maldición, tendré que abrir yo». Se vistió rápidamente y salió. Paolo estaba delante de la puerta con los ojos llorosos.

—Gio, por favor perdóname. He perdido los nervios.

—No pasa nada, pero márchate. Todos están durmiendo.

—Por favor, vuelve al apartamento. No me iré hasta que vengas. No quiero que te sientas mal, eres bienvenido en el apartamento y en mi vida...

Gio miró fastidiado hacia la habitación de Renata.

—Está bien. Déjame coger mis cosas.

Paolo se quedó esperando mientras el pérfido compañero de piso recogía la cámara y tapaba a la desnuda Renata con la sábana. Mañana no recordaría nada, pero por lo que él sabía, tampoco le extrañaría estar desnuda.

Tendría que intentarlo otra vez, aunque era cierto que no se iba de vacío.

Se fue con Paolo al apartamento. Cuando acabase con este tema, tal vez alguien le diera una buena paliza al maricón este, una paliza mortal.

Mendella miró las fotos de nuevo. No eran lo que Pietro le había prometido, pero eran calientes. De hecho, seguramente esa noche cuando estuviera con su esposa pensaría en la joven heredera. Incluso puede que se llevase alguna copia para disfrutarla de vez en cuando.

Si la prensa amarilla se hiciera con ellas, la reputación de la joven quedaría completamente destrozada y el católico Baselli sería expulsado de sus círculos de amistades.

—Pietro, encárgate de que Louis entregue una copia de las fotos a Baselli. Prepara un anónimo y vamos a empezar a jugar.

Pietro sonrió. No iría Louis, sino él, directamente. El padre de la chica era un hombre de honor y no le denunciaría hasta asegurarse que no habría fotos comprometedoras de su hija. Y pagaría una buena cantidad por ello.

Salió de la oficina contento de su buena suerte. Aunque no se había podido tirar a la niña bonita, o al menos de momento, podría obtener beneficios de la transacción. Y sabía donde estaría el viejo ahora mismo.

El café Rosso era un bonito café en el mismo centro de Roma, donde empresarios y gente VIP se reunían para charlar distendidamente. Allí se habían movido millones y cerrado contratos que asombrarían a cualquier notario. El presidente de una de las mayores compañías italianas tomaba café a diario, no porque él necesitase cerrar ese tipo de tratos, sino porque el café caramel macchiato lo tenía totalmente atrapado, y la madura camarera, Elizabetta, era un gran aliciente. Aunque él era viudo, no se atrevía a decirle nada, pues ella lo trataba con excesivo respeto y distancia.

Pietro lo vio sentado deleitándose con el café. Perfecto, estaba solo.

—Signore Baselli, ¿me permite sentarme?

—¿No es usted el lacayo de Mendella?

—Soy un empresario independiente, señor. Verá, quiero hablarle de su hija.

—¿Qué tiene usted que ver con mi hija? ¿Dónde está?

—No se preocupe, está bien. Pero alguien ha hecho unas fotos comprometidas, y bueno, podría habérselas dado a mi jefe, pero prefiero hablar con usted primero.

—O sea, que quiere dinero —le miró con desprecio.

—Digamos que es un intercambio justo. Ella no aparece en un escándalo sexual y usted no sufre por ello. ¿No cree que es justo?

—¿Qué es lo que quiere?

—Aprecio mucho a mi jefe y querría que él se beneficiara, por supuesto, así que sería bueno que no optase al contrato del concurso del gobierno.

—Usted es un vil chantajista....

—No me importa cómo me llame. Además, quiero dos millones de euros como pago por mis servicios. Le haré factura por supuesto. Todo legal.

El señor Baselli se revolvió en su silla. Su hermana le había dicho que tenía vigilada a su hija, y ahora, un sinvergüenza le venía a chantajear.

—Y cómo se que tiene usted fotos comprometedoras de mi hija. ¿Y que las va a destruir?

Pietro sacó un sobre blanco de su americana y lo dejó en la mesa. Baselli empalideció al sacar la primera.

—Está bien —suspiró derrotado. —Pero tiene que firmar un contrato por el que se compromete a no publicar jamás esas fotos ni a dejar que nadie las publique. Las destruirá.

—Soy un hombre de honor, aunque no lo parezca. Ante todo, es un negocio. Si usted cumple, yo lo haré. Le enviaré mi factura a su secretaria, por mis servicios de asesoría. En cuanto al contrato...

—Haré lo que me pide.

—Después, de rehusar a presentarse, destruiré las fotos, delo por hecho. Mis saludos.

Baselli guardó el sobre. Evidentemente las fotos digitales podían copiarse miles de veces. Tenía la esperanza de que cumpliera. Si no, su hija se vería salpicada de nuevo por el escándalo, y le destrozaría la vida, ahora que parecía que comenzaba a levantar cabeza. ¿Qué habría pasado? Tomó el móvil y llamó a su hermana.

—Dame el número del hombre que está siguiendo a mi hija. Hoy quiero verlo en mi despacho, a las seis de la tarde. ... No, es una orden.

Francesco había acompañado a Alicia a su trabajo y se había despedido con un beso apasionado. Renata todavía dormía así que se fue a casa a darse una buena ducha y tomar un bocado, cuando recibió la llamada. Su jefe quería verle en el despacho. Debía ser grave.

El despacho del presidente de la compañía era una enorme habitación tan grande que casi parecía vacía de muebles. Llamó a la puerta y un seco «adelante» le hizo pasar. El hombre miraba por los amplios ventanales la ciudad a sus pies.

—¿Usted cree que lo tengo todo? — preguntó al empleado sin volverse.

—No sé, señor... yo... —la pregunta le había pillado de improviso.

—Aquí me ve, con un despacho de ciento cincuenta metros, con una lámina de Picasso, y un cuadro de Monet adornando sus paredes. Una gran casa en la ciudad, varias en distintos países. No hablemos de coches, aviones... —el hombre se volvió mirándole directamente.

—Yo...

—Y, sin embargo, no he conseguido tener una familia normal —prosiguió como si hablara solo— Yo solo quería una esposa que me diera hijos, y unos hijos que me quisieran, como yo a ellos. Hijos que pudieran trabajar quizá conmigo, que heredaran mi empresa, por la que he trabajado muy duro. ¿Sabía que estudié la carrera de ingeniería mientras trabajaba como mecánico?

—Sí señor. —la suya era una historia de superación.

—Pero mi esposa falleció en un accidente, y mi hijo se fue deteriorando mentalmente [YP1] hasta que se suicidó. Y después Renata, casi se mata. ¿Qué cree usted que me queda?

—Su hija es una mujer encantadora, yo... la conozco y me parece que está rehabilitada completamente...

—Y entonces qué es esto...

Baselli lanzó el sobre sobre la mesa. Francesco lo abrió y sacó un par de fotos. Había polvo blanco y jeringuillas, pero lo peor era el rostro de colgada de la desnuda Renata, y las poses.

Francesco se puso de todos los colores.

—¡Es imposible! Ella no sale con nadie y tampoco se droga, se lo aseguro.

—Gracias a su incompetencia, no sólo voy a perder el mayor contrato del gobierno, además de dos millones que me piden por las fotos. Todo eso puedo asumirlo. Pero no que mi hija salga en todas las revistas, en Internet, y que todo el mundo la vea así. Porque sabe, ella es lo único que me queda.

—Averiguaré quién ha sido.

—Márchese y haga su trabajo.

Baselli se volvió ignorando al joven que salió apesadumbrado del despacho. ¿Cómo había sido? ¿cuándo había conocido a alguien? ¿Cómo le había encontrado quien fuera que le había hecho esas fotos?

Muchas preguntas que necesitaban respuestas lo antes posible.

—Renata necesito hablar contigo.

Francesco estaba en la puerta de una somnolienta italiana que le miraba como si no le conociera, de tan dormida que estaba.

—Renata, por favor, déjame pasar.

La joven se apartó. Todavía llevaba una floreada bata de seda que había acertado a ponerse sobre su corto camisión de raso cuando escuchó el timbre. Incluso a las doce de la mañana se sentía somnolienta. Anoche tan apenas había dormido, pensando qué hacer con su vida.

—Alicia no está, se ha ido a trabajar, supongo...

—No quiero hablar con Alicia —se sentó en el sofá dejando el maletín que llevaba sobre la mesita de centro.

Renata se encogió de hombros y se sentó en un silloncito lateral. Esperó a que le dijera.

—Verás Renata. Tengo que confesarte algo. No soy quien creéis que soy. Soy detective privado...

—Vaya, ¿quién te envía? ¿mi padre? —Renata ya estaba totalmente despierta y comenzaba a ponerse furiosa.

—No, tu tía. Pero por favor, no te enfades y déjame terminar. Es importante. Verás, tu tía me encargó que te vigilara discretamente, aunque bueno... no he sido muy profesional puesto que estoy aquí y me conoces. El caso es que he fallado...

Francesco se miró los pies. Cómo decirle las horribles fotos que le habían tomado sin que él pudiera evitarlo. Pero cómo evitar que ella hiciera lo que quisiera en su propia casa...

—Vamos Francesco, habla. ¿Qué ha pasado?

—Se trata de las fotos, unas fotos bastante... comprometidas.

—¿Qué fotos? Yo no me he hecho ninguna foto últimamente que no sea con Alicia o con algún amigo y desde luego no son comprometidas. Creo que te equivocas.

—Déjame enseñarte.

Francesco buscó en su maletín la foto menos grave de todas ellas y se la mostró. La palidez de la muchacha le indicó que como mínimo, no se acordaba de habérselas hecho.

—Yo... yo no he hecho estas fotos. No soy yo...

—Lo siento, pero sí lo eres. Tengo otras más explícitas, pero no quisiera tener que enseñártelas.

—¿Las ha visto mi padre?

—Alguna...

Renata se echó a llorar desconsoladamente. Francesco puso su mano consolándola en el hombro, ella se retiró instintivamente.

—Pero ¿cómo es posible? Yo no he estado con ningún hombre, ¿quién es? ¿cuándo?...

—No llega a salir el rostro del hombre, pero si... otras partes del cuerpo. ¿No recuerdas nada?

—No. Te lo juro, Francesco, desde que estoy viviendo aquí, no me he acostado con ningún hombre. De verdad.

El rostro sereno de Renata no daba opción a la mentira. Esta vez no.

—Entonces, alguien te ha engañado. Quiero encontrarle y darle una buena paliza.

—Gracias. Quizá podamos saber algo a partir de las fotos. Déjamelas ver.

—Es mejor que no.

—Por favor. Estoy fuerte y además sé que me crees. Me has conocido estos días para saber que hay cosas que ya no hago. Quizá hace unos meses... pero no ahora.

El joven sacó casi todas las fotos. Había cuatro que igualmente no le enseñaría.

La chica se estremeció al verlas, pero aguantó sin derramar una sola lágrima.

—Están hechas aquí, en mi cama. Sin duda. Mira el cuadro y la colcha. ¿Se puede ver qué día fueron hechas?

—No. Pero ¿recuerdas algún día en el que te hayas levantado demasiado dormida, o que no hayas recordado algo? Puede ser que te hayan drogado.

—El día que te quedaste aquí, a dormir... —el joven se sonrojó— a la mañana siguiente me sentía con la boca muy pastosa, con sabor a metálico. Y no recordé cuándo me dormí.

Renata le miró sospechosamente.

—¿Crees que fui yo? Puedo enseñarte mis piernas... y otras cosas y verás que eso no es mío. Además, estuve con Alicia y...

—Lo sé, perdona. Siempre que he confiado en alguien me han traicionado. Supongo que es la costumbre...

—¿Fue entonces el día de la cena?, lo que pasa es que no sé quién se fue o no...

—Es parte la tengo en blanco. No lo sé, Francesco.

—Hablaré con cada uno de los hombres que fueron a la fiesta. Y veremos quién se fue y quién se quedó o si vieron entrar a alguien.

—Gracias Francesco. Esto es terrible. Te pediría por favor que no le dijeras nada a Alicia. Ella no sabe quién soy y quisiera que no lo supiera. No todavía. Y, de todas formas, tampoco sabe quién eres tú, ¿no?

—No. Quería decirle, pero, claro... ella es muy noble y seguro que te hubiera contado... yo... lo siento, Renata.

—Está bien. Esoy acostumbrada a que mi padre me vigile. En el fondo, es muy triste que tenga que seguir haciéndolo, ¿verdad?

—Me gustaría poder analizar tu sangre. Tengo aquí un kit de análisis, si no te importa. Aunque ya hace día y medio de la fiesta, puede que si te drogaron tengas restos en tu organismo todavía. Quizá me ayudaría a saber algo más.

—Está bien. Quizá tendría que ir al médico, verdad... puede que... me violara...

—No hay fotos de el acto. Pero sí, mejor ves al médico. Por si acaso.

Renata asintió y ofreció el brazo para que le extrajera sangre. Fue rápido e indoloro. La guardó en un compartimento refrigerado en su maletín.

Sin decir más palabra, se levantó y Renata le acompañó a la puerta.

—Te acompaño abajo, creo que necesito dar un paseo. ¿Me esperas?

—Por supuesto.

Renata se cambió en tres minutos y bajó las escaleras con el detective. Saludaron a los ancianos que llegaban de comprar en el mercado.

—Lo siento Renata. Esto no tendría que haber ocurrido si hubiera hecho mi trabajo.

—¿Y qué ibas a hacer, meterte en mi cama? No, querido, esto es algo que se veía venir. No me van a dejar tranquila nunca.

Renata bajó la cabeza casi llorando. Francesco la abrazó consolándola.

—Tranquila, encontraré al cabrón que te ha hecho esto. —Acarició su cabello como si fuera su hermana pequeña.

—Te lo agradezco. Mantenme informada por favor.

—Ciao.

Francesco se dirigió hacia su casa para tomar el coche y llevar la muestra de sangre al laboratorio privado de su padre. Estaba seguro de que ella no había hecho nada. Su rostro sincero y su desolación eran auténticas. Pero

cómo había pasado... eso era algo que tenía que averiguar antes de dos días que era el plazo que tenía Baselli para darle el dinero al sicario de Mendella.

Alicia estaba alucinada. Había vuelto a casa para comer con Renata que estaba un poco triste. Y se encontró la sorpresa de verla abrazada a su amante, quizá su futura pareja... desde luego, la vida era una pura traición. Se dio la vuelta y se fue a comer en el bar de la esquina. No tenía fuerzas ni para mirarle a la cara.

—Los análisis han dado negativos en drogas tipo cocaína, heroína y cualquier otra droga de diseño, pero hay algo... puede ser un pequeño resto de escopolamina... estoy esperando el resto de las pruebas químicas.

—¿Quieres decir que a mi hija la drogaron?

—He hablado con ella, y tal y como está ahora... estoy seguro de que no ha sido voluntario.

El señor Baselli suspiró. «Todo ha sido un montaje y ya sé quién ha sido.»

—Quiero que sigas a Mendella, día y noche, y que busques conexiones con todo este asunto. No lo pierdas de vista, llévate a León, que te ayude, usa micrófonos, tienes todo el presupuesto que necesites. Encuentra pruebas.

—Sí señor.

Francesco salió del despacho con la cabeza llena de dudas y casi se tropieza con su jefa, la hermana de Baselli.

—Mi hermano me ha contado algo. ¿Cómo has podido dejar que pase?

—Signora Lorena, estamos hablando que son fotos tomadas en la casa, en la habitación... ¿Cómo voy a entrar yo ahí? —Francesco evitó decir que en realidad él sí había entrado, pero en la habitación de al lado.

—Tienes razón. Estoy nerviosa. Mi hermano está destrozado. ¿Se sabe qué ha pasado?

—Su hermano sospecha de Mendella, su principal competidor.

—Sí, ya sé quién es. Pero... ¿por qué y cómo iba a hacerlo? No comprendo...

—Lo averiguaré. Es algo personal.

Francesco se dirigió con paso firme al ascensor del edificio de oficinas del distrito EUR, perteneciente al magnate y padre de la heredera con más mala suerte del mundo. Ahora que ella se estaba recuperando, que no tomaba drogas, no bebía, no iba a fiestas, y su vida estaba tomando sentido, era golpeada de tal manera que posiblemente quedaría marcada. Quién sabe si volvería a las andadas, o algo peor.

Lorena contempló al joven marcharse y se decidió a entrar al despacho de su hermano.

Estaba mirando a través de las enormes cristaleras que cubrían toda la pared trasera. El paisaje era imponente. Los austeros edificios que reflejaban

la estética del régimen fascista desaparecido se entremezclaban con la abundancia de zona verde y de hombres y mujeres trajeados, siempre con prisa, que atravesaban las calles hipnotizados por sus enormes móviles.

Al fondo, cerca del río, algunos descansaban en los bancos del parque, viendo pasar los kayacs por el agua o las bicicletas por los senderos de piedra y tierra. Cuando eran pequeños, llevaba a sus hijos allí, a la hora de comer, los pocos y únicos momentos que pasaba con su familia. Siempre trabajando. Siempre ocupado. Pasó su vida en un suspiro.

—Renzo, ¿estás bien?

—¿Qué hemos hecho con la vida, Lorena?

—Hemos creado una empresa de la nada, y la hemos hecho muy exitosa. Tienes el mundo a tus pies.

—¿Y para qué? Lo único que me queda es mi hija. Y ni siquiera estoy seguro de que ella quiera estar conmigo.

—¡Pero has conseguido mucho!, ella es inmensamente rica y...

—¿Ella es feliz? Y tu, Lorena. Ni siquiera te has casado, y tienes ya cincuenta y cinco años. Ya no vas a tener hijos. Siempre trabajando. ¿Qué has conseguido en la vida?

—Yo tengo lo que necesito.

—No sé... últimamente estoy pensando en dejarlo todo...

—¡Renzo! ¿cómo puedes decir eso? ¿Qué va a ser de la empresa entonces? Tienes sólo sesenta años. Aún puedes...

—Aún puedo disfrutar de la vida —le interrumpió. —Y tal vez tú también. Deberías buscar marido, o es igual, viajar con amigas. Tienes el dinero suficiente para dos o tres vidas. ¿Para qué seguir aquí encerrada?

—Estás deprimido, Renzo, por lo de tu hija. En unos días cuando la niña esté de nuevo bien, se te pasará.

—No lo sé, hermana. Creo que he de tomar decisiones. No voy a entregar mi empresa a cualquiera, pero buscaré a la persona adecuada. Y tú deberías buscar también a alguien que te sustituyera.

—No hay nadie... quiero decir...

—Nadie es imprescindible. A cualquiera le pasa algo y desaparece y el resto del mundo sigue girando, no importa nada lo que hayas hecho. La vida sigue. Y así tiene que ser.

Lorena se fue enfadada mientras su hermano volvía a la contemplación del paisaje.

No consentiría que su empresa se desmoronase.

con ellos. De todas formas, empiezo a estar harta de que no salgan las cosas...»

Se apresuró a volver a casa. Hablaría con Renata. Tal vez la invitara a marcharse. Que se fuera con Francesco. Así dejaría el apartamento y se volvería a su ciudad, Zaragoza, donde todo era mucho más pequeño y sencillo. Seguramente encontraría trabajo, aunque fuera en algún supermercado, le daba igual. Cualquier empleo era bueno.

Subió las escaleras de dos en dos. Estaba muy decidida a decirle a Renata varias cosas. Al fin y al cabo, la había acogido y cuando vino, no tenía muy buen aspecto. Ahora, salvo los últimos días, su aspecto había mejorado. Estaba más animada, con mejor color, incluso había engordado, ya no estaba en los huesos.

Abrió la puerta de la casa sorprendiendo a la joven en el sofá, llorando y rodeada de pañuelos. Alicia se olvidó de sus pensamientos anteriores.

—Pero qué te ocurre... —se sentó junto a ella y la abrazó.

—Nada... nada...

—Vamos a ver. Una no tiene dos paquetes de pañuelos empapados alrededor si no le ocurre nada. Tienes los ojos rojos y la nariz morada.

—Verás... quiero contarte algo... aunque me odies...

—No te odio Renata, porque ya lo sé. Pensé que te odiaba. Pero no.

—¿Lo sabes? ¿Cómo...?

—Os vi abrazados un día y bueno, até cabos.

—¿A quién viste abrazados? No entiendo...

—Renata. Me ibas a decir que estás con Francesco, ¿no? No pasa nada. Es normal, tú eres mucho más atractiva y yo...

—Para, para. ¿Qué estás diciendo? ¿Francesco y yo? ¡No, no! Te estás equivocando. Él y yo no estamos juntos.

—Pero... yo os vi... pensé...

—No, cara mía. Él me está ayudando. En realidad, es una historia muy larga... siéntate, por favor, y déjame explicarte... te suplico que no me juzgues...

—No lo haré. En el fondo, me alegro de que no estés con él. Me gusta de verdad. —Alicia sonrió aliviada. La primera sonrisa en unos días.

Renata la miró preocupada. Puede que tras su explicación no volvieran a ser amigas. Y la quería mucho, nunca había tenido a alguien a su lado tan desinteresado, tan amable y buena persona. Se lanzó a relatarle.

Todos sus secretos, su vida anterior, sus razones, su dolor, su familia,

todo, salió de su boca como cuando tras abusar del alcohol vomitaba en cualquier rincón. Esta vez hablaba palabras amargas, dolorosas, que estaban cambiando el semblante cada vez más serio de su amiga.

Al final, Renata se quedó callada. En el fondo, estaba tranquila porque ocultar tanto a alguien a quien apreciaba le dolía más que cualquier otra cosa. Alicia desvió la mirada hacia sus manos que se retorcían nerviosas.

—Por favor, dime algo. —suplicó Renata —aunque sea para insultarme.

Alicia se levantó y se volvió a sentar. Se encontraban en el mismo sofá, pero sentadas de lado, mirándose frente a frente. De repente, Alicia se lanzó a abrazar a su amiga. Y la abrazó fuerte, mucho, y comenzaron a llorar las dos, mucho al principio, hipando, hasta que poco a poco, la calma volvió a la sala.

—¿Por qué no me has dicho...? Bueno, no pasa nada, Renny, las cosas son así. Y Francesco entonces qué pinta en esto, ¿se lo has contado también?

—En realidad él me conoce... —no sabía cómo decirle esto —está contratado por mi tía Lorena, para seguirme. Es detective privado.

Alicia se puso rígida, y pálida.

—¿Quieres decir que en realidad él solo te vigilaba? Incluso cuando... cuando estaba aquí, ¿conmigo?

—No lo sé... eso tendrás que hablarlo con él.

—Está bien. Ya contaba con perderlo, si estaba contigo. Me da igual. Lo importante es que descubra quién te hizo las fotos y que todo se arregle. Ya verás como sí. Al menos es un hombre inteligente, de eso estoy segura. Nos ha engañado bien.

—No tienes por qué ser cínica. —Renata ya volvía a ser ella misma tras desahogarse con su amiga —dale la oportunidad de explicarse.

—Tal vez. No sé. Y bueno, cambiando de tema. Tenemos visita la semana que viene. Mi hermano viaja con mi sobrina y van a pasar cuatro días aquí, en Roma.

—Qué buena noticia, esto... ¿necesitas la habitación? ¿quieres que me vaya?

—No, Renata. Si tienes que irte, bien, pero si no pensabas, tenemos un hermoso sofá cama y mi sobrina dormirá conmigo. ¡Verás que es adorable!

—Siempre quise tener una sobrina... o tener hijos...

—Todo llegará, eres joven...

—Tengo veintiocho años niña, así que pronto he de encontrar a alguien...

—El hombre adecuado llegará, como a mí, espero...

Un fuerte timbrazo interrumpió su conversación. Alicia abrió la puerta con

cuidado.

Paolo entró hasta el final de la casa.

—¿Qué pasa Paolo? ¿Qué buscas?

—Estoy disgustadísimo. Me han robado. Me han abandonado. ¡Esto es horrible!

—Cuéntanos, ¿podemos ayudarte?

—Eso esperaba. —Paolo se sentó dramáticamente en el sofá junto a las chicas —es Gio. Se ha largado. Y se ha llevado una pequeña escultura de Paladino, que valía más de cinco mil euros. Si no hubiera presumido de ella...

—Pero cómo sabes que se ha ido, o que ha sido él...

—Seguro. Se ha ido, se ha llevado sus maletas, sus cosas, tres camisas más, de las de Valentino, y la escultura de Paladino —lloriqueó Paolo — ¿Por qué confiaría en él?

—Entonces, ¿para qué has entrado en casa? ¿no tienes un teléfono?

—Es que como se quedó a dormir la noche de la cena, pensé que estaría aquí. Pero no, se ha ido del todo.

—Un momento —interrumpió Alicia— ¿lo viste salir de aquí el viernes de la cena?

—Sí, no recuerdas, ...ah no que estabas con el morenazo dándote el lote. Discutí con él por no sé qué tontería y se quedó a dormir. Renata le ofreció dormir en el sofá. ¿No recuerdas?

—No. —Renata empalideció. —Ya sé quién tomó las fotos.

—¡Será hijo de puta! —Alicia se levantó de un salto.

—Hay que decírselo a Francesco. Ahora vuelvo.

—¿Qué ocurre, mi vida? —preguntó Paolo.

—Que además de ser un ladrón, es la peor persona con la que nos hemos podido cruzar en toda nuestra vida.

Mendella cruzó la Vía del Crocifisso para entrar en la Vía Bonifacio donde estaba el Ristorante Seiperdue, el lugar de encuentro con su bella Gina, su actual amante. Una hermosa morena, de cintura breve y labios carnosos. Cierto que no eran del todo naturales, pero... en la cama era feroz y cuando la llevaba al club privado, donde sólo entraban hombres y como mucho las amantes, sus amigos se morían de envidia.

Aunque deseaba mostrar al mundo cómo un señor de más de cincuenta y no precisamente atractivo había conseguido un bombón así, no podía, por respeto a su esposa, y sobre todo, por respeto al dinero del padre de su esposa, dueño de la empresa y principal accionista. Cuando él muriera, que esperaba que fuera pronto, él pasaría a tener el control total de la empresa y entonces podría pasear con Gina del brazo, ir a la ópera y enviar a su esposa al campo, con sus perros. Incluso podría tener un hijo con Gina, algo que su esposa Concetta no había podido darle.

Ella ya le esperaba en la mesa tomando su rosado cóctel de bienvenida y recibéndole con una sonrisa deslumbrante.

El maitre acudió diligente a atender a la pareja, mientras un casi imperceptible clic-clic proveniente de la mesa de al lado comenzaba a construir una historia.

Porque Francesco había investigado a fondo la vida de Franco Mendella, casado con la heredera Concetta Pasquale, presidente de la compañía rival de Baselli, y que se encontraba todos los lunes a comer con su amante, Gina Frandelli, italiana, humilde, pero bellísima. Que había conquistado su corazón y era poseedora ya de dos pisos en el centro de Roma y un apartamento en Lido de Ostia, un coche mercedes en el garaje y de seguro unas cuántas joyas en su caja fuerte. ¿Sabría su esposa que con esta amante iba «en serio»?

Por si acaso, les haría fotos en las situaciones más comprometidas que pudiera, para devolverle sus malas acciones. Aunque todavía no tenía pruebas de que él hubiera sido artífice del chantaje. No... hasta ahora.

Francesco se escondió tras la carta de vinos al ver quién entraba por la puerta. ¿Qué hacía aquí Gio?

En su pequeño maletín llevaba un amplificador de sonido. Quizá pudiera escuchar lo que decían, incluso grabar... sacó varias fotos.

—Pietro, ¿qué haces aquí?

—Señor Mendella, señorita... Permítame que me siente —se sentó directamente.

—Le doy dos minutos.

—Suficiente. Tengo buenas noticias. Es casi seguro que consigamos el premio. El viejo cederá. Hoy me llamó y bueno faltan unos días para el concurso.

—Son buenas noticias, las celebraremos con champán francés...

—Gracias señor, yo...

—Quizá me expresé mal. Lo celebraré con mi acompañante. Ya puede irse.

Pietro se envaró, enfadado. Más todavía porque la amante de su jefe se había reído de él. Su personalidad se especializaba en las venganzas en frío. Aún le quedaba algo de droga. Tal vez le hiciera una visita y le enseñara modales. Se levantó y se fue sin despedirse.

Francesco estaba paralizado. Ahora sí tenía las pruebas, aunque no eran legales, sí servirían para evitar el chantaje. Dejó un par de billetes y se fue tras Pietro. Igualmente tenía que recuperar las fotos. Como fuera.

Esa serpiente traidora, que se había hecho pasar por amigo, había conseguido unas fotos, todavía no sabía cómo, pero se lo sonsacaría.

Alicia daba pequeños saltitos de alegría viendo como el avión que llegaba de España tenía la hora prevista para dentro de quince minutos. Había ido a buscar a su hermano y sobrina en el transporte público, aunque para la vuelta, tomarían un taxi. Allí en Ciampino, el aeropuerto internacional, el bullicio era encantador. Cientos de personas hablando alto, corriendo de un lado para otro... era algo que le fascinaba. De hecho, más de una vez había ido sólo por ir, y soñar con los lugares donde querría viajar.

Renata se había quedado en casa, dándoles algo de privacidad y arreglando la zona del sofá para hacer sentir cómodo a su hermano.

Tras una corta espera, los viajeros comenzaron a salir. Ella se levantó de la silla de rejilla y se fue corriendo hacia la puerta correspondiente. Un torbellino con dos coletas salió corriendo hacia ella.

—¡Mi pequeña! ¡Qué grande estás!

—¡Tía Alicia!! — la pequeña le abrazó sin soltar su mochila en forma de conejo blanco.

Un joven se acercó a ambas. Y las abrazó.

—¡Salva! ¡Bienvenido a Roma!

—¡Qué guapa estás Alicia!

—Eres mi hermano favorito —sonrió abrazándole.

—Claro, sólo tienes uno...

Salieron del aeropuerto charlando animadamente. Alicia había olvidado ya todos sus problemas personales con la alegría de reencontrarse con su hermano.

—Mamá te envía jamón de Teruel, envasado al vacío, dice que estarás muy delgadurria. Y papá dice que a ver cuándo vas para allá.

—No sé, quizá antes de lo esperado. Os echo mucho de menos.

Se sentaron en un taxi, negociando el precio en italiano, para que no los tomaran por turistas.

—¿Te ocurre algo hermanita? ¿Problemas amorosos?

—Bueno ya sabes lo que pasó con Jorge. Realmente era algo que se veía venir...

—Me lo encontré en el centro hace unos días y le dije que venía a verte. Estaba muy triste y creo que arrepentido. Pero no se atrevía a llamarte. Puede

que quiera otra oportunidad.

—Salva, es que fue muy duro verlo con otra... y ha sido muy duro intentar superarlo. No creo que pueda, al menos de momento, y además...

—¿Hay otro chico?

—Hace poco, justamente tras cortar con Jorge, conocí a un chico italiano. Pero creo que también me ha salido rana... tengo muy mala suerte con los hombres. Ojalá hubiera alguien como tú, pero sin ser mi hermano, claro —sonrió.

—Nadie es perfecto. Mucho menos yo. Soy un tío aburrido, siempre entre números, con mi princesa... tampoco soy un buen partido.

—Quizá algún día conozcas a alguien. Seguro que Carmen estaría feliz que rehicieras tu vida. Ya han pasado más de dos años...

—Y aún la echo de menos. Todos lo hacemos...

Miró a su hija que parecía abstraída mirando por la ventana de la ciudad. Había sido muy duro para él perder a su esposa y con una niña pequeña. Salieron adelante, él, la niña y su empresa, a base de trabajar duro y dormir poco.

Eso le había costado en parte su salud. Estaba muy cansado y delgado, porque la comida solía sentarle mal. No conseguía tragar muchas veces, y el dolor de estómago, que no había contado a nadie, le hacía doblarse en dos a menudo. Acababan de terminar el proyecto de una gran empresa, y por eso decidió tomarse unos días de vacaciones, y visitar a su hermana, a la que echaba mucho de menos.

Lo que más le atraía de los días libres era estar con su hija sin el estrés de la vida normal. Además, Bea adoraba a su tía y la echaba mucho de menos. Era como una segunda madre.

—¡Mira! ¡el coliseo! ¿iremos, tía Alicia?

—Iremos peque, iremos a muchos sitios. He tomado unos días libres para estar con vosotros. De todas formas, teníamos poco trabajo.

—¿Qué tal va la consulta?

—No muy bien. Comenzamos con mucha fuerza, pero vino la crisis y la gente ya no se gasta tanto dinero en cuidar los hábitos de sus perros, a menos que sean violentos. Por eso... quizá vuelva a España, al menos estaré con la familia.

—Todo se arreglará...

—Por cierto, sobre mi compañera de piso... se llama Renata y es italiana. Ella... ella es algo particular, un poco excéntrica y tampoco está pasando por

una buena temporada, pero es buena persona.

—Es lo importante, que sea buena persona.

Pronto llegaron a la calle donde vivía Alicia y bajaron del taxi contentos de estar allí. Los amables caseros de la joven, que ya sabían que su hermano iba a pasar unos días, salieron a recibirles. Salvador observó a una joven con el pelo casi blanco, corto, alta y delgada, de pie junto a ellos. Debía ser Renata.

—¡Ya estamos aquí!

La señora Gertrud abrazó efusivamente a la niña y saludó a su padre con una fuerte palmada en el brazo.

—Estás muy delgado desde la última vez, ¡tienes que comer más!

—Me alegro de verlos.

—Salva, ella es Renata. Renata, mi hermano Salva y mi sobrina Beatriz.

—Mucho gusto. —Renata le dio dos besos.

Beatriz le miraba con la boca abierta.

—¡Eres muy guapa!

Renata sonrió y se agachó para estar mirándole a los ojos. —Tú también eres muy guapa. Tienes unos ojos preciosos.

—Dicen que son como los de mi mamá.

—Entonces tu mamá era muy guapa. ¿Quieres que te enseñe mi tocador? Tengo muchísimos pinceles, pinturas y también collares...

—Síiii

Renata tomó de la mano a una encantada niña que trotaba a su lado preguntándole cualquier cosa.

—Vaya, parece que tiene mano con los niños.

—Ya te dije que era una buena chica. Y guapa.

—No empieces.

—No, tranquilo, no quiero que te líes con ella... es complicado. Ella es complicada, o su vida al menos.

—Está bien, tranquila. Vengo a disfrutar de estar con mi hermana y para visitar la ciudad.

Renata había preparado unos spaghetti con pesto suave y después un poco de salmón al eneldo. Incluso a la niña, que no le gustaba mucho el pescado, le pareció delicioso. Salva comió inesperadamente a gusto, y en gran cantidad. Se sentía muy relajado.

—Y esta tarde nos iremos a la Piazza Navona, a ver las fuentes, ¿os parece?

—Qué buena idea, —dijo Renata— os encantará verlas. Mi favorita es la Fontana dei Quattro Fiumi, la fuente de los cuatro ríos. ¿Sabías que la fuente representa los cuatro ríos más importantes de la época? ¿Sabes cuáles son Beatrice?

—El Danubio... y no sé cuál más.

—El Nilo, el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata. Y la fuente de Neptuno es preciosa. Os gustará.

—¿Por qué no vienes con nosotros Renata? —se le ocurrió a Alicia.

—No, bueno, estáis en familia, yo...

—Tonterías —le cortó Salva —a mi me apetece, ¿y a ti Bea?

—Siii, que venga con nosotros.

—De acuerdo, iré encantada.

Pasaron una tarde maravillosa. El tiempo estaba ligeramente lluvioso, lo que les alegró pues cuando llovía, los turistas se refugiaban en los hoteles y dejaban la ciudad abandonada para los romanos. Así que la plaza estaba llena de paseantes tranquilos, con paraguas o impermeables, disfrutando de la agradable temperatura.

Tomaron unos crostinni con setas y las deliciosas fiori di zucca fritas, en la misma calle, compradas en puestos callejeros, mientras veían el espectáculo de malabares en la misma plaza.

Llegaron cerca de las diez a casa, agotados, mojados y contentos de haber pasado una maravillosa tarde. Renata había sido una gran compañera de juegos, divertida y conocía muchas anécdotas e historias sobre Roma. Salva la escuchaba encantado, al igual que su hija.

Finalmente, Bea cayó agotada y se acostó con Alicia. Renata se retiró a su cama y Salva se quedó en el sofá, revisando su correo. Aunque se había tomado vacaciones, su empresa no, y siempre podía haber algo urgente...

Llevaba un rato contestando correos cuando escuchó un sollozo. Levantó la cabeza. Parecía venir de la habitación de Renata.

Tocó suavemente en la puerta.

—Renata —susurró— ¿estás bien?

—Si... no....

—¿Puedo pasar?

—Pasa.

La joven estaba hecha un ovillo en la cama, si es que una mujer con piernas tan largas podía llegar a formar uno.

—¿Qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

—He pasado una tarde maravillosa, y eso me ha ayudado a olvidarme de mis problemas, pero de nuevo, al acostarme, han vuelto todos de golpe...

—Lo siento. ¿Quieres que me vaya?

—No, por favor, quédate un poco conmigo. Me gusta tu compañía.

Salva se sentó discretamente en los pies de la cama, con la mirada baja por evitar que se notase la atracción que sentía por esta joven italiana.

—Sabes, hacía muchos meses que no comía tan bien, eres muy buena cocinera.

—Me gusta la cocina. Me relaja mucho. —La joven se sentó en la cama. —Háblame.... Por favor. ¿A qué te dedicas?

—Tengo una empresa que ayuda a otras empresas. —Renata lo miró curiosa— Sí, verás. Mi equipo y yo somos contratados por una empresa que está con problemas. Estudiamos sus puntos débiles, sus fortalezas, y trabajamos codo con codo con los gestores, hablamos con los empleados, cambiamos productos, o marcas si es necesario. Mejoramos su web, sus redes sociales. Les damos una estrategia de marketing. Y tras unos seis u ocho meses, la empresa ya está preparada para ser la número uno del mercado. Y, de hecho, la mayoría de ellas aumentan los puestos de trabajo puesto que los pedidos se suelen duplicar.

—¡Es realmente emocionante! Qué trabajo tan interesante y humano.

—Sí, somos muy afortunados por ayudar a los demás. Gracias a nosotros se han reflatado varias empresas allí, donde vivimos, y tenemos ofertas para ir a otras ciudades, solo que yo no suelo ir, prefiero quedarme con mi hija. Así puedo llevar parte del trabajo desde mi despacho en casa.

—Tu hija tiene mucha suerte...

—Bueno, al menos, compensar la falta de su madre.

—¿Qué paso?

—Carmen tenía cáncer de mama. Se lo detectaron en los primeros meses de embarazo. No se trató, claro. No quiso. Después la cosa empeoró... Pudo resistir unos años más... pero luego...nos dejó.

Renata pasó el brazo por los hombros de Salva. Seguramente la habría querido mucho, pues aún estaba triste.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Yo no trabajo...ahora, yo estudié diseño gráfico, pero nunca llegué a trabajar en serio, y ahora... no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Renata quitó la mano de sus hombros y le miró fijamente a los ojos. Se

sentía sorprendida.

—No puedo... no me siento capaz. He sido siempre una persona dependiente, o simplemente me he dejado llevar —Renata bajó los ojos— Sabes, realmente no necesito trabajar.

—No es cuestión de necesitar trabajar por dinero. A veces el trabajo nos da satisfacción, nos hace sentirnos bien por el hecho de hacer algo útil, algo bonito, o quizá ayudar a los demás. El dinero es importante, pero hasta cierto punto. Cuando lo pierdes todo te das cuenta de que no puedes desaprovechar ni un minuto más lamentándote. Hay que disfrutar del momento, del día, de la familia o de los amigos.... Casi había olvidado esto. Siempre lo he pensado, pero últimamente tengo demasiado estrés.

—Tienes razón Salva. Yo perdí a mi hermano en un accidente, y eso me trastornó muchísimo, hasta el punto de que estuve hospitalizada. Fue horrible.

—Te entiendo. Me pasó cuando perdí a mi esposa. Lo he ido superando, más o menos, aunque nunca se olvida. Pero la vida sigue, y teniendo una responsabilidad, mi pequeña, no puedes hundirte y, sobre todo, no puedes rendirte.

—Sabes, nunca había hablado con nadie así. Ni mi padre, ni mi tía me han hablado tan claro jamás. —Renata sonrió— te pareces mucho a tu hermana. Ella siempre me dice las cosas como son.

Salva se giró hacia ella y le miró a los ojos, muy cerca.

—Renata, llega un momento que tienes que tomar una decisión. ¿Quieres vivir o quieres sobrevivir? La cuestión es sencilla.

Renata se quedó mirando fijamente desde sus pálidos ojos azules a los oscuros del hombre. De repente, algo había hecho click en su cerebro.

—Tengo veintiocho años y me siento renacer, Salva. Gracias. De verdad.

Renata se acercó a los labios del chico. Él se apartó.

—Entiéndeme... no es que no me gustes, me pareces preciosa, pero... no quiero que me beses por agradecimiento, yo...

—Tienes razón. Pero ¿podría pedirte un solo favor? Puedes decirme que no, por supuesto.

—Claro dime.

—Me encantaría que durmieras aquí, conmigo. No haremos nada, solo acompañarnos.

—Me gustará mucho.

Salva salió al salón a apagar la luz y volvió a la habitación. Renata abrió la cama y con un pequeño golpecito en el colchón le invitó a unirse a ella.

Hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de una mujer. Y menos con una tan bella. Esperaba que no se excitara demasiado.

Puso la sábana en medio como una pequeña muralla y se acostó de lado. Ella tomó su mano y la pasó sobre su cintura, abrazándola. Sonrió y se durmió de inmediato.

Francesco se removía furioso en su coche. Renata le había contado lo de Piero, o Gio, y tenía tantas ganas de partirle la cara que a duras penas se retenía de hacerlo.

Llevaba un día y medio siguiéndolo. Había vuelto a su casa, y estaba esperando que regresara. Con sus métodos consiguió entrar en el apartamento y colocar un par de micrófonos y una cámara. No era legal, pero al menos podría servirle de prueba para hacer que le devolviera las fotos.

Al cabo de una hora, el coche deportivo azul aparcó delante de la casa. Se bajó feliz y dio la vuelta al coche para abrir la puerta a su acompañante.

La amante de Mendella, Gina, salía del coche y le tomaba la mano. Parecía mareada. Él la tomó de la mano, y la condujo hasta las escaleras de su casa, casi tropezando.

Francesco hizo varias fotos. Al menos podría chantajearle por tirarse a la novia de su jefe. Se puso los cascos para escuchar la conversación con su amplificador.

—Vamos pequeña, pasaremos un buen rato juntos. ¿Verdad?

—Sssi

—Dios santo, ha usado la droga hipnótica con ella. Va a aprovecharse de la mujer —se escandalizó Francesco.

Un escalofrío de asco le recorrió la columna. Estaba dudando qué hacer. Pensó durante unos minutos y al final tomó una decisión. Llamaría a la policía. Les diría que había escuchado gritar a una mujer y esperaba que los agentes se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

En menos de quince minutos dos agentes llamaron a la puerta de Pietro. Era un adosado bajo y salió directamente vestido solo con un batín.

Mientras hablaba con los policías, Francesco se dirigió por detrás; afortunadamente la ventana estaba abierta. Un portátil reposaba sobre la mesa. Era su oportunidad de rescatar las fotos. Entró sin hacer ruido mientras escuchaba a Pietro hablar con los agentes. Tomó el ordenador y cuanto estaba a punto de marcharse, un gemido se escuchó en la habitación de al lado.

Se asomó con precaución. Allí estaba Gina, todavía vestida, pero sin zapatos. Completamente drogada.

—Maldición.

No se podía ir con el ordenador y dejarla allí. Pero si se la llevaba, no podría cogerlo.

—¡Maldición!

Dejó el ordenador en la mesa y tomó en brazos a la joven, salió por la puerta trasera y la subió al coche. Por fortuna sabía dónde vivía. Hoy no había conseguido las fotos, pero al menos había liberado a esta chica cuyo único pecado era ser preciosa. Abrió la puerta del apartamento de la chica; había tenido la precaución de tomar su bolso con las llaves. La echó en la cama y se fue. Mañana se despertaría con un gran dolor de cabeza, pero al menos, sana y salva.

Piero volvió tras despedir a los insistentes agentes, que tuvieron que entrar hasta en el salón para ver si alguien estaba siendo agredida.

Al volver a la habitación vio con sorpresa que Gina no estaba. Tal vez la dosis fuera baja. Se enfadó mucho. La próxima vez le daría algo más de dosis, no había duda.

Francesco pasó la noche en el coche. Su camisa arrugada y su olor corporal eran insoportables. Pero quería acabar con esto de una vez. Pensó en Alicia. Se fue tan rápido. Y tendría que explicarle todo lo que había pasado. Sentía algo muy fuerte por ella, algo que nunca había sentido por nadie, pero tras contarle todo, ¿querría ella saber algo de él?

Dormitó un poco hasta las siete de la mañana, en la que el hombre salió de casa.

Francesco entró de nuevo por la puerta trasera, la que daba al jardín. Por suerte no tenía perro. La casa estaba silenciosa. Miró en la mesa, pero el ordenador no estaba. Comenzó a buscar por las habitaciones sin éxito.

—Maldita sea, se lo ha llevado...

Entró en la cocina, por si podía estar allí. Nada. Una puerta cerrada con llave le llamó la atención. ¿Para qué querría alguien cerrar un sótano con llave? A menos que guardase algo valioso. Tomó su ganzúa y entró.

Tras bajar las escaleras descubrió algo realmente desagradable. Aquello era un salón muy especial, parecía un burdel. Algunos instrumentos de bondage, y, sobre todo, una gran televisión en el centro eran pistas claras de a qué se dedicaba. Cámaras estratégicamente dispuestas para grabar todo lo que pasaba en esa sala. El tío le gustaba sexo duro y además grabarlo.

—Me pregunto a cuántas mujeres habrá traído aquí y cuántas habrá sido sin voluntad propia.

Se dirigió hacia un armario archivador. Allí dentro había cientos de

fundas de cds con nombres clasificados alfabéticamente. Nombres de mujeres, pero también de hombres.

Buscó en la B, y después en la R, ahí estaba. Renata Baselli. Se metió el disco en la bolsa y siguió buscando algún otro elemento con su nombre. Nada más afortunadamente. Ya tenía su objetivo. De repente, miró hacia la estantería inferior.

—¡Bambini! Dios santo, ¿ha grabado a niños? Era lo peor del mundo.

Salió rápidamente de la casa y dejó la puerta abierta, con la estantería bien a la vista. Llamaría al inspector Bonelli, amigo suyo de la academia de policía. Era un caso grave y no valía ya denuncias anónimas.

El inspector vino con la unidad de delitos sexuales. Muy discretamente, entraron como respuesta a la denuncia de un ciudadano anónimo. Revisaron un par de cds y llamaron al juez para una orden de arresto inmediata, por pederastia, violación y muchos cargos más.

La policía fue discreta pero no lo suficiente. Un vecino avisó sin saber qué pasaba a Pietro que volvió rápido de la oficina. Allí los vio. Su casa. Había sido descubierto. Sus cds, atesorados durante años... un momento.

Pietro se escondió tras un árbol cercano. Había visto a Francesco. Así que el cabrón le había denunciado. No sabía cómo se había enterado, pero lo iba a pagar. O él o su familia. Eso era una promesa.

Alicia se dio cuenta que entre su hermano y Renata había un cierto sentimiento, una pequeña atracción. La duda era que, siendo Renata quién era, ¿sería bueno para su hermano? Apreciaba a la chica, pero ¿qué pensaría su hermano cuando se enterase que ella era una de las herederas más famosas de Italia? ¿Y la prensa? Se entrometería en su vida, sacarían sus penas, acosarían a la niña...

Su hermano le aseguró que no había pasado nada entre ellos, cuando lo vio salir de la habitación de Renata por la mañana, pero las miradas que se intercambiaban durante el desayuno tenían contenido.

—¿Qué os parece si os enseño algunos rincones de Roma que solo conocen los romanos?

—Síiii —la pequeña estaba entusiasmada. Tenía tres adultos a su total disposición.

—A mi me gustaría ver el distrito financiero, el EUR, se llama así, ¿verdad?

Renata se tensó. No quería ir al lugar donde su padre tenía la oficina. De pequeños, junto con su madre, iban a visitarlo, simplemente por pasar a veces media hora o si tenían suerte, incluso una hora con él.

—¿No prefieres ir al Campo di Fiori, o a la iglesia Santa María in Trastevere? Hay mucha animación allí.

—Tenemos todo el día, ¿Por qué no a todo?

—Está bien —aceptó Renata.

La mañana estaba fresquita y se dirigieron hacia el metro para llegar al distrito. Renata suponía que no se encontraría a nadie conocido. A esas horas estarían todos sumergidos en tediosas reuniones, y las calles estarían casi desiertas.

Renata los llevó por las calles principales. Salva hacía fotografías de las enormes construcciones que ella tanto odiaba. De repente, Beatriz vio el parque.

—Vamos a ese parque, quiero verlo, ¡hay patos!

—Está bien, vamos.

Cruzaron la calle hacia los senderos de piedra que recorrían todo el parque. Algunos jóvenes se encontraban sentados al sol, aprovechando el

calorcito que todavía no era demasiado fuerte.

—¡Mira van en barcas!

—Son kajaks, Bea.

La italiana y la niña se acercaron corriendo de la mano hacia la orilla.

—Espera, Salva. Quería comentarte.

—Ya te he dicho que no ha pasado nada. Sólo estuvimos hablando. Me contó lo de las fotos... y bueno yo me quedé haciéndole compañía, nada más.

—Lo sé, y me parece bien. Pero ella... es especial, ¿sabes? Es una persona conocida en Italia, y no quisiera que salieras malparado... o la niña.

—No seas tonta, Alicia. Primero, no tengo nada con ella. Segundo, si lo tuviera, sería cosa mía, pero tendría cuidado. Y tercero y más importante: en estos momentos de mi vida, no quiero tener relaciones serias con nadie. Así que tranquila hermanita. No te preocupes tanto por los demás.

—De acuerdo, pero por favor, ten cuidado.

Caminaron unos minutos en silencio.

—Y tú, ¿qué tal estás? —Salva le pasó una mano sobre el hombro mientras se acercaban a las chicas que miraban el río.

—Estuve mal, luego por unos instantes, tuve ilusión, se pasó y ahora estoy aceptando que la vida es así.

—Me gusta esa filosofía de vida. —Salva le sonrió con cariño.

—Tú tienes la culpa, tantos libros de crecimiento personal que me has dejado... al final, todo se queda dentro.

—¡Papaaaaaaaaaa! —Bea fue hacia su padre corriendo y saltando —he visto unos patitos pequeños, iban con su mamá. Le hemos echado pan que nos han dado unos señores y casi toco uno. ¡Quiero un pato en casa!

—Has creado un monstruo —fingió horrorizado Salva mirando a Renata— ahora tendrá un trauma cuando no le compre un pato.

—Bea, un pato es complicado de cuidar. ¿Qué tal un pato de peluche? Conozco una tienda donde venden los peluches más suaves de toda Italia.

—Si, vale, además huelen un poco mal. —La niña se volvió hacia el puesto de helados trotando alegremente.

—¿Lo ves? Arreglado. —Renata caminó majestuosamente detrás de la niña.

—Qué caso, ¿eh? Es todo un carácter.

—¿Renata?

Un hombre no muy alto y con el pelo canoso caminaba despacio por el sendero hacia la joven. Renata se quedó mirando con los ojos abiertos sin

creer lo que veía.

—Padre... qué sorpresa.

—Me alegro de verte. Estás muy bien.

—Gracias. Tú también estás... como siempre.

Salva y Bea caminaban seguidos de Alicia que llevaba un helado en cada mano.

—Renny hemos cogido uno de chocolate para ti. Es vegano... ah, hola buenos días.

—Hola, tú debes de ser la compañera de piso de Renata. Estoy encantado de conocerte.

—Es mi padre, Renzo.

—Encantada señor...

—Por favor, llámame Renzo. Y usted es...

—Soy Salvador, hermano de Alicia, y esta es mi hija Beatriz.

—Una familia encantadora. ¿Estáis visitando el parque?

—En realidad mi hermano Salva quería ver el distrito financiero, es economista...

—¿Le gustaría ver mi oficina? Las vistas del parque son impresionantes.

—Papá, no ...

—Vamos Renata, una visita corta. No mucha gente puede ver mis oficinas, ya sabes. Y tal vez el joven quiera ver nuestro trabajo...

—Oh sí, me encantaría —mirando culpable a Renata— si no te importa.

La joven italiana asintió. No había más que ver a Salva lo ilusionado que estaba sólo por el hecho de subir a ver las oficinas, más que por conocer a su padre. Era gracioso. De todas formas, hacía muchos meses que no pasaba por allí, y le gustaría ver a su tía.

Caminaron, los dos hombres delante, hablando de forma intensa sobre números y economía mundial. Incluso su padre reía contento, dando palmadas al pobre Sava que aguantaba su energía estoicamente. Bea iba feliz con su helado detrás y las dos amigas en silencio, lamiendo los suyos. Alicia le había preguntado si quería que se marcharan, pero ella aceptó la visita.

—Con la ilusión que le hace a tu hermano, ni loca me niego a ello.

Así que entraron en el edificio. En tan buena hora había salido a despejarse la cabeza el patriarca de la compañía. Necesitaba pensar. Quizá una persona tan valiosa como este joven sería un candidato para asesorar en su empresa. Al parecer se dedicaba a reflotar las compañías con problemas. Es cierto que seguían ganando muchos millones de euros, pero de alguna forma, la

crisis había hecho mucho daño y la empresa estaba empezando a recortar gastos. Además, si no podían aplicar al contrato del gobierno, iba a ser un duro golpe para ellos. Sin embargo, el hecho de pensar en retirarse le estaba empezando a atraer más de lo que hubiera creído posible. Quizá algún día su hija se casaría, o al menos tendría algún nieto que llevar al parque, como esa niña de ojos profundos que se veía que adoraba a su padre. No recordaba si alguna vez Renata le había mirado así, como si fuera su héroe.

Los empleados saludaron con respeto al grupo y éste se dirigió a los ascensores. Beatriz se quedó sorprendida de subir en el ascensor transparente, a través de cuyas paredes se veía la zona de recepción del edificio y un pequeño estanque artificial con abundantes arbustos y bancos para sentarse. Los empleados solían bajar allí a la hora de comer y de alguna forma disfrutaban de la naturaleza, aunque fuera en el interior del edificio. Incluso tenían un estanque con carpas koi que Renata prometió enseñarle.

El despacho del presidente dejó a todos sin habla. Renata no le prestó especial atención, aunque hacía mucho que no venía, ya lo había visto; cuando era pequeña, cuando su madre vivía; cuando discutía con su padre; cuando se reconciliaban, incluso cuando se divorció de su madre ésta seguía trayéndolos. Pero cuando ella murió, dejó de venir. No tenía sentido. Sólo acompañaba a su hermano a la oficina, intentando animarle. Posiblemente ella hubiera estado mentalmente más preparada que su hermano para trabajar en una oficina, pero claro, el heredero tenía que ser un varón. Demasiado peso para su mente frágil. El sólo quería pintar, y vivir en un sitio apartado, con su pareja, no quería saber nada de reuniones ni de dirigir un negocio que le desbordaba por todas partes, y en cierto modo culpaba a su padre. Si no le hubiera obligado a ser el siguiente presidente de la compañía, aún seguiría vivo. Renata se ofusco. Tenía que salir de allí.

—Chicas, ¿qué os parecen si vamos a ver las carpas?

—¿Os importa que me quede un rato aquí? —Salva casi suplicaba.

—Claro, luego te venimos a buscar.

Las tres salieron y casi se tropezaron con su tía, alertada por la secretaria, venía a ver su sobrina.

La abrazó como una nona italiana.

—Tía que me vas a ahogar —sonrió Renata. —mira te presento a Alicia y a su sobrina Bea.

—Tanto gusto chicas.

—Renata me ha hablado de usted, de lo mucho que la quiere.

—Por favor, hálame de tú. Yo también te aprecio a ti, por lo que has hecho por mi sobrina. Adivino... ¿A que ibáis a ver las carpas? Tenemos dos nuevas, se llaman Leonardo y Donatello.

—¡Como las tortugas ninja!

—Bueno... si claro....

Las tres adultas sonrieron ante la inocencia de la niña. Bajaron el el fantástico ascensor transparente y se dirigieron hacia el estanque. Los empleados las miraban discretamente, pero sin decir nada. Beatriz se emocionó con las carpas, por suerte estaba allí el cuidador y les dio de comer casi en la boca. Ahora quería tener unas carpas en su casa.

—¿Y dónde las vas a poner, en la bañera? Fíjate que miden casi medio metro...

—Cuando tenga una casa grande, pondré un estanque precioso con patos y carpas. Ya lo verás, tía.

Estuvieron tanto tiempo mirando a las carpas que los hombres bajaron en el ascensor a buscarlas. Salva estaba serio. Baselli sonriendo.

—Bueno, Salva, encantado, y piénsatelo, por favor. Renata, me alegro mucho de verte, me gustaría que pudieras venir más a menudo... y señoritas, un piacere conocerlas...

Salieron del edificio, Salva seguía serio y Renata ya no pudo esperar más.

—Vamos a ese banco a la sombra y me cuentas ahora mismo lo que te ha hecho mi padre. Es un manipulador y no sé qué...

—Espera Renata. Antes de decir algo que lamentos. Tu padre me ha ofrecido algo... la oportunidad de mi vida. Pero tengo que pensarlo.

—¿Qué es Salva? Cuéntanos.

Beatriz se acercó a unos pajarillos que picoteaban en el césped un poco más alejado así que Salva aprovechó el momento. Quería comentarlo con su hermana y con Renata, a ver qué les parecía.

—Tu padre me ha ofrecido ayudarle a llevar la empresa una temporada, para mejorar algunas cosas y encontrar su sustituto. Quiere retirarse. Posiblemente podría estar aquí un año... con Bea por supuesto. Me ha ofrecido un apartamento en el centro, creo que es una gran oportunidad incluso para mi hija. Aprender otro idioma, conocer otro país... ¿Qué opináis?

—Wow, hermano es una gran oportunidad y me imagino que con un sueldazo —el joven asintió— yo creo que podrías probar. Tú estás preparado para una tarea así y por otra parte, quizá yo pudiera ayudarte con Bea, cuidarla, pasaría más tiempo con vosotros, si es que finalmente me quedo en

Italia.

—¿Pensabas irte? —interrumpió Renata.

—No lo sé seguro. ¿Qué te parece a ti lo de mi hermano? ¿te parece bien?

—Me ha sorprendido mucho lo de mi padre, no sabía que se quería retirar, la verdad. Como te he dicho él nos ha manipulado, pero en este caso, creo que su ofrecimiento es sincero. Y que es una gran oportunidad para ti Salva. Si logras reflotar la compañía no te faltaría jamás trabajo. Y desde luego tanto si está Alicia, que espero que así sea, como si no, tienes aquí una niñera para Bea.

La nombrada se acercaba sonriente.

—Me gusta este parque papá ¿podremos volver? Hay muchos animalitos.

—Bea, ¿qué te parecería vivir aquí en Roma, con tu tía Alicia, durante un año? Si papá tuviera trabajo aquí, ¿te gustaría vivir o preferirías quedarte con los abuelos?

—Papiiii, síiii, quiero vivir aquí, con Renata y con Alicia. Y con ese señor, es muy simpático. Y quiero ver los peces todos los días. Porfaaa...

—Creo que tu hija ha decidido por ti, ahora se lo tendrás que decir a los papás, que se van a quedar sin ver a su nieta una temporada.

—Bah, con los viajes de estos baratos se van a venir cada tres por dos, ya verás. A papá le faltan dos meses para jubilarse y mamá dejará su trabajo si es por venir a ver a su nieta.

—Arreglado entonces. La semana que viene volveremos a España a recoger nuestras cosas una vez que firme el contrato...

—Sinceramente Salva, me alegro mucho de que trabajes con mi padre. No sabes cuánto...

Llevaba dos días sin poder cambiarse de ropa, sin ducharse y sin casi dormir. Había podido vender a un prestamista la escultura del maricón ese, al que tenía ganas de machacar, pero no era el momento. Al menos le habían dado quinientos euros con los que había alquilado una furgoneta con las ventanitas tintadas. Quería vendetta, de la buena, de la de toda la vida.

Mendella no contestaba sus llamadas, la operación se había ido al carajo y finalmente Baselli había ganado el concurso. De suerte que no le había enviado al matón de Miquele, que le hubiera dado una paliza y habría acabado en el hospital. O quizá sí se lo había enviado, pero al no estar en casa, no lo había encontrado. De todas formas, ahora estaba en busca y captura. Se había teñido el pelo de rubio y afeitado su hermoso bigote. Y ahora vestía de chándal barato, de esos de fibra que lastimaban su hermosa piel. Así que comenzaría vengándose de Francesco, luego de Paolo, de Mendella y por supuesto de Renata y su padre.

Vigilaba la casa donde vivían los jóvenes. Un chico muy parecido a la morena que iba con una niña habían estado pasando unos días. Quizá podría encontrar una ocasión en ello.

Esa tarde la iba a tener. Renata salió hacia el mercado, pero fue interceptada por Salva. Le quedaban dos días allí en Roma antes de volver para España y quería hablar con ella. No es que fuera a pedirle una cita o que quisiera tener una relación, o qué narices, intentarlo. Aunque ahora que era «la hija del jefe», no quería dar un paso en falso.

—Te acompaño, Renata, ¿quieres?

—Claro —cada vez le agradaba la compañía del joven. Pero también tenía sus dudas. ¿La había usado para acercarse a su padre? Pero él no lo sabía y de hecho fue casualidad... debía de comenzar a confiar en la gente, aunque le hubieran dado tantos palos en la vida que era muy complicado.

Salieron caminando y sonriendo, mientras él los contemplaba maldiciéndolos. «Ya os llegará el turno a vosotros». Acercó la camioneta a la entrada. Empezaría por la morena, esa zorra que se había tirado Francesco, y que, por cierto, había desaparecido. Así lo haría salir a la luz y darle su merecido. Por su culpa había perdido todos sus archivos que durante años había coleccionado. Él era todo un rey en la deepweb, donde sus archivos

eran los más solicitados por su crudeza y por sus víctimas. Tenía un buen dinero escondido en el sótano de su casa. Puede que la policía no lo hubiera encontrado, pero de momento no podía ni acercarse.

La morenita salió. Iba con un delicioso pantalón corto que dejaba ver sus piernas largas y torneadas de las que disfrutaría después. Llevaba un top celeste y sus pequeños pechos se movían al ritmo de su caminar. Ya casi estaba cerca de la furgoneta, cuando la niña salió tras ella.

—Tía, ¡espérame que te acompaño!!

Alicia sonrió y dejó que la niña fuera con ella. La tomó de la mano. Cada vez estaban más cerca. Entonces abrió la puerta lateral de la furgoneta y sin que Alicia pudiera hacer nada, cogió a la niña, apuntánola con una pistola.

—No grites o mato a la niña.

—¿Gio que haces?

—No me llamo Gio, me llamo Pietro. Y sube ahora mismo a la furgoneta o me cargo a la niña.

—Sí, si por supuesto. Déjala, yo voy contigo.

—De eso nada. Os llevo a las dos, quiero darle una sorpresa a un amigo.

—Gio... Pietro, por favor, es una niña, déjala.

—Ponte al volante y conduce por donde te diga. Y cuidado con lo que haces porque llevo a la niña aquí.

Beatriz estaba llorando en silencio tan muerta de miedo que no podía ni gritar. Alicia condujo hasta las afueras de Roma, a un polígono industrial casi abandonado. Allí llevaba Pietro a sus víctimas cuando se le iba la mano. Tenía un pequeño remolque, escondido de los vándalos en una vieja fábrica de Mendella. Se quedó con un juego de llaves cuando éste la abandonó cuando vino la crisis y allí había pasado momentos muy buenos, y rentables. Ahora los pasaría con la morena, y de postre, con la niña. Pero antes, necesitaba recuperar su dinero.

Entraron en el remolque. Había una cama bastante grande con sábanas arrugadas. El resto estaba más o menos recogido, de forma sorprendente.

Pietro la apuntó con la pistola.

—Llama a Francesco y luego me pasas el teléfono.

Ella lo hizo así.

—Ciao, Alicia, ¿dónde estás? Quiero hablar contigo.

—Hola Francesco.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está Alicia?

—¿No me conoces? Hace unas semanas cenamos juntos en casa de Alicia.

—¡Eres Pietro! ¡Miserable! ¿Dónde está Alicia? Como le pase algo...

—Quieto, quieto... tranquilo. Vas a hacer algo por mí y después te las entregaré. Ah sí, se me olvidaba que también la sobrina está aquí conmigo. Y tú sabes mis gustos...

Se escuchó gritar a Francesco. Pietro tapó el auricular.

—¡Qué maleducado! Escuchame bien porque solo lo repetiré una vez. Ves a mi casa, y en la pared del fondo, en la esquina izquierda, excava, hay una trampilla. Allí tengo un maletín con mi dinero. No lo abras, solo tráemelo y te daré a las dos chicas. Sin hacerles nada. Si tardas más de tres horas, empezaré con tu novia. Si son cuatro, seguiré con la niña. De ti depende.

—No, espera, iré. Dónde quieres que te lo lleve.

—Te llamaré dentro de dos horas. Ahora voy a apagar el teléfono. No quiero que nos localices. Ves y haz algo correcto.

Francesco estaba más que furioso; estaba tan alterado que cualquier tortura que pensaba infligirle al dichoso Pietro le parecía poco. Llamó a Renata, tenía que localizar al hermano de Alicia y también a su padre. Ella era el nexo. Se sintió absolutamente culpable de todo lo que estaba pasando.

—El único culpable es el desgraciado de Pietro y en cuanto lo tenga a mi alcance, lo estrangularé con mis propias manos.

Todos se reunieron en el apartamento. Salva estaba histérico dando vueltas sin saber qué hacer. Pero no podían llamar a la policía. Se arriesgaban a que les hiciera algo en su desesperación de estar acorralado. Renzo puso a su disposición a todos los hombres disponibles, los que se encargaban de la seguridad personal y de la empresa, en total unos siete. Se repartirían por la ciudad buscando al secuestrador mientras que Renzo iría a hablar con Mendella y Francesco iba a la casa a buscar lo que le había ordenado.

Renata y Salva se quedarían en el apartamento para recibir las novedades, aunque el español quería recorrer las calles palmo a palmo.

—Es lo más sensato Salva, no conoces Roma y a saber dónde está ese desgraciado.

Francesco llegó al adosado de Pietro. La policía había dejado todo revuelto sin dejarse de registrar nada. Rezaba porque no hubieran encontrado el dinero porque si no estaba allí, no tendría nada con qué negociar.

Entró por la puerta trasera. Ya no había vigilancia y bajó directamente al sótano. La policía había requisado todo como pruebas. La cama, las barras, las esposas, todo el material y, sobre todo, los cds. Según le había dicho su amigo Bonelli el contenido de los vídeos era infame, y eso que él había

pertenecido hace años a la sección de agresiones sexuales y había visto cosas terribles; pero esto era espantoso, criminal y el tipo sólo se merecía morir, palabras textuales de su amigo, y que él intentaría cumplir a rajatabla.

Examinó el suelo dando patadas. Había un recubrimiento de vinilo que no estaba pegado. Levantó una parte en la esquina. Debajo había tierra aplanada. Partió el vinilo furiosamente y dejó toda la esquina al descubierto. Había una pala cerca, el muy cabrón estaba bien preparado, así que comenzó a excavar. No tardó mucho en encontrar una especie de caja de madera, una trampilla que estaba enterrada en el interior, en los cimientos. Abrió la trampilla y cogió un maletín muy pesado cubierto de una tela. No tenía contraseña así que lo abrió a pesar de que él le dijo que no lo hiciera. ¡Había allí al menos cuatro millones de euros!. Lo suficiente para desaparecer y no volver a ser encontrado. Dejó un localizador por si acaso enterrado entre los billetes y volvió a cerrarla. No quería perderlo de ninguna manera.

Llamó a Salva y les dijo que ya tenía el dinero. Pronto habían pasado las dos horas y sin poder localizar el teléfono de Alicia. ¿Cómo estaría? Esperaba que se mantuviera entera, sobre todo por la niña.

—Mendella, escúchame, si no me dices donde se esconde esa sabandija, serás cómplice de secuestro. Te lo advierto.

—Te juro por mi madre que no sé donde está. Y tampoco estaba al tanto de sus perversidades. De verdad.

—¿No se te ocurre algún lugar, algún sitio apartado donde podría refugiarse? ¿Tienes algún apartamento o almacén? Vamos, contesta ya.

Renzo cogió de la camisa a su oponente durante tantos años. Se estaba conteniendo para no darle la paliza que merecía, pero lo principal era encontrar a las chicas. Si no hubiera sido por su enemistad y por querer perjudicar a Renzo, no hubiera llegado a esto, así que se sentía muy responsable.

—Espera, espera... se me ocurre. ¿Te acuerdas de la antigua fábrica de puertas que tenía en mi familia? Quedó abandonada hace muchos años, cuando la crisis.

—Si, ya recuerdo, echaste a más de cuarenta personas por no hacerte cargo del negocio que habías heredado de tus padres, a cambio de disfrutar del dinero de tu esposa.

—Lo que importa es que Pietro me preguntó qué era de esa fábrica hace unos meses, casi un año. Y le di las llaves. Quería comprobar si había algún tipo de peligro o gente viviendo allí, ocupas, no sé... pero creo que no me devolvió las llaves. Tampoco es que me importara...

—¿Tienes otras llaves?

—Creo que sí, espera...—el hombre revolvió una antigua caja metálica y sacó un manojo de llaves— Quiero asegurarte que yo no he tenido nada que ver con esto. Yo solo quería ganar esta vez...

—Vafanculo Mendella, cuando acabe esto, veremos si te denuncio por tus malas prácticas. Me voy, antes de romperte la cara.

Renzo salió alterado del edificio de la esposa de Mendella. Menudo sinvergüenza, haría lo posible por destrozarle y que su esposa se diera cuenta con quién se había casado. Llamó a Francesco para darle la dirección, pero él ya iba para allá. Pietro le había llamado y estaba conduciendo hacia la antigua fábrica.

Renzo envió a sus hombres allí, discretos y fieles; ellos harían cualquier cosa por su jefe.

Francesco llegó a la fábrica. La puerta de entrada de personal estaba entornada pero la grande, por donde entraban los coches, estaba cerrada. Las órdenes eran entrar desarmado y con el maletín caminando hasta el edificio de oficinas, el único que parecía mantenerse en pie. Una vez allí tenía que dejar el maletín y salir y él le entregaría a las chicas. Eso le rechinaba y le enfurecía, pero no podía hacer otra cosa.

Se dirigió con paso firme hacia la oficina, mientras desde una de las torres de la fábrica, dos ojos astutos no le perdían de vista.

—Tu novio ha llegado y ha dejado el maletín. Sé cuanto hay, así que espero por tu bien que no haya tocado nada.

Alicia se asomó por la ventana de la torre. Tenía separadas a tía y sobrina. A ella la había subido atada de manos a la torre donde a su padre le gustaba subir para ver toda la fábrica. A la niña la tenía encerrada en el sótano. Se había quedado llorando al ver que se llevaba a su tía, pero finalmente había callado.

—Ahora que ha dejado mi dinero, vamos a bajar a buscarlo los dos. Y después, nos vamos a divertir.

—Has dicho que nos soltarías.

—Os soltaré, pero cuando yo quiera. Ahora los tengo en mi poder y harán lo que yo quiera. ¿no has visto al blando de tu novio dejar mansamente el maletín? ¿Crees realmente que le importas mucho? ¿Sólo por un polvo? Bah, esos son los hombres que te follan y te dejan y que tienen a muchas mujeres a sus pies.

Eso le dolió mucho, porque realmente pensaba que él no se interesaba nada por ella. No la había llamado, ni un mensaje... nada. Y no se sentía segura que en el fondo quien le interesaba era Renata.

—Vamos, spagnoletta, vamos abajo.

Comenzaron a bajar las escaleras, ella delante, sin poder apoyarse con las manos pues las tenía atrás atadas con una brida que le impedía mover las muñecas. Detrás él, sujetando una pistola y apuntándole a la cabeza.

Llegaron al final de la escalera, milagrosamente sin tropezarse. Si hubiera perdido el equilibrio, posiblemente hubiera caído con muy malas consecuencias.

El hombre se asomó para asegurarse que Francesco se había ido. No había nadie. Cruzaron el patio que llevaba a las oficinas sujetando a la joven con la mano izquierda y apuntándole con la derecha. Llegaron de esa forma a la oficina donde el maletín con su dinero le esperaba. La codicia le pudo y se lanzó a por el, abriéndolo para comprobar que estaba todo. Ese momento lo aprovechó Alicia para salir corriendo, lo más rápido que pudo.

—Eh putana, para, ven aquí — Pietro sacó la pistola y apuntando disparó. Alicia seguía corriendo, de casualidad no le había dado. De repente sintió que tenía la camisa empapada. Miró hacia abajo y vio como se iba tiñendo de color escarlata. ¿Cómo había pasado eso? Miró hacia los lados y lo descubrió, Francesco aparecía con una pistola en la mano y le miraba con odio. Subió la pistola para dispararle, pero sintiéndose sin fuerzas, se desplomó. El corazón dejó de latir mientras caía, aunque su mente furiosa por su inminente muerte lloraba por el dinero. Su único y verdadero amor.

Francesco vio caer al asesino a cámara lenta. Le hubiera gustado darle una buena paliza, pero los acontecimientos se habían precipitado. Corrió hacia donde estaba Alicia y sacando la navaja de su bota cortó la brida. Abrazó a la chica que lo rechazó.

—Beatriz, hay que encontrarla, No sé donde está.

Unos ruidos procedentes del exterior se escucharon. Habían llegado los hombres de Renzo, incluido él mismo. Francesco les explicó brevemente lo que había pasado y todos se dividieron la enorme fábrica para buscar a la

niña. Alicia gritaba su nombre desesperadamente, pero nadie contestaba.

Bajaron las escaleras, subieron a las torres, pero nada. Renzo llamó por teléfono a Mendella.

—¿Hay algún lugar en la fábrica escondido, secreto?

—¿Qué ha pasado? ¿Y Pietro?

—¡Contesta!

—Había un sótano donde en época de contrabandistas mi padre escondía el licor. Está debajo de la oficina, entrando por una puerta que hay a la izquierda de las escaleras. Parece un armario, pero tiene doble fondo.

No le dijo ni adiós, salió corriendo y todos detrás. Si no estaba allí, no sabían que podría haber hecho con la niña, porque no habían dejado ni un palmo por registrar. Además, la noche comenzaba a acercarse, fría y oscura y sería muy difícil encontrar a la niña sin luces.

Llegaron a la oficina y efectivamente ahí estaba la puerta, de una patada, tiraron el doble fondo que daba a una escalera desvencijada de madera. Francesco bajó iluminando los escalones con una pequeña linterna. Los demás iban detrás iluminando con el móvil. La escalera bajaba bastante, hasta que llegó a una pequeña bodega excavada en la roca y con olor a rancio. Allí solo había enormes toneles y una mesa devencijada.

—¡Dios mío! Aquí no está. ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Contesta!

Renzo vio por el rabillo del ojo que un tonel se movía un poco. Se acercó y abrió la tapa. Allí estaba la niña, atada y amordazada con churretones de lágrimas en la cara. Renzo la tomó en brazos y le quitó la mordaza.

—¡Gracias! —la niña le abrazó enterneciendo al duro empresario y después se lanzó en brazos de su tía.

—Vamos, salgamos, tenemos que llamar a papá.

Salva no esperó ni un timbre y suspiró aliviado porque ambas estuvieran bien y el hombre hubiera muerto. Llamaron a la policía y Francesco y Alicia se quedaron para explicar. Renzo y sus hombres se retiraron con la niña que llevaban a su padre. No era necesario que ella apareciera.

—En quince minutos llegará la policía. ¿cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté? Desrozada.

Alicia todavía no se acercaba a Francesco, aunque éste estaba deseando abrazarla.

—¿Qué ocurre Alicia? Todo ha pasado, ahora volveremos a la normalidad y...

—Sí, volveremos a la normalidad. Tú a tu trabajo como detective y yo a la

consulta. Espero no tener que verte de nuevo. Me traerías malos recuerdos.

—Pero...yo pensé que quizá... cuando acabase...

—Me has utilizado para estar cerca de Renata. Y después no has sido capaz de mandarme un miserable mensaje. No, esto se ha acabado y es mejor así.

—Alicia estaba trabajando cierto, pero me gustas y...

—Ya está, y mira, ya viene la policía.

Su amigo y el comisario llegaron, y tras dar las explicaciones y quedar para en dos días pasar por la comisaría y hacer una declaración, Francesco llevó a Alicia a su casa. Se despidió fríamente, y se fue.

Alicia se sintió morir, pero estaba claro que él la había utilizado y que un tío así, un hombre que no se ata ni se compromete, no era lo conveniente para ella. Para nada.

Su hermano la abrazó. Bea estaba ya en la cama, aunque despierta esperándola. Todo finalmente había acabado. Renzo estaba feliz porque las cosas no habían acabado en desastre, como se temía con ese tipo. Conocía bien a los de su calaña. Esto todavía le hacía querer con más deseo retirarse. ¿Querría Salva después de todo lo que había pasado seguir en Roma? Ahora no era momento para hablar de ello, pero deseaba que sí.

Las dos chicas se durmieron inmediatamente nerviosas y agotadas. Renzo se fue y Salva y Renata se quedaron solos en la cocina.

—¿Quieres una copa de vino? Creo que no tienes mucho sueño.

—No. Ha sido el peor día de mi vida. Peor que cuando murió mi esposa. Horrible. No quisiera... —su voz se quebró por primera vez en todo el día.

Renata se acercó a él y le abrazó. Apoyó su rostro en el cuello de él abrazándole con tanta intensidad que quería hacerle olvidar todo aquello. Se había enamorado de ese hombre sencillo, amable, inteligente y atractivo Y ahora puede que lo perdiera.

Ella besó el cuello del hombre que se quedó quieto, sorprendido. Levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Eran de la misma estatura y ninguno de los dos tenía que agacharse. Él la miró expectante. Ella sonrió tímida. Quién le iba a decir que se sentiría cohibida hacia un hombre. Borró la distancia de labio a labio y depositó un suave beso con sabor a vino blanco. Sus labios eran suaves y carnosos incluso para un hombre, y el cosquilleo que le produjo sólo le dio ganas de continuar, de hundirse en su boca y no salir jamás. Ella volvió a depositar un suave beso, esta vez con la boca abierta, invitándole a entrar si así lo deseaba. Y él lo deseaba. Se apoderó de su boca mientras sus

brazos rodeaban su pequeña cintura y le acariciaban su espalda. Eran besos de pasión y de esperanza, de nuevas oportunidades y de ansia por un amor verdadero.

Se dirigieron sin dejar de besarse hacia el dormitorio de Renata. Y sin dejar de hacerlo siguieron desvistiéndose, arrancándose la ropa como poseídos de un ardor desenfrenado. Renata se echó sobre la cama sin deshacer y Salva encima. Sin apenas preparación, él la penetró proporcionándole un dolor placentero, que consiguieron convertir en sensual goce que les llevó al orgasmo más dulce y a la vez salvaje que nunca ambos habían sentido.

Salva se acostó junto a ella, abrazando su suave piel. Mañana hablarían. Hoy, simplemente habían celebrado la vida.

Alicia había estado llorando en sueños. Todavía tenía el susto muy dentro y sin embargo la niña había superado el episodio ya. «Ojalá pudiera tener su inocencia, sin líos en la cabeza más allá de lo normal».

Se encontraba en una encrucijada. Después de todo lo que había pasado, no sabía qué hacer. Y tampoco sabía qué iba a hacer su hermano. Si se iba a quedar en Roma o no. Porque después del secuestro, Salva había vuelto a España, todavía estaba pensando qué hacer. Y ella estaba muy dispuesta a volver con su hermano. Nada le ataba a Roma en estos momentos.

Francesco no le había llamado desde el acontecimiento, ni para saber cómo estaba. Es cierto que ella no le habló mucho, pero era comprensible. Y ella se sentía a confusa, no sabía si realmente el italiano se interesaba por ella, había sido algo pasajero o no había significado absolutamente nada para él. Estaba claro: según la decisión que tomase su hermano, se iría o no a casa. A España.

Por fin pasó la semana que se había dado Salva para pensar acerca de su futuro. Quería hablarlo con sus padres, ver las posibilidades de trabajo con la empresa, y el tema de Beatriz. Por supuesto que contaba con su hermana, pero seguro que Alicia se adaptaría. No la perdería de vista por una buena temporada. La decisión estaba tomada.

Renata había vuelto a su apartamento. No tenía sentido seguir viviendo, fingiendo que no tenía dinero, y, por otra parte, se encontraba fenomenal. Su revolcón con Salva la había puesto dentro de la vida. Le había terminado por recobrar y hacer que amase profundamente vivir. No sabía en qué terminaría, pero al menos había empezado genial. Su padre le había cedido el apartamento contiguo al suyo para Salva y su hija, Alicia incluida si así lo deseaba. Y esperaba que fuera así. La quería como a una hermana. Le había ayudado tanto cuando ella estaba hecha polvo, que ahora quería devolverle con creces y como fuera.

Estaba redecorando el apartamento sin decirles nada, sería una sorpresa

maravillosa. La habitación de Beatriz tenía varios unicornios, que adoraba la niña, pero sin ser demasiado abarrotada. Estaba junto a la habitación de Alicia, con cama de matrimonio y baño propio y un poco más alejada, la habitación de Salva, una suite tan grande como la suya. Esperaba pasar más de un día durmiendo allí, con él. En realidad, le encantaría vivir juntos, pero quizá era demasiado pronto.

«Piano piano...» poco a poco.

Le había comunicado su decisión, aunque ella ya había comenzado a decorar el piso. Confiaba en su relación, tenía un gran palpito acerca de ese hombre. Que iba a ser el amor de su vida, y que tendrían varios preciosos hijos que le darían alegría al abuelo italiano, y por supuesto a los españoles.

Esperaba que Alicia se quedase a vivir con ellos, al menos al principio, hasta que ella encontrara una persona que la quisiera de verdad. La había visto el día anterior y estaba fatal. Se alegraba mucho de que su hermano volviera para quedarse. Pero ella no estaba tan segura. Después de todo lo que le había pasado, estaba pensando volver a España.

Renata no había visto a Francesco desde el día horrible. Sabía por su padre que lo había contratado a cargo de la seguridad de la empresa. Se lo merecía. Fuera de eso no sabía nada más.

El viernes aterrizó el avión en Roma. Fue Renata con su todo terreno quien fue a buscarlos mientras Alicia terminaba de llevar sus cosas al piso y preparaba un gran plato de pasta para todos.

La despedida con los caseros alemanes fue de lo más emotiva, pero comprendieron y se alegraron mucho del cambio que iba a tener Alicia. Ahora se iba a una buena casa ¡y con su hermano! A cambio, ella recomendó a una antigua compañera de la universidad que acababa de llegar a Roma y se quedó en el piso contentísima.

Alicia entró con las llaves que le había dado Renata. El sector era de lo mejor de la ciudad, pero es que el edificio era lujosísimo. Ni en sueños podría ella pagar un piso allí. Así que mientras Salva estuviera allí y ella se quedara en Roma, disfrutaría del elegante piso.

El conserje subió solícito las maletas y otros bultos que llevaba la joven, y no aceptó la propina que le intentó dar. «Tal vez sea poco» pero claro para su sueldo cinco euros era suficiente. No importa, seguro que cobra más que yo.

Renata le había indicado que su dormitorio era el segundo de la izquierda, así que llevó todo allí. La habitación era maravillosa, una enorme cama de matrimonio presidía la pared central, pintada en azul cobalto. Las molduras del techo eran blancas, así como la colcha y algunos de los cojines. Otros eran azules con estrellas y dibujos abstractos. Había dos mesillas blancas a ambos lados de la cama, y un tocador con un espejo ovalado de estilo art-deco, también en blanco decapado. Un pequeño vestidor con dos armarios y estanterías hasta el techo se abría en un lateral de la habitación. La puerta junto al vestidor tenía un baño de película. Una bañera con patas independiente y una ducha en la que cabían dos personas, junto con un precioso lavabo, todo en tonos azules y blancos, completaba la habitación de ensueño. Justo delante de la bañera había una ventana con unas vistas al parque. Se imaginaba tomándose un baño y viendo los árboles. Era un sexto piso así que nadie la vería a ella.

La habitación además tenía un balconcito pequeño, pero suficientemente grande para poner una sillita de forja y una mesa redonda diminuta pero perfecta para salir a tomar un té las noches cálidas de verano. Era una suerte poder disfrutar del apartamento.

El resto de las habitaciones eran de ensueño también. La de Beatriz, en azul celeste y con motivos de unicornio era justamente lo que cualquier niña o adolescente podría pedir. Con su escritorio, su cama, un enorme armario y también un baño más pequeño, pero igual de funcional para ella.

Y la suite de su hermano era alucinante. Calculaba a grosso modo que debía medir unos cien metros, con dos vestidores, y el baño parecía sacado de una revista de decoración con tonos ocres y marinos.

Todas las habitaciones además tenían conexión a internet y aire acondicionado, entre otros muchos lujosos complementos.

El salón era muy acogedor, a pesar de ser tan grande, con sofás cómodos en tonos crudos y alegres cojines naranjas y azules. Pero lo mejor de todo era la cocina, junto a un aseo para invitados. La cocina era igual que una de estas que salen en los programas de televisión americanos. Encimeras blancas de cuarzo, una península con la placa para cocinar y encima la campana extractora. Una nevera americana e incluso horno para pizzas, además del horno de vapor, lavavajillas, lavadora, secadora... y unas graciosas sillas con cojines en blanco y azul. Todos los armarios eran blancos y las paredes estaban alicatadas con baldosines blancos y azules, imitando un mosaico romano.

Todo el piso destilaba lujo y sofisticación. Metió la comida en la nevera, que ya había olvidado por recorrer el estupendo lugar que podría ser su hogar durante una temporada. Además, la cocina estaba equipada. Una batería de cocina, platos, sartenes, copas, cubiertos, ¡hasta paños de cocina! Y todo para estrenar.

Ella había comprado para la comida de hoy, pero es que la despensa estaba llena ya con pastas, legumbres, botes variados, bebidas...

Con gran ilusión y agradecimiento a Renata se puso a cocinar. Había traído su vieja radio de su apartamento y la enchufó en una esquina. No pegaba nada, pero le daba ese aspecto de hogar. Se puso a cantar a voz en grito mientras cocinaba. Se iba animando cada vez más. Tal vez... tal vez pudiera quedarse.

Metió en el horno la pasta para que no se enfriara y se puso a preparar una buena ensalada. Miró el reloj de la cocina. Debían estar a punto de llegar.

Justo pensando esto que se escuchó la puerta. Alicia salió corriendo a recibir a su hermano y su sobrina. Lo que no se esperaba era la persona que salió de detrás de Renata.

—¡Bienvenidos! Ya he preparado la comida para todos.

Salva se acercó con una maleta y dejándola en el suelo, la abrazó. Bea se lanzó a buscar su habitación sin hacerle caso mientras Renata sonreía contenta. Les enviarían el resto del equipaje en unos días. Tenían que traer varias maletas para un largo tiempo. Renata entró y besó a Alicia en la mejilla. Se la veía feliz y las miradas que cruzaban entre ambos descubrían que algo se estaba produciendo, una atracción que al principio no había visto, pero las mejillas sonrosadas de Renata cuando miraba a su hermano hablaban más que cualquier cosa que le hubiera dicho él.

«Estamos viendo qué pasa, no tenemos prisa», le había explicado, pero ella intuía que había algo más.

Alicia dejó pasar a su hermano y entonces, detrás de Renata que entraba despacio, apareció él.

—¡Jorge! ¿Qué haces aquí?

—Hola Alicia. He venido a verte.

—Deberíamos comer y después hablar si os parece, Bea y yo estamos muertos de hambre.

—Sí, claro, por supuesto...

Alicia no se creía que Jorge hubiera viajado hasta Italia para verla. Se veía guapo, un poco más delgado. Estaba claro que Salva no recordaba lo que había hecho o si era así, no le daba importancia.

Comieron en la cocina, la barra tenía seis sillas y les resultaba muy divertido estar sentados como en un bar. Después, se retiraron a las habitaciones, para dejarles su espacio.

Alicia se sentó en el sofá.

—Jorge, ¿para qué has venido?

—Quería disculparme, fue una estupidez lo de Blanca, y no volvió a ocurrir más.

—¿Era Blanca? Ay por Dios.

—Lo sé, es tu amiga, fue una tontería, nada serio.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis acostándoos o saliendo?

—Solo un par de meses...

Alicia se levantó para quitárselo de la vista. Los amplios ventanales

mostraban la ciudad con una buena tormenta. La lluvia caía con fuerza sobre Roma, limpiando las calles y la atmósfera siempre cargada. Su corazón roto también lloraba, pero no la hacía sentirse mejor.

Jorge se levantó y puso sus manos en los hombros de ella, que se estremeció.

—De verdad, te quiero Alicia y he venido a buscarte. No soporto estar lejos de ti. Quiero que vuelvas conmigo, que retomemos nuestra relación y dentro de un tiempo que nos casemos.

—No sé, Jorge, han pasado tantas cosas...

El la miró a los ojos ahora que ella se había vuelto y se acercó a sus labios. La besó suavemente, después comenzó a acariciar su cintura y a intentar besarla más profundamente, pero ella se apartó. No sentía ninguna corriente de electricidad en el estómago como cuando estaba cerca de Francesco. Además, tenía que decírselo.

—Espera... mira, cuando rompimos... yo, me acosté con un hombre. Quiero que lo sepas.

—¿Qué hombre? — Jorge parecía enfadado— bueno—rectificó al ver su rostro sorprendido— tenías derecho, habíamos roto, o al menos tú habías roto.

—Bueno, el hecho de pillarte en la cama con otra es un buen motivo para romper, ¿no crees? —Alicia comenzaba a enfadarse.

—Lo sé, perdona. Soy un insensible. Pero es que pensar en ti con otro hombre me pone nervioso. Perdóname por favor.

—Está bien. ¿Quieres un café?

El chico asintió. Alicia fue hacia la cafetera express, el último modelo y preparó dos cafés solos. El hecho de que viniera Jorge era notable y demostraba que él quería que volvieran, pero su confusión hacia lo que sentía por él no había hecho más que aumentar.

Se sentaron en el sofá de nuevo con la taza de café en la mano. Alicia ya había decidido.

—Te agradezco mucho que hayas venido hasta aquí Jorge, pero no quiero que me presiones. He de tomar la decisión por mi misma y estar segura. Es algo muy importante y no se puede pensar a la ligera.

El chico se puso serio.

—He venido por ti, Alicia, creo que al menos podrías volver conmigo y pensar en España cuando volvemos. Mi madre ya cuenta con ello. Ya está pensando en solicitar sitio en el Pilar para dentro de un par de años...

—Ey... para, para, nada de chantaje emocional. Aprecio mucho a tu

madre, pero no me casaría con ella sino contigo y ya veríamos si nos llegábamos a casar. Mira, ¿sabes qué?, es mejor que te vayas Jorge, me estoy agobiando mucho.

El hombre se levantó como un resorte, enfadado; cogió la maleta y se dirigió a la puerta.

—Tomaré el primer avión que salga para España. Si quieres algo, tendrás que ser tú la que me diga.

—Está bien, si quiero algo, te lo diré.

Jorge salió dando un portazo y Alicia se sentó en el sofá, tan tranquila. Sabía que Francesco no era el hombre de su vida, pero este tipo tampoco. Ni siquiera había sentido nada al besarle, y encima presionándole para volver, para casarse, para solicitar cita, uff...

—Que se vaya a la mierda —soltó en voz alta mientras su hermano salía de la habitación al escuchar la puerta que se cerraba.

—Ole mi hermana. Ya era hora que lo mandases a la mierda, semejante cretino. Siento haberlo traído. Me lo encontré en Zaragoza y al saber que veníamos, me preguntó por ti, y sin que yo tuviera nada que ver, compró un billete de avión. Creo que esperaba que volvieras con él.

—Ah si, figúrate que su madre estaba ya reservando fecha en la catedral.

Ambos rieron ante lo absurdo de la situación.

—Y bueno peque, ¿qué vas a hacer?

—Creo que me quedaré una temporada por aquí si no te importa. Así te haré de niñera cuando salgas con Renata.

—Ya... ¿te parece bien que salga con ella? ¿te hace sentir incómoda?

—¡Qué va!, me hace sentir de maravilla verte tan feliz. Eres muy joven Salva y tener una ragazza tan linda a tu lado solo te hará bien. Ella ha pasado por mucho, supongo que te habrá contado —Salva asintió— y se merece alguien tan bueno como tú. Y además Bea la adora.

—Sí, ahora están adornando la pared con pegatinas de unicornio, riéndose como locas y organizando la ropa. Es una suerte Alicia que ella decidiera alquilarte la habitación. Ha cambiado mi vida.

—Sí, también la mía.

—Y ahora, seguirás con el primo trabajando.

—Uy sí no te he contado eso. Resulta que Renata dejó caer a varias de sus amigas mis habilidades como psicóloga canina y tengo ¡lista de espera!, — Alicia rió alegre— se ve que las personas vips además de ir al psicólogo ellas, llevan a sus perritos malcriados. Así que por trabajo no será.

—Y Francesco...

—No sé nada de él, desde el día... pero es mejor así. Él tiene su vida y yo la mía. Seguro que conozco a otro chico y quizá me quede a vivir aquí... ya veré. ¿Y, por cierto, cómo llevan los papás que vivamos los dos aquí?

—Ya tienen billetes para dentro de un mes. Papá ha dicho que como ya no tiene que trabajar, vendrán al menos una vez al mes a vernos. Incluso han amenazado con buscarse aquí un pisito y venirse a vivir a Roma. Ya sabes que no tienen problema con ello.

—No estaría mal...

Salva abrazó a su hermana. Ojalá encontrase una persona que la quisiera de verdad, y no un cretino. Pero en la empresa de Baselli había muchos jóvenes, tal vez pudiera presentarle a alguno. Uno que no fuera peligroso o que la hiciera sufrir.

Francesco se había integrado de maravilla en la empresa de Baselli, de hecho, ya comenzaba a tener la vida estable que siempre había deseado su madre, pensaba con una sonrisa. Y él, con casi treinta y cuatro años, deseaba también esa continuidad. Un empleo fijo, un apartamento nuevo, casualmente cerca de donde vivía ahora Alicia, y algo que ofrecer a quien se viviera a vivir con él.

Pero la ilusión de por fin contactar con ella se había desvanecido, tan solo un mes después de que hubiera pasado todo, y él sintiera que le había dejado el espacio suficiente para recuperarse del trauma.

Salva le había dicho que ella necesitaba tiempo. Cuando vino de España, vino con un «regalito» en forma de exnovio y Francesco no sabía si ella había vuelto con él, aunque sí que estaba en Roma, ayudando a su hermano con la mudanza definitiva e instalándose con la niña.

Cierto, le había dejado ese tiempo para que se adaptara a su nueva vida, aunque estaba impaciente por volverla a llamar, por saber qué opinaba de su relación, por darle una explicación de todo lo que había pasado... pero su hermano sólo le decía que le diera tiempo.

Le estaba costando casi una enfermedad. Seguía saliendo a correr, pero tan apenas comía. Un sándwich de la máquina en el almuerzo y mucho café. Reorganizar toda la empresa en cuestión de seguridad le estaba costando bastantes noches de sueño pero ya casi lo tenía todo controlado.

Además, había muchos cambios en la empresa: Renzo Baselli se iba a retirar y quería que su hija Renata fuera la siguiente presidenta de la corporación, cosa que a ella le asustaba bastante. Si el señor Baselli le preguntase en confianza, le diría que no estaba preparada. Muchos años de inestabilidad emocional la habían vuelto frágil, aunque gracias a su amiga estaba muy recuperada. Seguro que con el tiempo podría y más con ayuda de Salva, pero es que ella no quería. De ninguna manera. Pero Baselli estaba haciendo lo que hizo con su hijo: presionarla. Y eso no llevaría a nada bueno.

Salva le decía, más de una vez le comentaba, pero él se negaba a escuchar.
—¡Sólo está ella! ¿A quién voy a dejar mi empresa?

Francesco escuchó esa discusión cuando se dirigía al despacho y Salva salió deprisa y malhumorado. Tenía una discreta relación con Renata que no

sabía nadie, excepto su hermana.

Ese día, también sus esperanzas se esfumaron.

—Hola Salva, ¿cómo va todo? —Francesco entró en la zona de descanso donde Salva se servía un café. No había muchas personas y ninguna cerca. Perfecto para preguntarle por ella.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Hemos reorganizado la seguridad por zonas con un jefe de grupo por cada seis empleados.

—Es una buena idea Francesco. Tengo que seguir trabajando —hizo mención de levantarse.

—Espera... yo... quería preguntarte qué tal está tu hermana y si te parece que pudiera pasar a verla.

—Mira, yo te aprecio mucho. Muchísimo. Y te estaré eternamente agradecido por salvar la vida a mi hermana y a mi hija. Pero no eres el tipo de hombre que conviene a Alicia.

—Eso no lo sabes...

—Lo sé. Ella quiere alguien dulce y que la trate bien, que no la ponga en peligro... —Francesco se encogió como si hubiera recibido una flecha en el corazón.

—Quizá ella pueda decidir...

—Ella ha decidido. Está viendo a un chico, el hijo de Vitalli, el ingeniero de producción. Ha estado viniendo casi a diario a darle clases de inglés a Beatriz, y bueno ya sabes, el roce... lo siento.

Salva se levantó de la mesa dejando a un Francesco devastado. Mirando al vacío sin ni siquiera contestar la llamada entrante de su busca. Tal vez no le tenía que haber dicho eso... sobre todo porque no era verdad. Pero Salva quería proteger a su hermana y desde luego un tipo con pintas de boxeador no era lo más conveniente. Con el tiempo se lo agradecería. Aun así, se sintió mal, culpable por haberle roto el corazón a un tío de casi metro noventa. Tal vez... pero no.

Alicia estaba tan ocupada que no se había dado cuenta de que su corazón estaba desgarrado hasta que terminó de instalarse en el piso de Salva, de inscribir a Beatriz en el colegio nuevo, de entrevistarse con no sabía cuantas personas que deseaban que atendiera a sus perritos. Y así, sin darse cuenta, había pasado un mes desde el terrible día. Ahora, que asentaba su cabeza por fin, su corazón reclamaba porque él no le había llamado ni una sola vez. Ni un mensaje. Nada. Eso le destrozaba el alma. Ella necesitaba saber si lo que habían hecho juntos y esos momentos vividos eran de verdad o sólo parte de su trabajo.

Salva le decía que lo veía de vez en cuando, pero no le comentaba nada. Le aconsejaba que lo olvidase. Sin embargo, ella, cuando lo recordaba, un escalofrío recorría su cuerpo. Ahora ya no era eso, ahora era el dolor el que le atravesaba. Otra vez le habían engañado.

—¡Soy tonta!

Acababa de venir de la consulta de su primo, había visto a un pequeño cocker que tenía celos de un recién nacido y los padres estaban temiendo que pudiera hacerle algo. «¡Vaya tontería! Los cockers son los más adorables y cariñosos de todos los perritos. La gente está chalada. Ellos sí que son peligrosos...»

Cada vez estaba más enfadada. Tiró el cojín a la cama y salió a ver si Bea ya había tomado la merienda. Tenía que venir Corso a sus clases de inglés.

Corso Vitalli, un chico de veinticinco años, rubito, delgado... recién acabado sus estudios de maestro. Muy simpático. Su hermano le enviaba mensajes indirectos para que lo invitara a salir o al menos conversara con él.

—Bea, ¿has terminado el bocata?

—Síiii tita, y también la manzana. Mira. —la niña le enseñó el plato con sólo el esqueleto de la manzana. Lo cierto es que estaba de maravilla, estupendamente y la semana que viene venían los abuelos, así que la niña tenía todo lo que necesitaba.

—Va a venir Corso, así que prepara los libros.

Se fue corriendo a su habitación llena de unicornios. Renata la estaba malcriando, cada dos por tres le llevaba uno nuevo. A veces una camiseta, otras un poster, o un peluche. Alicia le decía que no necesitaba ganarse a su

sobrino con regalos, ella hace tiempo que se había rendido a sus encantos. Suponía que era lo que ella entendía por dar amor, o la versión de su padre.

Ella estaba bastante feliz, menos cuando se reunía con él. Estaba empeñado que ella llevase la empresa. «Ni siquiera estudié empresariales, sino diseño gráfico. No puedo hacer una tarea para la que no estoy capacitada.», le repetía a menudo.

Alicia le decía que con el tiempo podría estarlo, pero se ponía nerviosa sólo de pensarlo. Esta misma presión le costó la vida a su hermano. Salva y ella habían pensado crear una fundación a la que llamarían como su hermano, Lorenzo Baselli, para ayudar a los chavales que se drogan a salir de ese sórdido mundo y enseñarles alguna habilidad para trabajar. O que retomasen los estudios. Eso le hacía mucha más ilusión. Y sí se veía capaz de gestionar, en honor a su hermano. Una empresa de suministros industriales, no, realmente no la quería.

Llamaron al timbre y al ver que Bea no estaba, fue a abrir, esperaba a Corso, aunque había llegado un poco pronto.

—Llegas pronto Corso... —dijo Alicia abriendo la puerta.

—Lo siento, no soy Corso.

—Francesco, ¿qué haces aquí?

—Quería... quería verte. Sé que quizá tú no quieras, pero si me dieras una oportunidad de explicarte. Sólo cinco minutos... por favor.

—Yo... no sé...

—Ey hola, ¿Alicia?

Corso había llegado y se asomaba por las anchas espaldas de Francesco.

—Pasa Corso, Bea te espera en la cocina. Luego voy yo.

El joven pasó mirando de lado al hombretón que casi tapaba toda la puerta.

—¿Todo bien? —susurró a Alicia. Ella asintió.

—Está bien Francesco, pasa. Vamos a mi habitación, tendremos más privacidad.

Francesco sintió su corazón más ligero. Al menos ella había consentido en hablar. La siguió admirando su paso ligero, sus suaves curvas dentro de sus vaqueros anchos y su hermoso pelo recogido en un moño sujeto con un lápiz. Deseaba tanto estar con ella.

La habitación era enorme y justo delante del balcón había una mesita redonda con unos libros y dos sillas donde seguro que pasaría muchas tardes tomando su té favorito.

—Siéntate.

Francesco se sentó obediente con las rodillas dobladas tan altas que casi llegaban a la mesa. Alicia sonrió al verlo. Y de nuevo su corazón palpitó de alegría.

—No sé ni por donde empezar, Alicia. ... quiero disculparme por no haberte dicho la verdad. Era necesario... como ves al final fue todo más peligroso de lo que pensaba.

—No me importa que me hayas mentido —le interrumpió la joven levantando la mano— me da igual si estabas trabajando. Lo único que quiero saber es si te acostaste conmigo por trabajo... o...

—Por favor, Alicia, ¡no! En absoluto —Francesco le tomó de la mano— esa primera noche fue la más maravillosa de mi vida. Y lo que siento por ti no tiene nada que ver con mi trabajo. De hecho, si es necesario lo dejo. Por ti...

—¿Pero por qué no me has llamado o me has enviado un mensaje? Yo... —una furtiva lágrima se quiso escapar, pero no lo permitió.

—Pensé que no querías saber de mí... Salva me decía que te diera tiempo. Pero hoy me dijo que estabas con ese chico, con Corso. Y quería verlo con mis propios ojos. Le pregunté a su padre a qué hora venía. Quería saber...

—Un momento, ¿Salva te ha dicho que estaba con Corso? Ay Dios, este hermano mío. Lo voy a matar.

Francesco miraba asombrado a la chica que se había levantado furiosa. Se giró hacia Francesco.

—No estoy con él, ¡pero si es un crío! A mi me gustan los hombres... sobre todo esos que tienen pinta de boxeador... —Alicia sonrió, de tal forma que a él le temblaron las piernas. Se acercó de nuevo y se agachó hasta rozar sus labios.

—¿De verdad quieres estar conmigo?

—Más que nada en la vida.

Ella no esperó más. Se lanzó a besarle mientras Francesco se levantaba y la abrazaba y besaba con hambre haciendo que ella se estremeciera de pasión y deseo junto a él.

Llamaron a la puerta, interrumpiendo su arrebató.

—Alicia, ¿estás bien? —Corso parecía preocupado.

—Estoy de maravilla. ¡Márchate!

Ella rió mientras él cubría sus risas con besos y la levantaba abrazándola y sabiendo que hoy era el segundo mejor día de su vida.

El hombre retorció nervioso su sombrero en la mano. Decidió sentarse en su mesa de siempre. Ella estaba radiante, ocupándose de otros clientes. De un vistazo ya sabía que él estaba allí. Le guiñó el ojo y le preparó un café. Se había pasado al café solo americano, porque estaba cuidando su línea. Quería estar atractivo para que ella se interesase por él.

El local estaba lleno como siempre. Aunque estaba en el distrito bancario no solo había altos ejecutivos sino empleados y empleadas de todos los niveles. Podrías estar tomando un café y tener al lado un peón de producción y al otro lado el presidente de una gran empresa, como en este caso. Nadie se fijaba en ello, porque todos venían a degustar el excelente café de Elizabetta y sus deliciosas tartas de queso mascarpone, o de zanahoria y azúcar moreno, o la preferida de Renzo, de tres chocolates, todas hechas de forma artesanal, en la cocina del restaurante.

Elizabetta se acercó a Renzo con su café americano y un pedazo pequeño de tarta de chocolate. Renzo le había comentado que estaba a dieta así que le llevaba una mini degustación solo por placer. Aunque él lo que le gustaría probar serían sus labios pintados de rojo pasión a juego con su delantal. Siempre llevaba el pelo recogido en un tirante moño, aunque no podía evitar que algún cabello sedoso se escapara. Él desearía ponérselo detrás de la oreja, y acariciarle su suave rostro de paso. Sus castaños y vivaces ojos eran tan expresivos que bastaba mirárselos para saber qué pensaba. O eso creían todos. Su ayudante Donna que era además su sobrina era la versión joven de Elizabetta, más escultural pero tan agradable y simpática como ella, y la mayoría de los jóvenes que iban a tomar café bebían los vientos por ella, deseando que les dedicara una de sus fantásticas sonrisas.

«Mejor para mi. Sólo quiero que Elizabetta me preste atención a mi.»

—¿Cómo estás, Renzo? —ella siempre le trataba de tú desde que él se lo pidió. Decía que le hacía sentir mayor si le decía señor.

—Estoy muy feliz. ¿Sabes? ¡Al año que viene me jubilaré!!

—Pero si eres tan joven —ella apoyó la bandeja en sus caderas quedándose quieta en el sitio. Siempre se paraba a hablar unos minutos con él de todas formas.

—Gracias, pero lo he decidido. Voy a dejar el testigo a mi hija y yo me

dedicará a viajar tal vez, o a asistir a la ópera.

—¿Y tu hija quiere la empresa? —ella sabía algo de la historia que Renzo le había contado, aunque sospechaba quien era, no lo tenía seguro.

—Creo que no. Pero tendrá que asumirla. Además, hemos contratado a un joven español muy inteligente que le podrá ayudar.

—Ya veo. —ella parecía pensativa—¿Estás seguro? No pareces un hombre que le guste estar sin hacer nada.

—Seguramente al principio no haga nada. Tal vez luego viaje... si tengo compañía me gustaría recorrer Sudamérica. Tengo familia en Argentina.

—¿Ah sí? ¿Tienes ya novia...?

—No todavía. Estoy intentando convencer a una bella mujer que salga conmigo, pero...

—¿Pero...? —ella se sentó enfrente de él, olvidándose del servicio.

—Pero no me atrevo a decírselo. Quizá ella no sienta lo mismo por mí.

—Eres un hombre estupendo, atractivo e inteligente, ¿quién sería la tonta que no apreciaría esto? —ella parecía un poco contrariada.

—Tienes razón, voy a invitarla a la ópera mañana, es un precioso concierto de las canciones de ópera más bellas de Rossini y otros autores. La llamaré por teléfono.

—Ah, si claro, llámala... —ella pensaba que... enfin... se levantó un poco seria, pero lo disimuló. —Te dejo que la llames. No pierdas el tiempo.

Elizabetta se alejó caminando tan garbosa como siempre pero un pequeño puño le apretaba el corazón.

«Qué tonta, cómo se iba a fijar en mí un presidente de empresa, uno de los más ricos de Italia»

—Tía te llaman por teléfono —Donna sacudía el aparato delante de su cara, sacándola de sus pensamientos.

—¿Ciao?

—Elizabetta, ¿quieres venir conmigo a la ópera mañana?

Ella se giró hacia la mesa donde estaba Renzo sonriendo y encogiéndose de hombros. Su corazón le dio un vuelco, por primera vez en muchos años se había quedado sin palabras. Él se puso de nuevo el teléfono en el oído y le habló.

—¿Quieres ser mi acompañante, Elizabetta?

—Sí, sí, sí... quiero ser tu acompañante.

La radiante sonrisa de la mujer que colgaba el teléfono no solo deslumbró a Renzo, sino que varios ejecutivos maduros se quedaron mirándola como

hipnotizados.

Renzo salió del establecimiento dejándole una nota en una servilleta con su móvil y una cita. «A las ocho te recojo en tu casa. Iremos a cenar y a la opera. Eres preciosa. Renzo»

Ella metió la nota en su sujetador para que estuviera muy cerca del corazón. Cuando a sus cincuenta y dos ya pensaba que no encontraría el amor de verdad, se había tropezado con él tomando café.

Renzo subió silbando por el ascensor, se repetía «¡ha aceptado!». A pesar de ser un verdadero tiburón de los negocios, no había sido capaz de invitarle directamente, había tenido que usar el teléfono. Estaba tan ilusionado como cuando invitó a su esposa a los quince a un helado. Había trabajado duro en un bar de repartidor de pizzas, con su bicicleta por toda Roma y ahorrado mucho hasta que pudo conseguir unos pantalones y una camisa decente y dinero para invitarla a un helado. Se enamoraron tan perdidamente... hasta que los negocios y el dinero enfangaron su relación. La vida le había dado otra oportunidad y no la iba a desaprovechar. Esta vez se dedicaría solo a cuidar a su pareja, a viajar o lo que desearan hacer juntos, sin dejar de atender a su hija, que esperaba que pronto encontrara un hombre de verdad que le diera nietos y sobre todo que la hiciera feliz.

Casi tropezó con su hermana cuando salió del ascensor.

—¡Llegas tarde a la junta, Renzo!

—Ah querida, acostúmbrate, yo pronto no estaré en la empresa. Seis meses Lorena, ¡seis meses y seré libre!

—Nunca te había visto así. Estás sonriente... ¿Es por una mujer?

—Eres muy lista pequeña, —acarició su nariz como cuando eran niños— si, tengo una cita este viernes, ¡iremos a la ópera!

—Ay Dios mío, así que va en serio. ¿no será la camarera del Café Venecia?

—Exacto, ya la conoces, es maravillosa.

—¿No crees que ha aceptado porque eres uno de los hombres más ricos de Italia?

—No seas mal pensada. Ella no es así. Ya lo verás. El tiempo te lo demostrará. Y, de todas formas, sólo vamos a cenar y a la ópera.

—Siempre que has llevado a una mujer a tu palco...

—Eso ha cambiado. Ella me importa. Debeías tener una cita tú también. Eres joven y bonita, ¡rehaz tu vida y deja la empresa a los jóvenes! Viaja y disfruta. Tienes solo cincuenta y pocos años, y dinero para vivir tres o cuatro

vidas. Deberías hacerlo.

—He dedicado toda mi vida a levantar la empresa contigo y no me voy a retirar ahora. —ella parecía enfadada de verdad.

—Lorena, ¿para qué tanto trabajo? ¿Realmente vale la pena entregarse diez horas al día a una empresa que no te va a dar calor cuando duermas, ni con la que vas a compartir un día de lluvia, o una noche de ópera? No, hermana, estás equivocada.

—Realmentes estás muy mal Renzo. El spagnolo te espera en tu despacho. Quiere comentarte alguna cosa. Yo me voy a mi despacho, a seguir con mi desgraciada vida según tú.

Lorena se giró enfadada. La junta había sido corta. El español había comentado varios puntos que debían ser aclarados. Eso no le gustaba nada. Porque si Renzo se enteraba de ciertas cosas que había tenido que hacer para conseguir algún contrato se enfadaría, o peor aún, la echaría. Casi se tropezó con Renata.

—Hola tía, qué te pasa, ¿estás bien?

—Estoy bien. Tu padre, que se ha encaprichado de una camarera y se van a la ópera el viernes.

—Ah mira nosotros, Salva y yo, pensábamos ir también. Quiero que conozca las tradiciones italianas. Y bueno así la conozco.

—Pero tú me has oído? ¡Es una camarera!

—Si, ya te he escuchado. ¿Y qué? Si es la camarera del Café Venecia por la que bebe los vientos desde hace años, me alegro, se merece una segunda oportunidad. Me dijo Salva que había ido a tomar un café con él y se lo había contado. Así que me alegro por él...

Lorena se fue dejándola con la palabra en la boca. Su tía estaba cada vez más rara. Se fue hacia el despacho de Salva a invitarle a la ópera.

Cerró la puerta de su despacho con rabia. Su secretaria conocía bien esa mirada terrible. Cuando eso pasaba, ella discretamente se bajaba a la zona de empleados o se iba a hacer unas fotocopias de cualquier tontería. Porque el genio de la signora era terrible. Ella había sufrido en sus carnes propias. Pero no la denunció. ¿Quién iba a creer que la benefactora y amable signora Baselli le había pegado una bofetada cuando ella sin querer le tiró el café sobre unos documentos? Además, fue culpa suya, porque la puso tan nerviosa que le

temblaba la mano. Ojalá hubiera tenido el valor de marcharse, pero su hija y sus dos nietos dependían de su sueldo, así que ahí estaba. La signora estaba paseando de un lado a otro del despacho. En esa zona no había nadie más, solo ella, porque no quería que nadie viera nada de lo que hacía, aunque su excusa era que no soportaba el ruido. Lo cierto es que por su ascensor privado habían entrado personas que ella no desearía encontrarse por la noche en la calle. Ella era fiel a la signora, y a cambio tenía un sueldo muy generoso que le permitiría enviar a sus dos nietos a la universidad y cuidar a su hija que estaba enferma con fibromialgia. Su yerno se había largado al saber que ella estaba enferma, y vivían en su apartamento de tres habitaciones, la joven y los dos nietos de cinco y siete años. Sus dos soles. La signora sabía que ella haría lo que fuera por ellos, y no le había hecho falta amenazarla. Solo con los tipos que aparecían allí a horas en las que no había nadie era suficiente para atemorizarla. Sabía que si se iba de la lengua, su familia lo pagaría. Y luego decían los políticos que la mafia no existía. Tal vez no como en las películas, pero seguía habiendo personas malvadas.

Su intercomunicador sonó.

—Llama a M y pásame la llamada.

Ella se apresuró a llamar a M. Sabía perfectamente quién era ese tipo, pero hacía como si no lo supiera. Debía pasar algo muy malo porque nunca le llamaba desde el despacho sino desde un teléfono de prepago que tenía guardado en su propio cajón.

—Dígame.

—La signora desea hablar con usted.

—Pásamela.

Elena le pasó la llamada a la vez que grababa la conversación. Llevaba haciéndolo un tiempo. Como seguro de vida. Y guardaba las conversaciones en una caja fuerte del banco donde las encontrarían si ella o su familia tenían un accidente. Muchas veces pensó decirle a la policía, o incluso al signor. Pero ¿y si él también estaba metido? Puede que fuera él quien delegara todo el trabajo sucio a la signora. Se fue a hacer unas fotocopias. Cuando hablaba con M siempre le decía que se fuera.

—¡

Esto es intolerable!

—¿Qué es intolerable, cara?

—Te he dicho mil veces que no me llames cara. No lo soy. Es intolerable que ese spagnolo meta sus narices en todo.

—Para eso lo ha contratado tu hermano, ¿no? Para revisar la empresa.

—Ya sabes qué pasara si encuentra las facturas de tu sociedad fiduciaria ¿qué crees que pensaría mi hermano si supiera que te he estado pagando millones?

—Oh. Ya veo.

—Estúpido. Hay que hacer algo.

—¿Quiere que haga desaparecer al español? ¿Y a su familia? Al fin y al cabo, por su culpa mataron a mi sobrino.

—Tu sobrino Pietro era un depravado y según Francesco, salvó a tu novia de sus garras.

—Exnovia. Ya no me sirve. Está desquiciada de los nervios. No es sexy.

—Creo que la depravación es una cualidad de tu familia. Volviendo a mi hermano. Tengo una idea mejor. Pero hay que ser rápidos.

—Yo tengo lo que necesitas, seguro. ¿qué hay que hacer?

Mendella era un estúpido, pero era un cretino obediente. Lorena le contó el plan para matar cuatro pájaros de un solo tiro. Le pareció factible y aceptó. Cuando colgó ya estaba tranquila. Todo se iba a arreglar de un plumazo y en un día. Y volvería a la normalidad. Aún mejor. Empezaría de nuevo.

—¿Estás segura? —Renzo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, pero sería una pena desaprovechar la intimidad que le daba el palco a cambio de sentarse entre las butacas.

—Por favor. No quiero que todo el mundo me mire y diga, ¿quién es la que va con Baselli?

—Al contrario, dirán, ¿quién es el afortunado que va del brazo con esa hermosa mujer, que resplandece como una estrella?

Ella sonrió complacida. La cena en un pequeño y exclusivo restaurante había sido espectacular, jamás había probado tan delicados platos, realizados con auténtica maestría. Habían tomado ostras con champán francés, después un entrante hecho con delicadas verduras cocinadas como si fueran pasta, adornados con caviar y para finalizar habían tomado atún rojo, algo que ella deseaba probar, cocinado de tal forma que se deshacía en su boca. El postre fue sublime, fruta exótica perfumada de chocolate, pero lo mejor fue la conversación. Como dos adolescentes, se contaban sus pequeñas historias, sus miedos, sus alegrías, contagiándose de la risa del otro, compartiendo confidencias, y si no hubiera sido por el camarero, que conocía al señor y sabía que iba a la ópera, hubieran llegado tarde.

Salieron del restaurante. El cielo plomizo de Roma amenazaba con lluvia.

Elizabetta se abrigó y se puso un pequeño chal en el cuello. Su abrigo de paño debía valer lo que la manga del abrigo de Renzo, pero no le importaba. Realmente el dinero le daba igual. Seguramente nadie lo pensaría excepto quienes la conocieran, porque ella siempre había sido muy digna. Se casó con veinte años y durante otros veinte estuvo felizmente unida a su esposo, hasta que falleció de un accidente de coche. Ellos ya habían comprado el local y llevaban dos años con él. Se quedó destrozada. Pero en memoria de su amado, trabajó duro durante diez años y había conseguido una clientela fija. Además, daba trabajo a su sobrina Donna que era una chiquilla encantadora. El cocinero, un joven inmigrante libanés había sido todo un acierto. Ella le dio trabajo y gracias a ello tenía la nacionalidad italiana. Trajo a su esposa y a sus tres hijos y de vez en cuando ayudaban en la cocina. Era un café muy especial. Abría a las seis de la mañana y cerraba a las cinco, porque a esas horas, el distrito quedaba vacío. Eso le daba la oportunidad de tener una vida fuera del

trabajo. Elizabetta iba al gimnasio y también al teatro con sus amigas, y aunque había varios hombres que habían intentado salir con ella, ninguno le parecía bastante comparado con su esposo. Excepto cuando apareció Renzo. Él era uno de esos jefazos, con ojos inteligentes y el pelo canoso, incluso sin ser demasiado mayor. Siempre llevaba traje, era como una segunda piel en él, incluso en verano. Y nunca sudaba porque siempre olía bien. A colonia de hombre. Ella se empezó a fijar en él porque sintió que él lo hacía en ella. Pronto comenzaron las breves conversaciones, las miradas, y así durante casi dos años. Hasta que finalmente, ¡ahí estaban!

—Tenemos un palco en exclusiva para nosotros, porque mi hija ha dicho que finalmente no venía... y ¡quieres que compre entradas!

—No. Tú me has invitado a cenar. No quiero saber cuánto te has gastado en ese carísimo restaurante. Y ahora quiero invitarte yo a la ópera. O no entro.

—Qué mujer tan testaruda... está bien. Compremos entradas.

Ella sonrió satisfecha. Quería demostrarle que no le importaban ni su dinero ni los lujos que él tenía. Que ella estaba con él porque le gustaba. Si llegaban a más... si llegaban... entonces vería qué hacer.

Elizabetta se adelantó mientras él permanecía un poco en la sombra, la empleada de la taquilla lo conocía, le solía dejar grandes propinas y seguramenete se extrañaría de verlo comprar una entrada.

Con las entradas en el bolso, se dirigieron hacia la puerta principal. El hombre que los seguía también tenía una entrada, de las más baratas, total, solo estaría unos veinte minutos. Tiempo suficiente.

—Jean Paul, Lucien, como no vamos a usar el palco, podéis sentaros allí vosotros.

—¿Está seguro señor?

—Claro, no quiero que os vean mirándome en mitad de las butacas. Y desde el palco no me perderéis de vista.

—De acuerdo señor.

Los guardaespaldas de Baselli se alegraron. Iban a ver la ópera desde el mejor lugar de la sala. Jean Paul estaba deseando contárselo a su esposa. Elizabetta los miró aliviada.

—Ya sé... salir a cenar sabiendo que hay dos tipos como dos armarios que no te pierden de vista es un tanto incómodo, pero es necesario.

—Lo sé... no te preocupes. Disfrutemos del espectáculo en estos asientos tan estrechos.

Renzo suspiró mientras ella sonreía. En verdad que sí le importaba. Otro

hombre más engreído se hubiera negado a sentarse con personas a su lado. Los asientos que había pagado ella no eran precisamente los más cómodos, pero Renzo aceptó como si fuera una prueba de amor. La pasaría sin problema.

Las luces se apagaron y el hombre entró en la sala. No se sentó en su butaca, sino que se deslizó entre las sombras hasta quedarse a menos de diez metros del palco. Bien, ahí estaban. Su impaciencia le hacía mascar chicle compulsivamente. Había dejado de fumar hacía dos días y estaba muy alterado. Su jefe le había dicho que esperase después del descanso, cuando se asegurase que ellos habían vuelto, pero qué más daba, había gente en el palco, así que no esperaría más. Y después se fumaría un cigarro, para celebrar su éxito.

Sacó el pequeño interruptor de su bolsillo, extendió la antena y se preparó para pulsar el botón. Cuando el cantante, que en nada se parecía a Pavarotti «Dios guarde su alma», comenzó a cantar «al alba vencero, vencero...» le pareció muy poético y pulsó el botón. Una explosión interrumpió al cantante que cayó sobre su trasero en el escenario. El palco de Baselli, con sus ocupantes, había sido derruido y había caído sobre el patio de butacas, alcanzando a varias personas.

El caos se desató de inmediato. La gente se levantó y corría empujando a los demás y tirando a otras personas al suelo.

—Espera Elizabetta. No debemos precipitarnos. Si ha sido mi palco puede que vengan por mi.

Se agacharon en la zona baja de las butacas mientras todos salían espantados. Renzo pasó un par de chales sobre ellos haciendo como una especie de tejadillo que les cubría de miradas curiosas. Elizabetta temblaba, pero resistía.

—Eres valiente cara mía. Y por eso te quiero todavía más.

—Yo también te quiero Renzo. Si no salimos de ésta quiero que lo sepas.

Aun en las peores situaciones, el ser humano es capaz de ver la parte hermosa de la vida. Renzo besó suavemente esos labios que tanto tiempo había deseado.

—Por si acaso.

Ella asintió. El terrible jaleo seguía en la sala y se escuchaban quejidos y lamentos de personas que todavía estaban echadas en el suelo, sin que nadie les ayudase. Las sirenas se empezaron a escuchar. De repente Renzo cayó en la cuenta de algo.

—Dios mio, Elizabetta, Jean Paul y Lucién estaban en el palco. Debo ir a

ver si están bien.

—No Renzo, si te vas... puede que el que ha puesto la bomba esté esperando.

—Son mis hombres, compréndelo. Quédate aquí, por favor.

Ella asintió. Renzó salió despacio, ayudando a una señora que no podía levantarse del suelo a sentarse en una de las butacas. Otras personas estaban inconscientes. Esperaba que pronto entrase la policía y las ambulancias. Las piedras del palco habían alcanzado a varias personas que yacían inconscientes, o muertas bajo ellas. Renzo miró a su alrededor. Si el terrorista estaba por allí sería el único que no corría. Bien, no había nadie.

La zona superior del palco estaba en lo alto de las piedras derruidas. Había sido una gran explosión pues el mármol de carrara del techo del palco había reventado.

Intentó quitar algunas piedras sin conseguir apenas desenterrar el palco. Rezaba porque sus hombres estuvieran bien. Sería un milagro, pero siempre había creído en Dios, aunque él no se hubiera portado bien con él.

La policía entró corriendo.

—Rápido, hay personas aquí enterradas.

—Retírese señor, nos encargamos.

Bomberos y policía se pusieron manos a la obra y él volvió con Elizabetta que aliviada le esperaba sentada en una butaca.

Un paramédico se les acercó para comprobar que estaban bien y les dirigió hacia la salida. Decidieron obedecer. Ya se enteraría como estaban sus hombres. Ahora tenía que hacer una llamada urgente.

Francesco volvió a besar a Alicia en la espalda. Estaban de nuevo en su habitación, a la que se escapaban siempre que el trabajo de ambos lo permitía. Y que no estaba Salva o Bea dormía. Aún no querían decirlo a la familia, porque, según ella su hermano era demasiado protector y le haría la vida imposible en el trabajo, aunque él pudiera tirarlo al suelo de un puñetazo.

La piel canela de Alicia tenía una película de sudor que él acarició y después sopló, haciendo que la joven tuviera un escalofrío de placer.

Habían cenado después de que Bea se había ido a la cama, ahí mismo, en la habitación y no habían acabado cuando él ya la estaba besando y llevando a la cama. Su hambre no era de comida sino de su suavidad, de sus ojos profundos y soñadores y de enterrarse entre su cabello suelto. Ella le colmaba como ninguna otra y cuando no estaban haciendo el amor, se pasaban el rato hablando de su futuro, de su pasado y de la vida tan feliz que deseaban llevar.

Francesco quería decírselo pronto a su hermano. Ahora que tenía un trabajo estable en Baselli había comprado una casita cerca de donde la conoció, dejando el apartamento alquilado. Quería estabilidad. Se había enamorado de ella y del barrio, y deseaba decorarla juntos. Estaba deseando decírselo, pero no quería precipitarse. Por primera vez en su vida tenía alguien con quien compartir, alguien que le importaba y ella parecía sentir lo mismo por él. Sin importarle que fuera un tipo grande con la nariz partida, o su pasado turbulento de peleas y alcohol. Le había contado todo y aún estaba asombrado de que ella no hubiera salido corriendo. Una chica española, de familia normal y amorosa, con una vida sencilla, ¡y estaba con él!

Recorrió su espalda hasta bajar a su redondo trasero, besándolo hasta que ella se echó a reír.

—¿Otra vez? —giró su rostro divertido hacia el hombretón que se había desplazado a la parte baja de la cama para admirar su anatomía.

Él subió los ojos inocentemente.

—Si tú quieres... yo me apunto...

Ella sonrió y se giró boca arriba para que él besase otra parte más sensible, mientras Francesco se relamía anticipándose al festín.

Una llamada interrumpió el momento. El timbre de la llamada era especial. De Baselli.

—Francesco. Te necesito.

—Si señor. ¿dónde voy?

—Ves a casa de mi hija. ¿En cuánto puedes llegar?

—Causalmente estoy cerca. Estoy en diez minutos. ¿Se encuentra bien? ¿Y Renata?

—Estoy bien. Renata va para casa. Nos vemos en diez minutos. Es grave, Francesco, ven armado.

Renzo colgó preocupado. Estaban en un taxi y había hablado susurrando. No volvería a su casa de momento, y además tenía que asegurarse que su hija y sus seres queridos estaban bien. Elizabetta le miraba preocupada. Su primera cita no había salido como esperaba.

Renata se sorprendió cuando recibió la llamada de su padre. Habían decidido no ir a la ópera y dejarle un poco de espacio. Salva y ella se fueron a cenar a una trattoria casera donde hacían pizzas vegetarianas. Alicia se había quedado amablemente con Bea así que ellos tenían la noche por delante, y tal vez... acabasen en su casa. Su padre los interrumpió cuando tomaban el segundo café, sin cafeína por supuesto.

—Renata, ¿dónde estás? ¿Estás con Salva?

—Sí, estamos en la trattoria Lepanto, ¿estás bien?

—Si, por favor, id a tu casa, ahora. No preguntes. Es muy importante. Y no dejes pasar a nadie, excepto a Francesco. Vamos para allá.

Salva pidió la cuenta tras contarle Renata la extraña conversación que había tenido. Tomaron un taxi y se dirigieron hacia su casa. En la puerta estaba ya Francesco.

Alicia estaba en casa con Bea, preocupada pues estaba ya al tanto.

Renzo llegó con Elizabetta a los dos minutos.

—Mejor vamos a mi casa —dijo Salva.

—Si —Renzo aparecía muy serio y con el traje manchado de polvo. Ni siquiera llevaba abrigo, ni Elizabetta. Los habían dejado en la guardarropía de la ópera. Se habían marchado discretamente gracias al inspector Bonelli, amigo de Renzo y Francesco, quien les avisaría para tomarles declaración más tarde. Una discreta patrulla de la policía secreta les había seguido para protegerles. Estaba claro que el atentado iba contra él.

Se sentaron todos alrededor de la mesa de comedor. Alicia les ofreció algo de beber, sacó agua y puso la cafetera en marcha. La noche se presentaba larga.

Renzo comenzó el relato. Renata empalideció cuando escuchó lo de la

bomba. Salva la cogió de la mano.

—Creo que iban a por mi, y posiblemente nadie sepa que no soy yo el que estoy muerto. Bonelli ha dicho que no me comunique con nadie. Pero vosotros sois todos de mi confianza.

—Señor, deberíamos poner en manos de la policía los anónimos...

—Papá, ¿has recibido anónimos y no me lo has dicho?

—Comprende querida que un hombre como yo despierta mucho odio, como bien sabemos todos.

Recordaron el terrible episodio pasado cuando Alicia y Bea fueron secuestradas por Pietro, el secuaz de Mendella. Francesco tomó la mano de Aricia que se estremeció. Salva lo vio, pero no dijo nada.

—Intentan destruirme... saben que yo siempre voy a los estrenos... y si no fuera por Elizabetta, estaría muerto, y quizá tú también Renata... por una gran casualidad ninguno de los dos estábamos en el palco...

—Señor, yo no creo en las casualidades. Alguien ha trazado un plan, no sé si es solo contra usted o también contra su hija, pero hay que descubrir quien ha sido.

—Y es aquí donde tu entras. Tú conoces a Bonelli, has trabajado con él. Quiero que te ponga al día de todas las incidencias que encuentre y quiero que investigues a Mendella. Me suena a sucia jugarreta. Quizá quiera vengarse por lo de su sobrino.

—¿Y qué vamos a hacer papá?

—No nos vamos a esconder. Daremos la cara y el que se atreva a meterse con nosotros se la verá conmigo.

—Y conmigo —dijo Salva. Había podido morir, con Renata, y dejar a su pequeña sola, con Alicia. Menos mal que no habían ido ellas. El estómago comenzó a molestarle.

Llamaron a la puerta del apartamento vecino. Alguien iba a buscar a Renata. Francesco salió con la pistola en la mano, tras su muslo.

—Ah inspector Bonelli, pase, estamos aquí.

El inspector, un hombre de unos sesenta años, y con una frondosa cabellera gris de la que estaba francamente orgulloso, así como de su aspecto de policía americano, sonrió a Francesco. Apreciaba al chico y sabía que era de fiar. Al menos ahora.

—Bonelli, Jean, gracias por venir.

—Renzo... —le dio la mano y saludó brevemente a los presentes.

—Jean, a mi hija la conoces, y a Francesco, los demás son Salva y Alicia,

amigos de mi hija y Elizabetta, mi... amiga. Todos son de confianza. Cuéntame.

—No debería contarte esto, Renzo, es secreto policial, pero creo que ayudará más contártelo que no.

Renzo le invitó a sentarse en el sofá, mientras él se sentaba enfrente. Los demás se quedaron de pie, expectantes.

—Efectivamente ha sido una bomba casera, creemos que c4, el laboratorio nos dará más información. Al parecer estaba colocada justo encima de tu palco, con lo que el objetivo estaba claro.

—¿Cómo están mis hombres?

El inspector movió la cabeza.

—Lo siento, pero han muerto aplastados, al igual que tres personas más. Hay veinte heridos, tres de ellos de gravedad, el pánico hizo el resto.

—Fue horrible —Elizabetta apenas aguantaba las lágrimas. Renata la estrechó hacia ella.

—Hemos encontrado el dispositivo de radio que activó la bomba. La persona que pulsó el botón estaba a menos de diez metros del palco, quizá entre el público. Hicisteis bien en ocultaros. Tal vez si llevaba pistola hubiera disparado contra ambos. No sé...

—¿Habéis revisado las cámaras de seguridad? —Francesco estaba deseando ponerse en acción.

—Estamos en ello. Llevará tiempo. Renzo, ¿has recibido alguna amenaza?

—Jean, llevo recibiendo amenazas desde hace más de veinte años. Si hiciera caso de todas, no saldría a la calle. Por eso llevo siempre guardaespaldas. Y ahora... los pobres... Jean Paul estaba casado y Lucien se iba a casar pronto. ¡Qué desgracia!

—Tú no has tenido la culpa papá, iban a por ti. Si no hubiera sido porque en el último momento cambiaste de asiento, ahora estaríamos llorando tu muerte.

Renzo acarició la mano de su hija que reposaba en su hombro.

—Quiero que me envíes todas esas amenazas. Las revisaremos a fondo.

—No tienen huellas, ya lo hemos mirado, han sido entregadas por el cartero y mecanografiadas. El sello es de Roma mismo.

—Bien quizá haya algún tipo de patrón, tenemos expertos en ello. —el inspector parecía molesto—deberías haberlo dicho antes. Tal vez esto no hubiera pasado.

—Puede. Y lo siento mucho.

—Está bien. Vosotros no tenéis la culpa. El malnacido que lo ha hecho sí. Francesco, ¿te encargas de su seguridad?

—Por supuesto.

Bonelli se retiró con un saludo de cabeza

Francesco se retiró a la cocina para hacer un par de llamadas y contar con varios hombres de su confianza para proteger al gran jefe. Se quedaron muy disgustados cuando se enteraron de que dos de sus compañeros habían muerto y se comprometieron a proteger hasta la muerte a su jefe.

La noticia había corrido como la pólvora en toda Italia y las cadenas nacionales y alguna internacional habían acudido al lugar de los hechos justo cuando Baselli ya había salido. La televisión hablaba de diferentes cifras. Los más morbosos hablaban de más de veinte muertos, de las luchas de la clase alta, de si había muerto algún duque, e incluso los más enterados, de si Baselli había sido malherido y estaba en el hospital en coma.

Rumores absurdos y peligrosos que hacían que su teléfono echase humo. El de Renata comenzó a sonar. Era su tía Lorena.

—¿Qué hago papá? ¿Contesto?

—Claro, es tu tía. Seguramente se habrá enterado. Tal vez incluso ella estuviera en peligro.

—Renata, Dios mío, ¿estás bien? ¿sabes algo de tu padre? He visto en las noticias...

—Estamos bien. Los dos. Tranquila. ¿Tú estás bien? ¿Están tus guardaespaldas contigo?

—Si, si, por supuesto, estoy en casa, con mi amiga Leonora que ha venido a cenar. Pero hemos visto por la televisión ese terrible atentado y sabía que ibais a la ópera y yo.... —sollozó— creí que os había perdido.

—No te preocupes, estamos en mi casa. Por casualidad papá no estaba en el palco y yo no fui a la ópera. Dios nos ha salvado...

—Dile a tu tía que se quede en casa y no salga. Nosotros nos vamos a casa. Llevaré a Elizabetta y me iré a casa. Renata me gustaría que vinieras conmigo...

—No, prefiero quedarme aquí. Estoy a salvo. Nadie sabe dónde vivo.

—Señor tengo el coche aparcado cerca, yo los llevaré.

Francesco miró de reojo a Alicia como despidiéndose y salió tras esperar a que padre e hija se abrazaran. Salva miró a Renata, retirándole un mechón rebelde de su cabello castaño que ya había crecido rodeando su rostro.

Alicia les interrumpió.

—Voy a acostarme, miraré si Bea está bien. Si no quieres, Salva, no es necesario que duermas aquí. Seguramente Renata estará más tranquila si le acompañas.

Su hermano asintió. No quería dejarla sola. Pero tampoco a ellas.

—Tal vez quieras pasar tus cosas aquí Renata, y dormir en mi cuarto.

—Si, —asintió la italiana. —Me gustaría.

Alicia se fue muy triste a la cama mientras ambos pasaban a recoger lo mínimo. A ella también le gustaría dormir entre los brazos de Francesco, pero se debía a su trabajo. Tal vez no fuera una relación fácil.

—Te prometo que no te pasará nada, Renata. Yo estaré siempre aquí.

—¿Te das cuenta de que podríamos haber muerto? Si no hubiéramos cambiado de opinión en el último momento, ambos estaríamos en el hospital, junto con mi padre y Elizabetta, y no podrías volver a ver a tu hija. Sería mejor que no estuvieras conmigo, corres peligro.

—Soy consciente del peligro que corro. Y aún así lo haría mil veces sólo por estar a tu lado. Te amo Renata, y pase lo que pase, me quedaré.

La joven miró asombrada al hombre que estaba de pie mirándola, frente a frente, como nunca nadie la había mirado. Sus ojos eran puro amor y decisión y entonces se dio cuenta que ella también estaba totalmente enamorada de este hombre español que le había robado el corazón. Se acercó despacio, dejando su chaqueta en la cama del dormitorio donde se habían retirado a descansar. Él le acarició el rostro dulcemente y ella recorrió su mano con la cara, acoplándose a la curva de su palma, recostando la cabeza como consuelo. Él se acercó y comenzó a besar suavemente su barbilla y la mejilla que estaba libre. Renata cerró los ojos pensando que el exterior no existía, que sólo estaban ellos dos, que nada había pasado. Salva se acercó a su boca y la tomó con suavidad, acariciando sus labios e invitándola a responderle, sin forzar. Ella deseaba esa respuesta y así lo hizo, entreabriendo su boca para que él comenzara su lenta invasión, mientras sus manos se deslizaban por su hermosa espalda, hasta aterrizar en su cintura.

Renata no pudo esperar más porque el fuego que había despertado en ella era imparable y necesitaba saciarse. Había estado con bastantes hombres, pero la excitación que sentía sin llegar ni siquiera a estar desnuda era incomparable. Atacó la camisa del hombre desabotonando rápidamente y sacando del pantalón. El cinturón cayó pronto al suelo todavía sujeto en su sitio. Salva se separó penoso de sus labios y le miró a los ojos. Ella asintió y se quitó su blusa. En menos de dos minutos estaban echados en la cama, tan

solo con ropa interior. Ella vio que él la deseaba y mucho y comenzó a besar su cuello, se sentía poderosa y excitada. El la revolcó colocándola con su espalda apoyada en la cama y extrajo delicadamente sus pechos de su delicado sostén descubriendo unos pezones castaños, pequeños y completamente duros por la excitación.

Se dedicó a lamer y besar esas dos bellas colinas y avanzó como un explorador comanche sobre el vientre dorado de la joven, hasta llegar a su precioso monte de venus donde se sumergió tocando la tecla adecuada con sus dedos.

Ella suspiró y gimió lo que hizo que su boxer estuviera a punto de ser inundado de placer. Se quitaron la ropa interior mirándose a los ojos y de rodillas, frente a frente, se besaron rozando su cuerpo de igual a igual. Salva besó sus brazos, sus manos que reposaban sobre sus caderas y acompañándola de nuevo hacia la posición horizontal, besó su pequeño y delicado sexo, levantando en ella una gran ola de placer que acabó derramándose en su boca. Entonces él se puso encima preparado para llenarla de amor y tras cabalgar a lomos de su ángel, terminó cayendo sobre ella, agotado y satisfecho.

Hervía de rabia. Rabia contenida porque ahora todo podría estropearse. Tantos años aguantando para ser la primera presidenta mujer de la mayor empresa italiana y una de las diez europeas. Cuidando su línea, su vida personal, sin un error, conocido, y ahora el estúpido de su hermano quería dejárselo a alguien que ni le importaba ni lo quería. Ella era la auténtica heredera. La que se ocupó de llevar la empresa cuando él no estaba, de contratar a gente que protegiera sus intereses, incluso de deslizar algunos miles en diferentes bolsillos.

Ella, que se había librado de una mujer que sólo le quería por su dinero y de un inútil que pretendía robarle el puesto... y ahora, ¡la que faltaba!

Al menos no estaba interesada para nada, pero el listillo ese, el español... eso era otra cosa. Estaba mirando todas las cuentas, y había traído un auditor externo...

Para colmo el estúpido de su asesor había fallado, y ahora sería mucho más difícil deshacerse de ellos.

Debería pensar en otro plan. Tal vez atacar en su parte más débil. Quizá las cosas que se quieren hacer es mejor hacerlas una misma, porque si no, acaban saliendo mal.

Con esa determinación, comenzó a crear un nuevo plan.

Bonelli se reunió en el despacho de Baselli. Traía noticias importantes, su rostro estaba muy serio.

—Inspector me alegro de verle.

—Veo que ha mejorado su seguridad.

Había guardas por todas partes e incluso a él le habían registrado a pesar de mostrar su placa. Francesco le miró impaciente.

—Inspector, ¿qué nuevas trae?

—Hemos investigado el explosivo y se trata de una bomba casera, pero con una firma. Ya saben, hay muchos expertos en bombas que tienen una forma especial de crearlas. No se debería haber encontrado rastro de esta, pero casualmente saltó fuera del palco un pequeño pedazo de plástico del artefacto y esto nos ha llevado a un fabricante. Llevamos varios días investigando sobre ello, y tras el fabricante hemos descubierto otros dos atentados, que puedan estar relacionados con el suyo.

—¿Qué atentados?

—No sé si debería...

—Vamos Bonelli, sabes que esto no va a salir del despacho. Hemos sido compañeros...

—Está

bien Francesco. El caso es que uno de los homicidios investigados fue el de Romero Sentini. Él murió con una bomba similar. Él, su esposa y su hijo pequeño. Quien esté organizando estos atentados no tiene muchos escrúpulos.

—Sentini era un fabricante de Nápoles, suministraba también al gobierno. Era un buen hombre, trabajador y honrado.

—Señor Baselli, el otro atentado con el mismo tipo de bomba fue perpetrado hace nueve meses, sobre Giovana Magnolia, ¿le suena?

—Sí, ¡claro! Era la inspectora de calidad enviada por el gobierno... pero espere...

—Es mucha casualidad que personas que a usted le estorbaban hayan desaparecido y que se haya salvado en el último momento...

—Espere, no pensará que...

—Lo siento señor Baselli, tengo una orden de registro. He venido de buena manera en deferencia a Francesco, que es amigo mío, pero es usted el

principal sospechoso. Debería llamar a su abogado. Aquí tiene la orden. Mis hombres están comenzando a buscar en sus oficinas y también en su casa.

Baselli se sentó en su carísimo sillón mientras Francesco le pedía explicaciones a Bonelli que negaba con la cabeza. El mundo comenzó a desaparecer poco a poco, hasta hacerse silencioso. Ya no escuchaba nada, solo su corazón latiendo, primero muy deprisa, luego más despacio, y luego... nada.

Un golpe seco sorprendió al policía y a su excompañero que se volvieron hacia el magnate caído en el suelo. Los hechos se sucedieron luego a cámara rápida. Francesco llamó a una ambulancia y al médico de la empresa mientras Lorena entraba gritando y era sujeta por Bonelli, el caos se apoderó de la oficina, cuando entraron la médica y el enfermero de la empresa con el desfibrilador, intentado salvar a su jefe.

Renata salía del ascensor acompañada de Salva, cuando vio todo el movimiento en el despacho de su padre, comenzó a correr tirando el café y el bolso que llevaba, sin importarles nada más que la vida de su padre se lanzó contra la puerta. Salva la sujetó mientras veían como los sanitarios se esforzaban por salvar su vida. Al final, el hombre comenzó a respirar. Bonelli suspiró, no quería ser el artífice de la muerte por infarto de uno de los hombres más importantes de Italia, fuera o no un asesino.

La ambulancia ya había llegado y los médicos entraban por la planta con una camilla. Baselli estaba estable, pero se lo llevaban al hospital. Francesco fue tras él, dejando a las dos mujeres abrazadas y sin poder reaccionar. No se iba a separar de él pasara lo que pasase.

Salva empujó a tía y sobrina hacia el otro ascensor.

—Vamos al hospital. Les seguiremos.

—Señora Baselli, ... yo... lo siento...

—Espero por su bien inspector que valga la pena su investigación que casi le causa la muerte a mi hermano.

Lorena se dirigió despreciativamente a Bonelli que ya se veía como un gusano. Ese infarto le hacía dudar de su culpabilidad, pero todas las pruebas apuntaban a su empresa. Un momento. Se detuvo mientras todos desaparecían por los ascensores.

—Apuntan a su empresa, no tienen por qué apuntarle a él.

Una nueva idea rondó por su cabeza y envió a dos de sus policías a una nueva misión especial.

Mientras tanto en la ambulancia Baselli se estabilizaba.

—Francesco, mi hija... dónde está.

—Vienen tras nosotros, las trae Salva.

—Creo que alguien me ha tendido una trampa, confío en ti para encontrar a esa persona. Yo... creo que Mendella ha tenido que ver. Encuentra...

—No hable señor, pronto se recuperará y entonces atraparemos a ese hijo de puta. Pagaré con creces lo que les ha estado haciendo a toda la familia. Se lo prometo.

En el hospital un quirófano esperaba ya al famoso paciente. Tras una hora con él, el médico les confirmó el infarto y que le habían instalado un marcapasos. El ritmo de su corazón lo necesitaría.

Elizabetta llegó asustada, todavía con la ropa de trabajo puesta. Lorena la miró de arriba abajo pero no dijo nada.

—Gracias por avisarme Renata, ¿cómo está?

—Está estable. Nos ha dicho el doctor que en un ratito podremos entrar a verlo. Gracias a Dios, gracias a Dios....

Elizabetta y Renata se abrazaron consolándose la una a la otra. Lorena se había alejado. No quería saber nada de la nueva novia de su hermano, ¡una camarera!

Francesco se despidió de todos. Debía encontrar algo. Un par de sus más fornidos hombres se quedarían todo el día delante de la puerta de la habitación de su jefe. Se aseguraría de que nadie pudiera hacerle nada, ahora que estaba indefenso.

El taxi le llevó rápido a su casa. Debía recoger el material necesario para su próxima acción. Tomó su coche y se dirigió a la casa de Mendella, para vigilar. Su esposa y él salían al cine, como todos los jueves. Hacía años que venía vigilándole por expreso deseo de la señora y conocía sus hábitos mejor que cualquiera. Ese día aprovechaban para dar fiesta al servicio y ni siquiera el guarda de la finca estaría despierto. Era un borrachín que aprovechaba cualquier ocasión para tomarse unas copas de grappa, de la más barata, que le dejaban atontado durante media hora. Suficiente para entrar en la casa y hacer lo que tenía que hacer.

La casa estaba silenciosa, y más después de haber desconectado la alarma. El despacho de Mendella estaba en el piso bajo y daba a un bonito jardín con una piscina pequeña. En el centro de Roma, una villa así era todo un lujo que costaba muchos millones de euros. La familia de su esposa era muy rica, pero él era ambicioso y seguramente quería más. Puso dos micrófonos en diferentes

lugares y una pequeña cámara en una lámpara lateral. Le gustaba más ponerlas en el techo, pero aquí medía más de tres metros y sin escalera era un tanto complicado. Puso otro micro en el dormitorio y se fue rápidamente. Las escenas de cama no eran lo suyo, pero a veces los secretos mejor guardados se escapaban allí. Había pensado ponerle otro micro a Gina, pero habían dejado de verse, tras el incidente con Pietro. Ahora tenía una amante americana, jovencita, esperaba que mayor de edad, pero todavía no le contaría sus secretos.

Salió al coche. La noche se esperaba larga. Quizá los días. Envío un mensaje a Alicia.

«Espero que estés bien. Te echo de menos.»

«¿Dónde estás? ¿en el hospital?»

«No, de vigilancia. Sigo una pista. No sé cuándo terminaré, quizá días.»

«No importa. Te espero. Siempre.»

«Te amo»

«Yo.»

Le había salido tan natural decir te amo que todavía se asombraba. Ojalá todo saliera bien, ojalá su relación se estabilizara y pudiera formar una familia con ella. Quizá cuando acabara esto, presentaría su dimisión. Ya no quería estar expuesto a peligros o a días de vigilancia sin estar con ella. Bonelli hace días que le había propuesto entrar en la academia de policía como formador, y casi al cien por cien que iba a aceptar ese puesto. No más riesgos.

Tras varias horas la pareja regreso al hogar. La esposa subió a su dormitorio mientras Mendella entraba en su despacho. Miró su móvil y estuvo revisando sus mensajes. Una llamada se escuchó. El hombre sacó un móvil de un cajón y respondió. Debería echar un vistazo a ese teléfono.

—Alo

Alguien gritaba por el teléfono, pero Francesco no alcanzaba a saber quien.

—Signora no se ponga así. Quién iba a saber que en el último momento no se sentaría en el palco.

—...

—Claro, lo intentaremos de nuevo. Ya imagino que tiene vigilancia.

—...

—Está bien, lo haré como usted desee. Esto va a significar algo más. Quiero la mitad de las acciones.

—...

—No hay discusión. Estoy arriesgando mucho.

Mendella colgó enfadado y se paseó por la habitación. Se estaba complicando todo y cada vez iba a peor. Su esposa entró en la habitación.

—¿Te has enterado? Baselli ha tenido un infarto. Lástima que no haya muerto.

—Tranquila amor...

—¡Si es que eres un inútil! No sabes hacer las cosas. Ya me lo dijo mi padre. Me dijo que no sabías hacer nada. Ni me has dado hijos, ni me satisfaces en la cama.... Ni sabes matar a un hombre cuando llega el momento.

Francesco dio un brinco en el coche. Pensaba que era Mendella la cabeza pensante, pero no, era su esposa... Pero ¿cómo probarlo?

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y me voy a encargar de todo. Mi hombre pondrá otra bomba, esta vez cambiaremos de lugar y de ocasión. Ya está todo pensado. No te preocupes. Mientras tanto, llamaremos a Giocco, él te calmará, ¿te parece bien?

La mujer miró adusta a su esposo, pero pensando en el fornido guardaespaldas que tanto placer le daba sonrió y se retiró a su dormitorio, mientras que el hombre joven, que había sido avisado por Mendella, la seguía tomándola de la cintura.

—Menudos dos, y hay una tercera persona en la ecuación. Tengo que encontrarla.

Las Navidades habían llegado sin obtener ningún resultado. Francesco se desesperaba buscando entre los contactos de Mendella, pero nada. Bonelli no quería compartir nada de la información del registro, pero tampoco había detenido a nadie por lo que seguramente no habían encontrado nada.

Baselli se sentó en su despacho por última vez acariciando los reposabrazos de su sillón como si fueran un pequeño cachorrillo al que iba abandonar.

Francesco lo miraba con admiración. Había salido adelante, gracias a su fuerza personal, aunque decidió que su hija Renata estaría en breves semanas al frente de la empresa. Lo anunciaría en la fiesta de Navidad del viernes. Ella no estaba muy de acuerdo, pero Salva había prometido ayudarle en todo. Todavía no le habían dicho que estaban enamorados y que habían decidido casarse, porque temían que una emoción tan fuerte, aunque fuera tan positiva pudiera afectar a su corazón. Pero ya vivían juntos en el apartamento de Salva, y Bea estaba encantada de su nueva mami. Alicia sentía que sobraba, así que pronto volvería a su antiguo apartamento, aun con las protestas de su hermano. No quería interponerse entre la nueva familia y Francesco estaba tan ocupado... que todavía esta insegura acerca de su relación.

Ya se lo habían dicho a Salva y aunque con ciertas reticencias, aceptó lo inevitable. Renata se alegró muchísimo por ambos, aunque comprendía la dificultad de su relación.

—Renata, no estoy segura de que él esté enamorado.

—Te lo ha dicho, pero ahora, está sobre la pista de algo. No ha comentado nada, pero lo intuyo.

Renata removió el té mientras miraba por la ventana de la cafetería de las oficinas. Pronto todo eso sería suyo. Aunque no lo quisiera. Y menos ahora.

—Alicia, quisiera comentarte algo.

—¿Mi hermano te ha pedido matrimonio?

Renata sonrió.

—Eso llegará. Cuando mi padre esté mejor. Su marcapasos funciona bien, pero... quiero que esté fuerte, no vaya a ser que se emocione demasiado. No lo que te quería comentar es otra cosa.

—Ya sé que quieres decirme. Y tranquila.

—¿Ah sí?

—Sí, quiero decirte que he hablado con mis antiguos caseros y que tienen de nuevo el apartamento libre en un mes. Me iré y os dejaré el piso para vosotros sólo.

—Pero ¿qué dices?, no, no quiero que te vayas, ¡eres mi hermana! Y eso no era lo que quería decirte.

—Entonces...

—Promete no gritar. —Alicia asintió— Estoy embarazada.

Alicia se mordió los labios para no gritar de alegría y tomó las manos de su querida amiga intentando no lanzarse a sus brazos y achucharla hasta que dijera basta.

—¿Te... te parece bien? No fue planeado pero... ocurrió y yo...

—¡Estoy tan feliz! Me parece genial, maravilloso, es la mejor noticia que hayas podido darme... es estupendo...

—Tranquila, tranquila. No quiero que se entere nadie. Nadie, ni Bea lo sabe. Solo Salva y tú. Y por favor, no lo digas a nadie. Con todo este lío, prefiero esperar. Aunque contigo no lo he podido evitar.

Alicia sonrió. En verdad que había una luz especial en Renata y ahora comprendía por qué. Pensó que el amor la hacía parecer más bella todavía de lo que era, pero se dio cuenta que el engendrar un hijo sacaba de ti una luz interior especial. Ojalá algún día ella pudiera tener uno. O dos.

—Es maravilloso Renata, la mejor noticia que nadie podría darme. ¿Cuándo le vas a decir a tu padre todo? No creo que dos grandes noticias como esas puedan llevarle al hospital.

—Me da miedo Alicia. Me da miedo que le pase algo y que yo sea la causante. Siempre le he dado disgustos, uno tras otro, he llevado una vida horrible, y me hace sentirme mal acerca de ella.

—Renata, la vida que has llevado, sea buena o mala, te ha llevado justo a este momento. Todo lo que te ha ocurrido ha sido para llegar hasta aquí y si no hubiera pasado, no estaríamos aquí hablando, ni tú estarías con mi hermano, porque tampoco habríamos compartido apartamento.

—Tú y tu hermano sois tremendos. Pero tienes razón, hay que olvidar el pasado y vivir el presente, sin agobiarse por el futuro. Ahora disfrutaré de cada sensación, de cada mareo, o de cada náusea, disfrutaré de la pequeña lagartijilla que anda creciendo en mi, y de mi vida con Salva y Bea, y también de mi mejor amiga.

Renata apretó la mano de Alicia.

—Siento que responder a tu anuncio fue la mejor decisión que he tomado en muchos años.

—Y yo me alegro por ello, porque tengo una gran amiga y un... ¿novio? ¿amante? Que no me llama —Alicia sonrió— pero lo más importante es que veo a mi hermano muy feliz; desde que mi cuñada murió jamás había sonreído tanto. Creo que algún día se le desencajará la mandíbula.

Renata soltó una carcajada haciendo que los empleados sonrieran. La habían visto antes y después y lo que ahora tenían le gustaba a la mayoría. El asesor también había caído bien, y muchos comentaban la posibilidad que él se quedara un tiempo dirigiendo la empresa.

—Bueno tengo que irme, he de buscar a Bea, me has alegrado el día Renny, de verdad. Estoy deseando ver la carita bonita de mi nuevo sobrino o sobrina.

La joven se levantó y se abrazaron cariñosamente. Después Renata se dirigió a su despacho, donde su padre hablaba con Francesco.

—Alicia está en la cafetería si corres la alcanzas —le dijo por lo bajo al entrar.

—Disculpe señor, tengo que salir un momento.

—Ves, Francesco, mi hija y yo tenemos que hablar.

Francesco salió corriendo del despacho; a pesar de su enorme estatura, la velocidad era grande y más si iba a ver a la mujer de su vida. La alcanzó justo cuando iba a tomar el ascensor hacia la calle.

—¡Alicia!

—Hola! No sabía que estabas aquí...

—Sí, vine para recoger unos informes. Me alegro tanto de verte, hace muchos días... yo ... lo siento...

—No te preocupes, está bien. Lo comprendo.

—No. Esto no está bien.

El ascensor se abrió dejando salir un par de personas. Él entró tomándola del brazo y paró a dos personas que querían entrar.

Alicia lo miró divertida.

—¿Qué vas a hacer? ¿sexo en el ascensor?

—No creas que no me gustaría, de hecho me encantaría...

Francesco besó apasionadamente a Alicia dejándola sin aliento. Casi la levantaba del suelo porque quería fundirse con ella, atravesarla hasta que fueran solo uno, saciar su hambre de besos, pero la campana sonó y llegaron a

la planta baja.

Francesco se separó perezoso de ella que sonreía con los labios enrojecidos de pasión.

—Si por casualidad tienes un rato... vienes a verme, no importa la hora... toma.

Ella puso en su mano una copia de las llaves del piso y le miró retadora.

El ascensor se cerró dejando a un Francesco excitado y ansioso por encontrar ese rato para expresarle todo el amor que sentía por ella.

—Renata, te veo muy bien. ¿Eres feliz?

—Si padre, soy feliz.

—A pesar de dejarte al mando de la empresa. Bueno cuento que Salvador te ayudará.

—Sí, cuento con él, si no, no creo que pudiera, padre. Yo no he estudiado cómo llevar una empresa...

—Pero eres una Baselli —le interrumpió— lo llevas en los genes. Estoy segura de que podréis entre los dos llevar la empresa a otro lugar todavía más alto. Todo lo que ha hecho hasta ahora este muchacho ha sido bien recibido no sólo entre los empleados, sino también entre los inversores. Tu novio tiene muy buenas ideas.

—Ay, ¿lo sabes?

—Cómo no querida —Baselli sonrió levantándose a abrazarla— soy tu padre y un gran empresario. Los grandes empresarios son en esencia observadores. Ven todo lo que hay a su alrededor y no se les escapa nada. Y ese chico te mira como un corderito, bueno, como tú le miras a él.

—¿Lo apruebas? —Renata miró a los ojos a su padre temiendo lo peor.

—Al principio me molestó. Pensé que él te había buscado por tu dinero. Como todos los que se acercan a nosotros. Pero el amor que siento por Elizabetta y el que siente ella por mi me ha hecho ver que es posible que haya personas que nos aprecien no por nuestra posición social, sino por nosotros mismos. Y he leído su corazón y te pertenece totalmente. ¿Cuándo prepararemos la boda? Quiero irme de crucero con Elizabetta en marzo y me gustaría verte casa antes.

—Padre, ¡es muy pronto! Faltan sólo tres meses.

—¡Qué más da! Si os queréis podemos hacer una boda sencilla, solo con

la familia y más adelante, podemos hacer la boda que mi hija merece, con dos mil invitados si quieres.

—Me gusta lo de la boda sencilla. Ya te diré. Gracias papá.

Hacía mucho que no le llamaba papá, y Baselli se sintió dichoso. Abrazó a su hija, a quien había recuperado. Cómo no iba a querer al hombre que la había llevado a este estado de felicidad, y a la joven que se había convertido en su inseparable amiga. Los apreciaba de verdad, porque habían salvado su vida.

—¿De verdad va a venir Papá Noel? —Bea saltaba en el ascensor.

—Cariño, si ya sabes quién es Papá Noel...

—Da igual tía Alicia, me hace mucha ilusión.

El ambiente festivo se respiraba en toda la empresa. Sería una fiesta de Navidad inolvidable por dos razones, porque era la última donde Renzo Baselli estaba de jefe y porque una nueva etapa comenzaba con Renata y el español al mando de la empresa.

Los empleados se habían disfrazado de hadas, gnomos, y otros seres fantásticos. La temática de la fiesta eran los cuentos infantiles y habían decorado toda la cafetería con un espectacular decorado. Alicia y algunos empleados se esforzaron en crear un mundo fantástico. Fuentes de chocolate presidían las mesas dulces, con estupendos pastelitos de diferentes colores y sabores. Caramelos esparcidos por los preciosos manteles de encaje que caían como si fueran faldas onduladas, prendidas con broches de golondrinas y flores. Otras mesas saladas contenían sándwiches de salmón y cebolla, los preferidos de Renata, emparedados de pimiento y atún, raciones de pizza vegetariana y de otros sabores. Refrescos, vinos, cervezas, cava, grappa y otros licores de alta y baja graduación. Hoy la empresa correría con todos los gastos incluso con los taxis para volver a casa y evitar los accidentes.

Más de cien empleados comenzaban a llegar con preciosos y lujosos trajes y elegantes máscaras. Todos recibían con agrado los agasajos que el mismísimo presidente de la compañía y su hija les brindaban.

Recibían a todos y cada uno de ellos con un presente especial, una bolsa llena de regalos para toda la familia. Renata estaba espléndida. Iba vestida como una princesa de cuento: una falda abullonada en color blanco y dorado, con su crecido pelo con alguna extensión recogido en la nuca y deliciosos tirabuzones postizos desliziéndose por su cuello y su espalda. Su padre iba a juego con ella, con calzas y chaqueta típicos de los príncipes de los cuentos. Salva iba vestido como el cazador de cuento de Blancanieves y llevaba un antiguo mosquete en la espalda. Alicia echó la mirada buscando a Francesco. Suponía que, como encargado de la seguridad, no estaría disfrazado. Ella iba vestida de Rapunzel, con una peluca rubia y una gran melena, y Bea llevaba un vestido de mini Rapunzel, el mismo que su tía, pero en versión infantil. Se

veían ogros, trolls, preciosas hadas y alguna bruja. Otras personas no se habían animado a disfrazarse y llevaban elegantes trajes, como Francesco, que apareció tras Baselli, vestido con un traje negro de chaqueta hecho a medida y una corbata fina. El corazón de Alicia le dio un vuelco al verlo tan guapo.

El sonrió al verlas y Bea corrió hacia Renata dándole un cariñoso abrazo.

—¡Qué guapa estás Renata! ¡Eres una princesa de verdad!

—Tú sí eres una princesa, ¡estás preciosa!, y tu tía Alicia también!!

—Vamos a juego. El año que viene me vestiré como tú ¿vale?

—Claro que sí. ¿Has visto la fuente de chocolate que hay en esa mesa?

Bea ya no vio nada más, se fue disparada hacia el preciado tesoro y tomando un pinchito comenzó a mojar nubes y comerlas con deleite.

—Mañana le dolerá la barriga... —comentó Salva a su hermana.

—Déjala que disfrute, un día es un día. Y tú disfruta también, de tu hermosa y creciente familia...

Salva abrazó a su hermana, feliz porque ella había aceptado con mucho agrado el embarazo de Renata. ¡Era un nuevo comienzo!

Los invitados se distribuyeron por toda la sala admirando el espectacular decorado y la deliciosa comida. El ambiente era distendido y alegre y se escuchaban risas por toda la sala.

Una mujer vestida de bruja los miraba con semblante en apariencia indiferente, aunque en su interior hervía de furia contenida.

Su móvil vibró distrayéndola. Se retiró hacia una sala contigua.

—Signora, ya está todo listo. Cuando quiera comenzamos.

—Está bien. A las doce darán la noticia. Quiero que sea justo antes. Adelante.

Ella colgó satisfecha. Al fin iba a conseguir lo que siempre había deseado. Y nadie se lo quitaría.

Las once de la noche llegaron pronto y Francesco se escapó por un momento del lado de Baselli para reunirse con su hermosa Rapunzel y besarla por unos minutos. Estaba tan hermosa con su vestido de gasa azul pálido que resaltaba su piel de color canela y su melena castaña. Al final la peluca ya había acabado en una mesa, cansada de llevarla. Estaba mucho más bella así.

Una llamada les interrumpió en su momento.

—Francesco, ¿dónde estás?

—Bonelli, ¿qué ocurre? Estamos en la fiesta de Navidad de la empresa.

—Voy para allá ahora mismo. ¿Está toda la familia allí?

—Claro, todos. ¿Qué ocurre?

—Te lo cuento por el camino, Cesare, conduce tú.

Se escuchó un motor arrancar.

—Cuando registramos la empresa no encontramos nada en el despacho de Baselli, aunque algunas cosas extrañas sí que han encontrado los auditores. Pensé que él estaba implicado, pero en realidad era la empresa la que salía beneficiada. Eso me hizo ampliar mi búsqueda a otros familiares. Y le puse micros a la signora Lorena. Incluso le pinché el teléfono. Al parecer está aliada con su mejor amiga, la esposa de Mendella, para acabar con su familia.

—¿La signora? ¡es imposible! Bonelli, yo escuché a Mendella y a su esposa hablar con una tercera persona, pero a pesar de seguir con las escuchas, no han hablado de nuevo.

—Sí, han hablado, hace unos minutos. La signora está tramando algo, para antes de las doce de la noche. ¿qué habéis preparado para esa hora?

—A las doce el señor Baselli dimitirá y le pasará el poder a su hija, ¿crees que...?

—Creo que la signora está mal de la cabeza y algo va a pasar. Vigílalos de cerca, nosotros estaremos allí en unos quince minutos. Pon a tus hombres cerca de los Baselli y tú no pierdas de vista a Lorena.

—Está bien, ahora mismo.

Francesco había puesto el manos libres y Alicia había escuchado todo horrorizada. Ahora mismo iban a buscar a la familia y ponerla al corriente.

—Debemos disimular Alicia, no queremos que se precipiten las cosas.

Ella asintió. Buscaría a su hermano y a su sobrina para que se pusieran a salvo. No sabían si había una bomba o qué iba a pasar...

Francesco alertó por radio a sus hombres y todos se distribuyeron discretamente por la sala, buscando entre las mesas y localizando a la signora.

Ella estaba hablando con su hermano.

—¿Dónde está Renata? —Francesco comenzó a buscar a la joven por toda la sala, pero no daba con ella.

Alicia se acercó a Francesco tras alertar a su hermano que se había quedado con Bea cerca de Baselli. Si Lorena estaba allí es porque no había bomba.

—No veo a Renata. Llámala al móvil.

—¡No contesta!!

—Busquémosla, ves al servicio, tal vez esté allí.

Alicia se fue corriendo hacia el baño de señoras de la planta, pero aparte de un par de hadas, no había ninguna princesa. Salió corriendo del baño,

mirando a todas partes, casi se tropieza con el informático, Vincenzo, que iba vestido de Shrek.

—Ey bella princesa, ¿me concedes este baile?

—Vincenzo, ¿verdad? Soy la hermana de Salva. Por casualidad no habrás visto a Renata, la ando buscando.

—Mmm sí, estaba muy guapa hoy. Pues creo... creo que se iba a buscar algo a su despacho, iba con un señor, creo que un segurata de esos.

—Gracias, me voy. Francesco, a su despacho, al despacho de Renata, —le envió un mensaje por el móvil mientras ella salía corriendo hacia allá.

El despacho de Renata era como un miniapartamento. Tenía una preciosa sala de reuniones, y una hermosa mesa de diseño de cristal. El baño y una pequeña cocina hacían un espacio ideal para trabajar todo el día si era preciso. Además, a pesar de estar en el piso doce, se abría a una pequeña terraza que recorría toda la planta y que, en su zona, había decorado con macetas, una mesita y dos sillitas.

Alicia entró como un huracán en su despacho y se encontró con un hombre que arrastraba el cuerpo inerte de Renata hacia la terraza.

—¡No!!!!!!

El hombre soltó el cuerpo de la joven cerca del balcón y se dirigió hacia Alicia con una pistola en la mano. Francesco entró como una exhalación en el despacho y viendo la situación, se puso delante de Alicia justo cuando la pistola con silenciador se disparaba. Cayó al suelo herido y el pistolero le apuntó a la cabeza. Alicia tomó lo único que tenía a mano, que era su zapato y se lo lanzó a la cara, con tan buena suerte que le clavó el tacón en la cara. El hombre se echó para atrás, trastabilleando, y tropezando con el cuerpo todavía quieto de Renata, cayó sin poder evitarlo por el balcón hacia el suelo de cemento de la entrada del edificio.

—Francesco! ¿estás bien?

—Sí, atiende a Renata

—Renny, Renny, despierta, por favor.

La joven tenía un moratón en la cara, seguramente el tipejo la había golpeado en la cara y la había dejado sin sentido, pero respiraba con normalidad. Francesco estaba llamando a sus hombres y a Bonelli, cuyas sirenas se escuchaban ya llegar. Se encontraría con el horrible espectáculo de sangre y carne estrellado en el pavimento.

—¡Nooooo! ¡Lo habéis estropeado todo!

Lorena entraba al despacho de Renata para asegurarse que todo marchaba

tal cual ella había planeado y para fingir que ella había encontrado a la muchacha que, de nuevo inestable, se había suicidado. No sería tan difícil de creer. Sin embargo, allí estaban, todos, aunque malheridos.

Lorena vio la pistola del matón en el suelo y corrió a cogerla, mientras Renata recuperaba el sentido.

—Tía, ¿pero ¿qué haces?

—Tú, estúpida zorra, ¿qué crees que estoy haciendo? ¡Reclamar lo que es mío por derecho! Nunca te interesó la empresa, nunca trabajaste por ella como yo, que me he dejado la vida en ello. Que he trabajado tan duro como cualquiera, para qué, para que ahora la herede una niñata y su novio oportunista, ¿y yo?

—Cómo puedes decir eso, tía Lorena. Yo te quiero... como si fueras mi madre...

—Tu madre, otra oportunista. Hice bien en deshacerme de ella. Y ahora, si no quieres que mate a tus amigos, saltarás por el balcón.

—No lo hagas Renata, nos matará igual. No quiere testigos —Francesco se sujetaba la herida abierta en el estómago. —Lorena entréguese, la policía ya sabe todo y está subiendo por el ascensor. Haga algo por la familia.

Lorena escuchó las sirenas y miró alrededor. Algunos de los hombres de Francesco estaban comenzando a rodearla. Sólo le quedaba una salida. Pero se la llevaría. Se acercó a Renata y la tomó del cabello y la arrastró hacia la terraza.

—Me voy, pero me la llevo. Al menos todo habrá servido para algo.

—¡De eso nada!

Renata se revolvió y soltándose la peluca hizo que su tía se desequilibrara y se apoyara precariamente en la barandilla.

—¡No!

Alicia se lanzó a sujetar a su amiga con todas sus fuerzas mientras su tía caía al vacío, acompañando a su empleado que se había precipitado minutos antes.

Renata recuperó el equilibrio y abrazó a su amiga, que de nuevo la había salvado de un mal destino.

Los pétalos de rosas caían sobre la feliz pareja que, recién casados y vestidos de blanco, caminaban por la hermosa villa familiar.

Bea era la que más pétalos llevaba y los lanzaba hasta a los invitados, provocando las risas y miradas de simpatía. La novia sostenía su abultado vientre de seis meses de gestación mientras el novio, espléndido en su frac negro, la miraba con rostro arrobado.

Alicia estaba sentada, de la mano de su amor Francesco, en las sillas adornadas con flores que habían colocado armoniosamente en el jardín. Un pequeño templete con columnas de mármol había sido el escenario de la boda para sesenta exclusivos invitados, incluyendo algunas de las más influyentes personas de todo el mundo.

Baselli estaba orgulloso de su hija, feliz por ella, y a la vez recordaba estos últimos meses tan duros, después de la investigación que descubrió que su hermana había falsificado, engañado y mentido a toda la familia por conseguir ¿reconocimiento? ¿más dinero? Renzo no lo entendía, pero no la culpaba ni sentía rencor. Sólo le desaba que descansara en paz. Mientras tanto, él comenzaba una nueva vida: una donde su pareja Elizabetta, y él iban a vivir juntos, disfrutar de la vida y de su futura nieta, completamente fuera de la empresa, que por cierto habían decidido vender a un inversor estadounidense con pingües beneficios. Renata y Salva gestionarían la fundación Lorenzo Baselli y vivirían allí, en Italia. Los padres de Salva y Alicia se habían alquilado un apartamento cerca del suyo y estarían con el bebé cuando nacieran.

Habían detenido a Mendella y a su esposa, y ya estaban encarcelados, esperando juicio. La vida comenzaba a sonreír.

Alicia miró a su futuro esposo. Francesco se le había declarado hacía un mes y ella lucía un hermoso anillo de compromiso. Ahora, que ya no trabajaba en la empresa, había sido reclutado por la policía como asesor y profesor en la academia por lo que no se arriesgaría más, ni pasaría más noches en blanco. Le había costado recuperarse del balazo en el vientre, pero era un tipo fuerte. «Mi boxeador».

Renata se acercó con el ramo hacia ella, y abrazándola, se lo entregó.

—Alicia, este ramo es para ti, para que seas la próxima novia.

—Gracias Renny —las lágrimas emocionadas caían por ambos rostros juveniles.

—Gracias a ti, si no me hubieras aceptado como compañera de piso, mi vida hubiera sido tan diferente...

—Yo también te doy las gracias, por entrar en mi vida y hacer que sea tan feliz y completa.

Las dos jóvenes se abrazaron de nuevo mientras sus parejas las miraban con cariño y el resto de los invitados gritaban....

«¡Vivan los novios!»

FIN

Agradecimientos

Como siempre, quiero dedicar un momento de este libro para agradecer a las personas que me siguen y me acompañan en la vida, mi esposo, mis hijos, mis hermanas, mi madre, mis amigas... Me hacen sentir que mi vida es rica y abundante porque las relaciones satisfactorias es lo que hace que la vida valga la pena.

Quiero agradecerte a ti, lector, lectora, que estés aquí, conmigo, que hayas adquirido este trocito de mi alma, que me ha llevado un tiempo hacerla florecer. Y te agradezco sobre todo que la hayas adquirido, porque, aunque no se suele ganar mucho por cada libro, esto me ayuda a seguir con mi proyecto de escritura.

La piratería es algo que no debemos fomentar descargando libros que realmente en digital no son muy costosos. Te ruego por ello que, si puedes evitarlo, lo hagas.

Espero que te haya gustado esta historia y si ha sido así, me gustaría por favor que me dieras una valoración positiva allá donde hayas adquirido el libro, porque me animará mucho y también a otros lectores a leer el libro.

Seguramente podrás tener el libro en Amazon y en otras plataformas, y también en goodreads. De verdad que te lo agradeceré.

Escríbeme a anneaband@gmail.com con una captura de tu valoración y te enviaré algo de mi parte, como agradecimiento.

Sobre mi

Como sabes Anne Aband es un seudónimo. Me llamo Yolanda y vivo en Zaragoza, España.

Trabajo como consultora de marketing, community manager y profesora de informática, lo cual deja muy poco tiempo para escribir esos maravillosos sueños en forma de historia que me pillan por la noche y a traición para que no duerma lo que debo.

Es broma... me encanta que vengan historias a mi, y tengo más de treinta esperando ser contadas. Puede ser por eso que mis historias no son de cuatrocientas páginas, porque las que están esperando, me achuchan para que las escriba. Mientras he estado escribiendo ésta, tenía tres en la recámara: La Guerrera de la luz; VCop, policía de vampiros y la segunda parte de Asandala... así que ya ves... a la vez quería perderme en esta preciosa historia, mientras las otras pugnaban por salir la siguiente... y todavía no sé por cuál me decidiré mientras ésta reposa... seguro que lo averiguarás pronto, si es que no la he publicado ya.

Como ves, ME ENCANTA escribir, creo que he nacido para ello, de alguna forma, aunque no me había dado cuenta hasta hace unos pocos años. Pero no importa, como se dice en el libro, **todo lo que ha pasado en mi vida, me ha llevado al lugar en el que estoy ahora**, y creo firmemente que jamás hay que arrepentirse de nada. Las cosas que nos han pasado, sean buenas o malas, nos han llevado al momento presente, y dependiendo de lo que hagas hoy, así será tu futuro.

No quiero ponerme demasiado trascendental, solo decirte que disfruta muchísimo de la vida, de tu familia, de tu trabajo, y de pasear por la naturaleza.

Ah, y antes de despedirme, quiero recomendarte una lectura, la del Premio del Certamen Romántico Bubok 2018 que gané con la novela **“Una Boda por Contrato”**. Si te ha gustado “Se alquila habitación”, te encantará ésta.

Trata de un chico joven, un atleta australiano, que tiene que casarse con una chica de Barcelona para conseguir la nacionalidad.

Puedes ver más información aquí: <http://www.anneaband.com/una-boda-por-contrato/>

Y también puedes conseguirla en Amazon o en Bubok.
Esta es una reseña del libro:

“Una boda por contrato es una novela fresca, divertida y tierna que nos obliga a reflexionar sobre lo que estamos dispuestos a apostar para conseguir nuestros sueños”.

Portal literario “Los libros del querer”

Lo dicho, no olvides dejarme una valoración positiva, me harás un gran favor personal.

Te envío un gran abrazo y espero verte de nuevo en otra de mis novelas.
¡Hasta cuando quieras!

[YP1]

